

EL CREPITAR DE UNA VISITA INESPERADA: AZRAEL

María Paulina Mesa Herrera

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Facultad de Ciencias Sociales

Carrera de Estudios Literarios

Bogotá D.C, 2023

PONTIFICA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FAVULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANA ACADÉMICA

Juana María Marín Leoz

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Miguel Andrés Rocha Vivas

DIRECTORA DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

María Piedad Quevedo Alvarado

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO

Pilar Consuelo Espitia Durán

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

Agradecimientos

A Dios.

A mis padres por siempre apoyarme.

A Pilar Espitia por guiarme en este último peldaño.

Tabla de Contenido

	p.
Introducción.....	6
1. La inminente muerte.....	8
1.1. La idea de la muerte.....	10
1.2. El duelo.....	12
1.3. Representaciones de la muerte.....	16
2. Verónica.....	23
2.1. El rechazo a la muerte.....	23
2.2. Una muerte casi humana.....	26
3. La caminata de la muerte.....	27
3.1. La enfermedad.....	28
3.2. La guadaña de la muerte.....	30
3.3. Los gatos y la muerte.....	32
4. La última visita.....	35
4.1. Eutanasia y muerte asistida.....	35
5. Una promesa.....	40
5.1. La muerte humanizada.....	40
Conclusiones.....	43
Bibliografía.....	46
AZRAEL.....	51

Introducción

La creación de la novela *Azrael* es el resultado de un proceso creativo en el que se involucra mi capacidad imaginativa como autora, sumada a las bases teóricas y argumentación objetiva aprendida durante el desarrollo de la carrera de pregrado en Estudios Literarios. Tales recursos, que han sido utilizados de manera coherente, y se plasman a manera de narración ficticia de una historia basada en un suceso real que acontece a todo ser vivo: la muerte.

El propósito de este trabajo de grado es evidenciar algunos elementos investigativos que componen la novela, a la par que algunos recursos estructurales narrativos que se tuvieron en cuenta a la hora de fabricar *Azrael*. Es por lo expresado que, a continuación, se presentan aspectos relevantes que constituyen cada uno de los cinco capítulos en los que se divide la novela, y que, mantienen un hilo de coherencia y cohesión durante el desarrollo completo de la historia presentada.

La novela *Azrael* inicia narrando la historia de un joven de 29 años de edad, que atraviesa por un momento difícil cuando le es diagnosticado una enfermedad que acabará con su vida. Su historia se cuenta en cinco capítulos que se enuncian a continuación:

(1) “La inminente muerte”, donde se expone inicialmente quién es el personaje, su entorno social y afectivo y la manera en que recibe la desdichada noticia que lo acompaña hasta el cierre de la novela; (2) “Verónica”, describe la vida de su hermana, la cual está presente en el transcurso de la historia de principio a fin; (3) “La caminata de la muerte”, capítulo en el que se narra la labor de la muerte, y que además otorga el nombre a la novela: *Azrael*; seguidamente, se encuentra (4) “La última visita”, donde se hace evidente el cambio de vida del personaje principal quien atraviesa aún en vida las etapas típicas del duelo; y finalmente, (5) “Una promesa”, es el capítulo que cierra la historia de Adrián y donde se comprende el papel de la muerte al fin de la vida de un individuo.

De esta manera el siguiente ejercicio investigativo, del cual se genera el proceso creativo, está organizado de acuerdo con los nombres de los capítulos de la novela donde se explora: las representaciones de la muerte, la humanidad de la muerte, el proceso del duelo, la percepción, tanto negativa como positiva, de la muerte, y la eutanasia. Todo esto son los pormenores de la investigación preliminar realizada para que *Azrael* contenga aspectos que le confieran una robusta estructura en su forma, contenido y desarrollo temático.

1. La inminente muerte

Mi novela titulada *Azrael* comienza con un capítulo nombrado como este apartado, “La inminente muerte”. Empieza escrita en primera persona desde la perspectiva del personaje principal, Adrián, un joven de 29 años que, ante la fatídica noticia del diagnóstico de una enfermedad terminal, le escribe una carta a la muerte como forma de reclamo por interrumpir abruptamente su vida, carta que la mismísima muerte responde; luego de esto ella le hace una primera visita que da inicio a la historia. Todo esto es retratado por medio de un diario que Adrián escribe; este empieza con una carta escrita por él a su hermana Verónica para hacerle entrega del diario, y además y en un principio, como una forma para dar crédito a este suceso, casi sobrenatural, que le ocurre.

Por medio de la escritura en forma de diario, lo que pretendo en este primer capítulo, era dar inicio a la historia e introducir al personaje principal. Basándome en esto, el diario me permitió adentrarme en la perspectiva de un protagonista que debe lidiar con la aberrante realidad de su enfermedad terminal y que debe enfrentarse a su propia muerte. De esta manera quise retratar, en primera instancia, la angustia, el dolor, el miedo y la negación de Adrián, para que durante la historia se percibiera su desarrollo y los cambios por los que debe pasar por cada etapa del duelo.

Este primer encuentro con la personificación de la muerte fue de vital importancia, debido a que, por una parte, se muestra qué relación y concepción se tiene de la muerte, que normalmente es rechazada y es recibida con miedo. Por otra parte, podía dar a conocer mi propio concepto de la personificación de la muerte, la cual creé a partir de diferentes descripciones sobre la apariencia de la muerte encontradas a lo largo de mi investigación. La personificación de la muerte en la novela es descrita por Adrián de la siguiente manera:

Un desconocido, no parecía de este mundo. Vestía un abrigo negro largo que le llegaba a los pies.

La ropa también la llevaba del mismo color. No había palabras exactas para describir a ese ser que

estaba parado en mi entrada. Por una parte, parecía una criatura tan bella que mis ojos no lograban asimilarlo. Su rostro era delgado, de facciones finas, con grandes pestañas y labios delicados, pero curvos. Era alto, casi dos metros, con hombros anchos y de cintura menuda. Pero, la palidez de su tez lo hacía parecer un fantasma o cadáver, y su cabello azabache largo lo volvía todavía más tétrico. Era confuso: una parte de mí quería quedarse admirándolo por más tiempo, pero a la vez su postura erguida y apariencia frívola me hacía querer vomitar. Que mantuviera los ojos cerrados lo transformaba en un cadáver andante. (Mesa, 2023, p. 60)

Lo más importante de la descripción es el aspecto de cadáver que tiene la muerte porque, como se revisará más adelante en relación con la representación de la muerte, es algo común de acuerdo con varios registros históricos. Sin embargo, y al mismo tiempo que presento una imagen “típica”, no quería que la apariencia de la muerte quedara estancada en el concepto macabro que se había asumido desde siglos atrás. Por esa razón, en un intento para consolidar mi propia representación de la muerte opté por combinar la idea de cadáver con la concepción de la apariencia de un ángel. Así establezco la apariencia ambigua del personaje de la muerte, que en el siguiente capítulo será nombrado como Azrael. Esta ambigüedad sería otro punto que cabría mencionar, pues en mis investigaciones para la creación del personaje de Azrael hay una característica principal de la muerte, y es que esta tiene una apariencia andrógina, idea con la que juego durante toda la novela, al describir a la muerte de forma masculina y, otras veces, de forma femenina. Esto le agrega cierta complejidad al personaje ya que no es posible encasillar a la muerte más allá del género y que de la representación nadie puede decir qué o quién es la muerte.

La actitud de Adrián frente a su propia enfermedad es otro de los asuntos a resaltar. Para ello realicé una investigación sobre la teoría del desarrollo del duelo, que me fue útil para ilustrar la transformación de Adrián a medida que, a lo largo del tiempo narrado, su enfermedad avanza y su estado se deteriora.

1.1.La idea de la muerte

El hombre, especie conocida como *Homo sapiens*, se diferencia de otras especies vivas en su capacidad de razonar, analizar, describir, interpretar, cuestionar, sintetizar y reflexionar (Talavera, 2020). Estas capacidades lo han llevado a través del tiempo a indagarse sobre diversos aspectos que expliquen, entre otros, su existencia, el cómo y por qué de la vida, y también del fin de esta. Lo anterior se toma como base en Azrael, para poner de manifiesto que la muerte es un inminente final para la vida de cualquier ser vivo y que puede llegar en diversos momentos de su desarrollo vital, sea pronto o tarde, según sea la visión personal. Así como lo expone el filósofo Jesús William Huanca:

El tiempo resulta corto para los que tienen el enfermizo deseo de vivir más allá de un siglo, tal vez sea porque tienen todas las comodidades y oportunidades de las cuales siempre han alardeado. En cambio, otros desean vivir solo lo necesario, porque saben que el mundo en el cual viven es un infierno constructo de los que se creen dueños del mismo (Huanca, 2020, p. 2)

Es por ello que el tema de la muerte, ha sido siempre una incógnita que ha ocupado al hombre en diferentes contextos y etapas de la historia, pues se trata del término de la vida a causa de la imposibilidad orgánica de sostener el proceso homeostático, por lo que es inevitable para todas las formas de vida escapar de la muerte, pero solo el ser humano tiene la conciencia de que un día llegará su día para morir.

Pensar en la muerte es la posibilidad de referir el final de algo o de alguien, de hecho, determinar cuándo alguien o algo está muerto continúa siendo tema de debate, por ejemplo, ¿está muerto quien está en estado de coma?, ¿está muerto alguien a quien el corazón se le detuvo por un instante en una mesa de operaciones?, ¿cuándo inicia la muerte con exactitud?, ¿qué es eso de la muerte en vida?; pues como se afirma en la revista *Vital*, “inmediatamente después de que el

corazón deja de latir, el cuerpo comienza a enfriarse: esta fase se conoce como el *algor mortis* o frío de la muerte” (Redacción Vital, 2017). Otros cambios que también se generan en el cuerpo, cuando definitivamente los signos vitales y los reflejos corneales están ausentes, son los siguientes:

La rigidez cadavérica aparece después de un período de alrededor de tres horas de flacidez y es más notoria en los músculos mandibulares, cuello y extremidades inferiores. Las livideces cadavéricas se manifiestan por una coloración rojiza o violácea de la piel en las partes declives del cadáver. La deshidratación es responsable de la progresiva pérdida de peso del cadáver, especialmente evidente en lactantes. (Echeverría et al., 2004, p. 98)

Basándonos en esta descripción física y procesos de la muerte corporal, la perspectiva de la muerte futura puede ser fuente de melancolías, angustias o tristezas, pero también es verdad que, sin ella, la vida carecería de sentido. Sin la muerte, la vida no tendría límites y todo lo que en ella ocurriera daría lo mismo.

Es entonces que, desde las tradiciones religiosas, se ha intentado explicar a la muerte, al tiempo que, tales creencias otorgan cierto consuelo a los dolientes quienes continúan la vida incluso cuando se advierta la ausencia de un ser querido. Así, según las tradiciones monoteístas como el cristianismo, judaísmo y el islam, la muerte es el instante de separación del cuerpo perecedero, efímero, del alma, que es eterna, será sometida a juicio por un dios, quien evalúa si el difunto es merecedor de salvación o castigo eterno. Según la tradición budista, la vida se trata de una rueda de reencarnaciones en la que se vuelve constantemente, pero de formas diversas y no necesariamente humanas, en búsqueda de la iluminación. De modo que, “las religiones utilizan estratégicamente a la muerte para conducir a un conocimiento –sentir, que es paz y gozo precisamente porque asumen a la muerte lúcidamente y sin paliativos” (Veizaga & Bismarck, 2005, p. 104).

De acuerdo con Fernández, citado por Gallego (2019, p. 94), el hecho de morir es un proceso particular que se individualiza según circunstancias del entorno, personales, emocionales, familiares, sociales, inter-relacionales, económicas y culturales, así como las características del duelo que enfrentan tanto el moribundo como sus familiares. Y es que no puede ser de otro modo, dado que, el caso particular que llevó a la construcción de Azrael, al reconocimiento de la muerte, surgió de un caso personal basado en el sentimiento generado tras sucesos tristes por la pérdida de la vida de mi abuela quien era muy importante para nuestra familia, pues era la mamá de mi mamá y pasó por muchas adversidades para sostener a sus tres hijos. Otro acontecimiento fue el deceso de mi perro que era considerado también parte de mi familia. Este sentimiento de melancolía que ambos sucesos suscitaron en mí, desembocó en una fragilidad que amenazó con desestabilizar mi entorno. Aunque el sentir podría diferir dependiendo de la cercanía o de la relación que se tenía con el difunto.

Cuando se comprende que existen características propias del duelo tanto para la persona que fallece como para los familiares que, deben continuar con su vida, estas son demasiado subjetivas, como lo permite comprender la historia de Adrián, el personaje principal de la novela.

1.2.El duelo

El duelo es “un proceso psicológico o emocional (por más que en algún momento de ese proceso puedan aparecer síntomas físicos), y que se pone en marcha debido a la pérdida de una persona” (Pereira, 2010, p. 656). Tanto la persona enferma como su familia pasarán por un proceso de duelo cuyo fin será aceptar la pérdida, en pocas palabras, la muerte. El duelo puede consistir en varias etapas, las cuales pueden ser distintas dependiendo de si se trata del enfermo o del familiar. La doctora Elisabeth Kübler-Ross, experta en el tema de la muerte y en cuidados paliativos, introdujo cinco fases por las que un paciente en estado terminal pasa durante su enfermedad. La

primera fase se denomina negación y aislamiento, descrita como “un amortiguador después de una noticia inesperada e impresionante; permite recobrase al paciente y, con el tiempo, movilizar otras defensas menos radicales” (Kübler-Ross, 2014, p. 60). Este mecanismo de defensa hace que la persona niegue su propia realidad, pero como bien lo mencionó la doctora Kübler-Ross, la negación amortigua el peso de la noticia y de esta manera el paciente se protege a sí mismo. Esto le dará la suficiente fuerza o resistencia para soportar lo que vendrá más adelante.

La segunda fase es la ira y tiene comienzo “cuando no se puede seguir manteniendo la primera fase de negación, [que] es sustituida por sentimientos de ira, rabia, envidia y resentimiento” (Kübler-Ross, 2014, p. 73). En esta fase aún no se ha aceptado del todo la realidad. Se intenta buscar alguna explicación, la verdadera razón que explique por qué sucedió. Pero sobre todo, es la lucha que tiene el paciente en mostrar que aún se encuentra vivo, que a pesar de su enfermedad, todavía no está muerto y este pensamiento desemboca en la tercera fase: el pacto. En esta fase el paciente intenta hacer una “especie de acuerdo que posponga lo inevitable: 'Si Dios ha decidido sacarnos de este mundo y no ha respondido a mis airados alegatos, puede que se muestre más favorable si se lo pido amablemente” (p. 111). En este punto, el moribundo intenta de alguna forma conseguir una salvación: hace promesas a una fuerza superior, en la mayoría de los casos, por lo menos en la tradiciones cristianas, a Dios, con la condición de que la muerte sea aplazada. Un intento que, en su mayoría, va a ser en vano.

Al ver que el fin se acerca y no hay forma de evitarlo, desde ese momento empieza la cuarta fase que habla de la depresión. Cualquier sentimiento negativo como la ira o la rabia son “pronto sustituidos por una gran sensación de pérdida” (p. 115). Esta fase es la más importante en todo el proceso del duelo, pues le permite al paciente aceptar su propia muerte y esto se debe a que, ante el panorama de perderlo todo, el paciente expresará su dolor y desembocará en agradecimiento por la compañía que se le ha dado o por todas las cosas que ha logrado. A pesar de la dificultad de

comprender ese dolor que se genera por el abatimiento de morir, “este tipo de depresión es necesaria y beneficiosa si el paciente ha de morir en una fase de aceptación y paz” (p. 119). Después de toda una lucha contra lo inevitable solo queda la última fase: la aceptación. En este punto el paciente ha encontrado paz. Como pasó por cada momento negativo, donde no aceptaba su propio destino, donde le parecía injusto lo que le estaba ocurriendo y envidiaba a las personas sanas. Ahora, en esta etapa, ya es capaz de aceptar la realidad. La muerte se convierte en un gran alivio y “no es esa cosa espantosa y horrible que tantos quieren esquivar” (p. 149).

En cierto modo, cuando se trata del familiar o persona que ha perdido a un ser querido por motivo de su deceso, puede que asimile el proceso de forma diferente con un posible sentimiento de alivio si el ser al que ha perdido sufría de alguna enfermedad o dolor profundo. Porque mientras el paciente terminal hizo un recorrido que concluyó en aceptar su propia muerte, quien experimenta la ausencia debe lidiar con la muerte en vida y aprender a vivir con ese vacío. Su duelo es distinto al del paciente terminal porque debe combatir con la realidad de seguir adelante sin esa persona. Su desarrollo es parecido al que explica Elisabeth Kübler-Ross, pero con algunas diferencias en su desarrollo o en su presentación, que se evidencian en “los siguientes estadios: estupor o shock, confusión, búsqueda, aceptación y reintegración”. (Pereira, 2010, p. 658). El estupor es el estado de emoción que expresa el allegado cuando recibe la mala noticia, es por tanto la reacción que se provoca como protección al sentimiento abrumador. En cuanto al estado de confusión, es la desorientación que se sufre como reacción a la noticia, la cual no es del todo controlable. El tercer estadio es la búsqueda, que alude a la necesidad de recuperar lo perdido; y la aceptación o reintegración es la última fase, que significa la resignación y adaptación a la nueva situación, con la ausencia del ser querido.

Durante el duelo el mantener una razonabilidad objetiva, se convierte en un hecho en ocasiones imposible de lograr, y esto se observa en Adrián, el personaje principal de la novela

Azrael, cuando se entera de su enfermedad terminal su conducta irradia sentimientos de ira y descontrol, lo cual lo lleva a escribir una carta a la misma muerte. Este comportamiento irracional es en realidad una forma de sobrellevar el dolor y la desesperanza de la noticia. Como cualquier persona, Adrián empieza una búsqueda para encontrar una justificación para su desgracia. Esa es precisamente la razón que lo conduce a escribir la carta. Porque aceptar que la muerte se está acercando es una noticia casi imposible de admitir.

No obstante, muchas personas buscan ayuda terapéutica para sobrellevar la carga del duelo y, de paso, analizar la pérdida desde otra perspectiva. La literatura es una de las formas que ayudarían a digerir la muerte de un ser querido, porque “escribir sobre experiencias dolorosas como ficción ofrece una forma de analizar elementos de esas experiencias de nuevas maneras” (Matthews, 2022. p. 1-2, traducción mía)¹.

Comprendidas las etapas del duelo, la historia de Adrián es el resultado de la vivencia desoladora y triste de la muerte de mi abuela; su estado de salud empezó a deteriorarse a causa de la enfermedad de Alzheimer, la cual padeció durante varios años. Esto llevó a mi familia a buscar y utilizar los recursos médicos disponibles para tratar de alargar su existencia o por lo menos la esperanza de ella. Logramos prolongar así su vida hasta los 86 años y tras su fallecimiento sentí un duro golpe. Viví en carne propia cada una de las etapas del duelo, y no son tan sencillas como teóricamente se expresan.

Este panorama de buscar la conservación de la vida, aun a costa del deterioro continuo y avanzado de un cuerpo exhausto de tanto sufrimiento, me llevó a hacerme varias preguntas: ¿de dónde salió esta aversión a la muerte, a pesar de que es inminente a la existencia del ser?

¹En el original: “writing about painful experiences as fiction offered a way to analyze elements of those experiences in news ways”

Cabe aclarar que la muerte no solo es inherente al ser humano sino a todos los seres vivos: unos meses antes del deceso de mi abuela, mi perro Jake, de escasos dos años, fue atropellado por un conductor insensato. Su muerte se llevó la alegría, el apartamento donde mi hermano y yo vivimos se sentía vacío y más frío.

Son duelos diferentes, pero duelos al fin y al cabo, ante los cuales la pregunta sigue ahí. Dado que la muerte es natural, ¿cómo reconocerla y esperarla como si fuera una visitante que se sabe llegará un día de estos? De ahí, nació *Azrael*.

1.3.Representaciones de la muerte

Una de las representaciones más importantes que existen de la muerte, se encuentra en una de las expresiones poéticas del poema español anónimo titulado la *Dança general de la muerte* escrita en la Edad Media y en el cual se contempla cómo la Muerte “dice y avisa a todas las criaturas que presten atención a la brevedad de su vida, y que a ella den su justo valor” (Haindl, 2009, p. 114). En cada verso la muerte les avisa a diferentes personas de distintos rangos, entre los cuales hay princesas, reyes, clérigos y caballeros, que ha llegado para llevárselos y a cada uno los integra a su danza sin excepción. Con cada llamado, las personas empiezan la danza a regañadientes.

Cabe recalcar que la *Dança general de la muerte* tiene diferentes versiones. La anteriormente mencionada, como ya se dijo, es la proveniente de España. Las otras versiones tienen origen francés y alemán, y son conocidas como *Danza de la muerte*, *Danza de los muertos* o *Danza macabra*. Según datos históricos se dice que en la península ibérica “la más antigua es la *Dança General*, datada hacia 1400 y conocida por el manuscrito bIV de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial. En consecuencia, debe ser anterior o contemporáneo a la danza del Cementerio de los Inocentes de París e incluye 11 personajes más.” (González, 2014, p. 32)

Sin embargo, la danza macabra, que también es conocida como género literario, no se limita a textos líricos: la *Danza de la muerte* tiene representaciones plásticas donde se hace una descripción física de la muerte. En estas representaciones plásticas “la Muerte se convirtió en un muerto concreto representado, bien como esqueleto, bien como cadáver en proceso de putrefacción, entendiéndose en ambos casos como el doble especular del vivo.” (González, 2014, p. 23). Estas representaciones llevaron a que si se le pidiera a una persona que imaginara a la muerte, lo primero que pensaría es en un esqueleto envuelto en una túnica. Este imaginario tiene comienzo en épocas anteriores donde:

La figura misma de la muerte era conocida hacía siglos en más de una forma dentro de su representación plástica y literaria: como caballero apocalíptico galopando sobre un montón de hombres yacientes en el suelo, como Megera con alas de murciélago que se precipita, así en el *Campo Santo* de Pisa, como un esqueleto con una guadaña o con una flecha y un arco, marchando en un carro tirado por bueyes, o finalmente, cabalgando sobre un buey o sobre una vaca. (Huizinga, 1982, p. 203)

La imagen más generalizada es la del esqueleto o cadáver putrefacto, “concepto de la muerte en la forma de lo macabro” (Huizinga, 1982, p. 204). También podemos tomar como ejemplos de estas representaciones macabras la *Danza de la muerte en Lübeck*, que “era una pintura de 30 metros que mostraba a la Muerte en un largo baile en cadena con 24 humanos, pintados en tamaño natural, de todas las clases sociales, desde el papa hasta el niño²” (ver figura 1). (Hagstrøm, 2021, traducción mía)

²Texto original: ““Death from Lübeck" was a 30 meter painting, showing Death in a long chain-dance with 24 humans - painted life-size - from all classes of society, from pope to infant”.

Figura 1. La Danza de la muerte en Lübeck



Fuente: Notke, B. (1463) La Danza de la muerte en Lübeck [Pintura] La iglesia de Santa María en Lübeck

En la pintura se muestra a la muerte en su característica apariencia de esqueleto. Se la ve danzando junto a dos hombres que representan al papa y a un emperador. Mediante esta imagen se reconocen dos particularidades de la muerte: la primera, que nadie se salva de la muerte. No importa el rango social, ya sea alto o bajo, la muerte siempre llegará, por lo que puede denominarse este tópico como *Omnia Mors Aequat*³. La segunda es su androginia, algo que el poema Dança general de la muerte también retrata pues “la muerte misma, quién a veces es esposo de mujeres hermosas y a veces la esposa del personaje masculino que es invitado a danzar” (Merguen, 2007, p. 9). Como se ilustró al inicio de este trabajo, la androginia es de especial interés para comprender y estudiar la muerte en la novela.

³ La muerte lo iguala todo

En el fragmento de la pintura Danza de la muerte en Lübeck no es posible calificar a la muerte como parte del género masculino o femenino, porque la túnica tapa precisamente sus genitales y hay dos variaciones en su postura: una tiende a ser lo que comúnmente se podría denominar como “masculina”, erguida, cargando un ataúd. Es algo que se les atribuye normalmente a los hombres porque son los que tienen la suficiente fuerza para cargar un ataúd de madera. La postura “femenina”, por su parte, se representa con el esqueleto que aparece al final de la pintura, que tiene una pose más afeminada que la de los otros esqueletos, además de la posición de la túnica que la asemeja a la de una virgen de la tradición judeocristiana, refuerza esta característica femenina de la muerte en comparación a los otros.

La muerte retratada como un esqueleto es una de las representaciones más usadas en la literatura. El escritor José Saramago (*Las intermitencias de la muerte*, 2010), representa a la muerte, primeramente, con la típica apariencia de un esqueleto “estando desnuda, sin un hilo de ropa encima, todavía nos parece más pequeña, casi un esqueletito adolescente” (Saramago, 2015, p. 174). Lo interesante de la representación por la que opta Saramago es que la muerte se identifica como mujer, no solo con la apariencia femenina que más tarde toma para visitar al músico, sino desde el momento en que aparece por primera vez en la historia. Aunque en la obra de Saramago la representación de la muerte es como se muestra en la pintura de Lübeck y en toda la iconografía de la muerte en las *Danzas macabras*, es importante resaltar que de alguna forma Saramago presenta su propia representación de la muerte. Como bien se mencionó, en el género de las danzas macabras, la muerte cumple la función de recolectar las vidas ignorando cualquier clase social y edad. A pesar de esto, la muerte de Saramago, en la primera parte de la novela, detiene su labor y no vuelve a recolectar las almas de los moribundos, lo que ocasiona una crisis económica. En la otra mitad del libro, la muerte cambia su estrategia y decide enviar cartas a cada individuo

anunciando su muerte. Aunque de alguna forma la muerte reanuda su labor, hace una excepción con el músico. De alguna forma Saramago rompe con la tradición datada desde la Edad Media.

En el caso del cuento infantil *El pato y la muerte*, (2007) escrito por Wolf Erlbruch, el personaje de la muerte es dibujado como un pequeño esqueleto vestido con un abrigo de cuadros y aparentemente con una falda también de cuadros que le llega hasta los pies. Durante la historia la muerte no es identificada con un género; el dibujo tampoco da un indicio claro. En mi opinión, la muerte parece estar vestida como una anciana, pero esa suposición no es suficiente para indicar que en este cuento la muerte sea femenina o masculina. Esto fortalecería la idea de la apariencia asexual de la muerte. También resalto que en este cuento infantil la muerte sigue con la tradición de la *Danza macabra* de recolector de almas, sin embargo, su accionar es menos brusco, puesto que la muerte entabla una relación con el pato, lo cual es inusual, problemático y transgresor.

En otras adaptaciones como caricaturas y cómics, tanto el género de la muerte como su apariencia varían: en la caricatura *Las sombrías aventuras de Billy y Mandy*, estrenada en 2001, la muerte es representada por un esqueleto que viste una túnica negra y lleva una hoz en la mano. En esta historia la muerte es hombre y es apodada, en el doblaje latinoamericano, como Puro Hueso. Otros ejemplos de caricaturas donde aparece una versión tradicional de la muerte son *Los Simpson* y *Padre de Familia* (estrenadas en 1987 y 1999, respectivamente), y, en ambos casos, la muerte aparece en forma de un esqueleto vistiendo una túnica y cargando una guadaña. En cuanto al reconocido cómic escrito por el famoso autor Neil Gaiman titulado *The Sandman* (1988), esta vez la muerte es representada con la apariencia de una mujer de carne y hueso. Lo mismo sucede en la adaptación para Netflix del cómic. En estos ejemplos de la animación como *Los Simpson* (1987) y *Padre de Familia* (1997) la muerte no tiene un papel principal, aparece esporádicamente en algunos episodios, para recolectar las almas de los difuntos. En cambio en *Las sombrías aventuras de Billy y Mandy* (2001), el personaje de Puro Hueso también rompe con la imagen generalizada de la

muerte, ya que, a pesar de que sigue con su labor de recolector de almas, su tarea principal es cumplir con los caprichos de los otros personajes. Por último, en *The Sandman* (1988), la muerte cumple su típica función recolectando almas, pero con la única diferencia de que es capaz de empatizar con las personas y pone en duda su función como parca, además de que piensa más allá de sus tareas y analiza su propia existencia. Se explica todo esto con el fin de demostrar que aunque hay una iconografía histórica que representa a la muerte, se puede adaptar y sacar versiones propias según la visión personal que el autor desee optar.

Al mismo tiempo, si se toman en cuenta las versiones de la muerte en las diferentes mitologías o en otras religiones, se encuentran representaciones completamente distintas a las tradicionales. Por ejemplo, Azrael, “es un ser espiritual que es visto como el “ángel de la muerte” en el judaísmo, el islam y algunos sistemas de creencias de la nueva era” (Sheposh, 2021)⁴, que se reconoce como una figura oscura y tenebrosa. Se le ha adjudicado una macabra iconografía en forma de calavera o esqueleto que porta una hoz con la cual segar las vidas de aquellos a quienes reclama sus almas. En la mitología griega Tánatos era la personificación de la muerte sin violencia, era hijo de la diosa Nix. En una de las únicas esculturas donde se representa a Tánatos, se la ve con la forma de un ángel. Sin embargo, en otras mitologías como la nórdica o la egipcia, la imagen de la muerte es diferente. En la nórdica encontramos a la diosa Hela, hija del dios Loki y Angrboda, una gigante. La apariencia de Hela se divide en dos mitades, en una de las mitades tiene el aspecto de una mujer hermosa y la otra mitad, la de un cadáver putrefacto. Por último, en la mitología egipcia está el dios Anubis cuya apariencia antropomórfica es la del cuerpo de un hombre con la cabeza de un perro.

⁴Texto original: “is a spiritual being who is viewed as the ‘angel of death’ in Judaism, Islam, and some new age belief systems”

Gran parte de las representaciones de la muerte siguen el imaginario de representarla mediante la imagen de un cadáver o la de un esqueleto. En cada representación la muerte puede distinguirse tanto con un género femenino o masculino, lo que le aportaría una característica andrógina en este caso. Ambas características, la andrógina y la apariencia de un cadáver son particularidades que tomé para la creación de la personificación de la muerte en la novela, todo con el fin de crear una versión propia. Mi versión, aunque tiene gran parte de las descripciones históricas, difiere de estas, porque en su personificación su apariencia juega con el de un ser majestuoso que se puede percibir como algo bello, con el de la apariencia de un cadáver, de tez pálida y fría al tacto. Además, tiene características ya propiamente humanas, en tanto tiene una cabellera negra y usa vestimenta moderna.

2. Verónica

En el segundo capítulo, Adrián empieza con su tratamiento. A pesar de que no desea comentarle sobre su diagnóstico a su hermana, Verónica, los médicos le exigen que debe tener un acompañante para su siguiente cirugía. A la fuerza, Adrián le dice a Verónica sobre su enfermedad y ella vuelve a integrarse a su vida, pues años atrás hubo una gran pelea entre ellos. Adrián empieza a adaptarse a la presencia de Verónica en su día a día.

Frustrado con todos los cambios que le han ocurrido, escapa de su cita con una terapeuta que tiene para recibir apoyo psicológico. Mientras camina sin rumbo se encuentra con dos personas no deseadas, una antigua exnovia, que fue la causante de la pelea entre Adrián y Verónica, y la muerte, quien aparece de la nada para hacerle su segunda visita.

En este capítulo Adrián habla un poco sobre su pasado y su relación con Verónica, quien en realidad es su prima, pero como se criaron juntos en la casa de su abuela, su relación se asemeja a la de dos hermanos. La importancia de Verónica radica en que es su única familiar cercana a la par que esta se niega a que Adrián muera.

En cuanto a la muerte, en este segundo capítulo empezaría lo que llamaría un proceso de humanización: deja de ser la muerte y pasa a ser Azrael, nombre que le da Adrián para ocultar la verdadera identidad de la muerte, y toma algunas características como el hecho de comer alimentos a pesar de no necesitarlos.

2.1.El rechazo a la muerte.

Se tiende a rechazar con fervor a la muerte porque da cuenta de la propia mortalidad y esto tiende a generar un sentimiento de angustia, lo cual ocurre con Verónica, que muestra su rechazo a la muerte al no aceptar el hecho de que Adrián no tiene salvación. Es justo como menciona Huizinga (1982): “¿Qué queda de toda la belleza y la gloria humana? El recuerdo, un nombre. Pero

la melancolía de este pensamiento no basta para satisfacer la necesidad de horror que se tiene ante la muerte” (p.197). La muerte se convierte en un elemento transgresor de lo natural y hace que se le vincule con cosas negativas y aberrantes.

Por muchos años, a la muerte se le ha relacionado con la enfermedad, ya que “la salud es el estado natural del hombre; la enfermedad, el antinatural” (Zweig, 2012, p. 6). Debido a que era algo contemplado como antinatural, se intentaba buscar alguna razón para comprender el porqué de una enfermedad. En épocas anteriores se tenía la idea de que:

Alguien debe de estar enojado con el hombre, guardarle rencor, odiarlo. Alguien quiere castigarlo por alguna culpa, algún delito, alguna ley infringida. Y este alguien sólo puede ser el mismo que todo lo puede, el mismo que lanza los rayos del cielo, que derrama heladas y ardores sobre los campos y enciende y apaga las estrellas. Él, que tiene todo el poder, el Omnipotente: Dios (Zweig, 2012, p. 6).

Todo se reducía a un castigo divino para el hombre. Aún persiste este estigma de que debe haber una razón oculta, ya que el hecho de estar enfermo sigue pareciendo una penitencia. Esto es algo que menciona Adrián en la novela en una de sus conversaciones con Azrael, puesto que él ve su diagnóstico como una clase de represalia:

—Liberarme de mi enfermedad, que deshagas esta maldición que ha caído sobre mí.

—¿De dónde sacas esa idea?

—¿Cuál idea?

—De estar maldito. Adrián, las enfermedades no son ningún castigo generacional, si eso es lo que crees.

—¡Pues eso parece! —refuté furioso. La muerte llevó sus dedos a los labios, pensativo. (Mesa, 2023, p. 71)

Este concepto de que la muerte es una clase de condena fortalece ese rechazo, a pesar de que la muerte sea algo natural. Sin embargo, ese repudio por la muerte es gracias a su naturaleza, que nos parece aberrante. Así como lo menciona el sacerdote Llano (1992):

El morir del ser humano, dada la intuición innata de su inmortalidad, se nos antoja anti-natural, contradictoria, absurda. No deberíamos morir. Si aceptamos tener que morir lo hacemos doblegados por la fuerza de los hechos: todos, sin excepción, los que nos precedieron, ¡murieron! (p. 471).

Es difícil admitir que la muerte es algo arraigado a nuestra existencia y por mucho que se le rechace debe haber un momento en que se tenga que aceptar. Aunque en tiempos pasados como la Edad Media también se rechazaba a la muerte, hay ciertas prácticas que demuestran que no siempre era así: en algunos escritos se muestra que las personas estaban más familiarizadas con la muerte, pues “era una forma de aceptación del orden de la naturaleza” (Ariès, 2017, p. 43). En un principio, en la Edad Media, la muerte era algo que se esperaba y aceptaba; en relación con lo anterior, en el siglo XII, “el muerto era representado con los brazos extendidos en la actitud del orante. Se espera a la muerte echado, yacente” (p. 29). Esta era una de las actitudes rituales que se tomaban al morir. El ritual constaba de tres partes: la primera era el lamento por la vida que consistía en recordar a los seres queridos y objetos que tenían un gran valor para el moribundo; luego le seguía el perdón de los compañeros, para después hacer unas plegarias; por último, pasaba la absolución. Al terminar el ritual funerario, solo quedaba “esperar a la muerte que no tiene razón alguna para tardar” (p. 31), en el caso de que tardara, el moribundo solo esperaba en su lecho de muerte.

Para esa época, según Ariès “la muerte es a la vez familiar, próxima, atenuada e indiferente” (p. 33). La muerte era algo que se esperaba, es más, una de las preocupaciones era no tener la seguridad de que se acercaba la hora de la muerte, porque eso implicaba que el moribundo no podría cumplir con su ritual funerario, lo cual era devastador.

En este capítulo aún se ve el rechazo de Adrián frente a la muerte, pues se molesta con la presencia de Azrael y con Verónica al no querer aceptar que su enfermedad es terminal y que sin importar el tratamiento, él va a morir. Pese a que en estos primeros capítulos hay una clara negativa hacia la muerte, quise resaltar que lo que expone Ariès (2017) en su libro es una perspectiva completamente diferente debido a que contrario a lo que se ha mostrado históricamente existe una aceptación a la muerte, porque en el desarrollo de la historia, de alguna forma, se va a llegar a esa aceptación, tal y como, finalmente, debería suceder al atravesar todas las etapas del duelo, ya aludidas con anterioridad.

2.2.Una muerte casi humana

En un principio en la novela, la muerte se presenta como un ente sobrenatural que viene a recolectar las almas. Pero en este segundo capítulo la muerte tiene un cambio, empezando con que, cuando acompaña a Adrián en la segunda visita, la muerte se alimenta y luego es nombrada por el propio Adrián. Este acto es una manera que demuestra que la muerte está asumiendo rasgos humanos. Desde este capítulo se iniciaría un proceso de humanizar a la muerte, puesto que “humanizar tiene que ver con extraer lo más genuino y natural que tiene el ser humano” (Bermejo y Durban, 2018, p. 6). Este primer vistazo se desarrolla a lo largo de la historia y tendrá una explicación más profunda, a la cual aludiré más adelante. Sin embargo, esta nueva característica dada a la muerte, que ahora responde al nombre Azrael, tiene su comienzo en esta parte de la historia.

3. La caminata de la muerte

En este tercer capítulo, la salud de Adrián se ha deteriorado a tal punto que ya no puede realizar las actividades que normalmente hacía en su día a día. La enfermedad ya le está pasando factura y ahora es más consciente de que se acerca su final. En este capítulo la dinámica cambia un poco debido a que, esta vez, es Adrián quien le hace la visita a Azrael. A pesar de que no está buscando a Azrael, logra encontrar su paradero y, a diferencia de los capítulos anteriores, Adrián desea la compañía de Azrael.

En el tercer capítulo Adrián ahora es aún más consciente de su propia enfermedad y su vida es diferente a lo que era antes. Debido a los estragos causados tanto por su enfermedad como por el propio tratamiento, ve con amargura la transformación de su propio cuerpo y la diferencia del trato de las personas que lo rodean. Desde esta parte de la historia inicia un cambio de pensamiento, donde el enfermo, de alguna forma, ahora es visto no como persona sino por su enfermedad. Ya le es casi imposible continuar con las actividades que normalmente hacía y esto es una lucha interna para Adrián, porque que hace lo posible por no identificarse por su enfermedad.

Tal vez es por eso que Adrián, al estar tan próximo a su muerte, siente la necesidad de acercarse a Azrael. Por primera vez, después de siempre rechazar la presencia de Azrael, prefiere su compañía. Es por esa razón que lo sigue mientras Azrael camina por la ciudad recolectando las almas de los moribundos y nuevamente se ve una referencia a lo mencionado al principio de este trabajo sobre la *Dança de la muerte*. Azrael recoge las almas de ancianos, jóvenes y hasta de un recién nacido, pero otro punto de interés es el hecho de que Azrael no carga con su famosa guadaña. Esto rompería con la tradición iconográfica con la que se suele representar a la muerte. El último punto importante de este capítulo es la relación de El Negro, el gato del edificio de Adrián, con la muerte.

3.1.La enfermedad

Los cambios que ha generado la enfermedad de Adrián permiten traer a colación la teoría de Abraham Maslow para quien la naturaleza de las necesidades básicas, constituye el fundamento de un sistema de valores intrínsecos al hombre, que son deseables sin otra justificación. Su jerarquización se haya en la esencia misma de la naturaleza humana, de ahí que sean imprescindibles para llegar a la autorrealización y para evitar la enfermedad y la psicopatología. Para el autor, la vida humana no podrá ser comprendida si se dejan de lado sus aspiraciones más elevadas (Maslow, 1991, p. 19-20).

Conforme lo expresa Maslow, la autorrealización es entendida como “el deseo de llegar a ser cada vez más lo que uno es de acuerdo con su idiosincrasia, llegar a ser todo lo que uno es capaz de llegar a ser” (p. 32). Al respecto de la autorrealización, no se trata de la ausencia de necesidades, sino de la jerarquización por satisfacer aquellos deseos personales que siempre han estado presentes en el desarrollo de las personas.

Según Pegalajar (2017), quien cita a Sternberg, Maslow define como autorrealizadas a las personas emocionalmente competentes, pues son quienes tienen automotivación, control de impulsos, independencia, iniciativa, perseverancia, no temen al fracaso, no postergan, aceptan la crítica justa, auto confían, y equilibran el pensamiento analítico, creativo y práctico (p. 97).

De manera que, mientras avanza el deterioro de Adrián a causa de su enfermedad terminal, este se da cuenta que su vida tendrá un cambio drástico gracias al deterioro de su propio cuerpo. Llegará a un punto en que no podrá realizar una tarea de su vida diaria por cuenta propia, algo que lo desagrada, dado que no está acostumbrado, a sus 30 años, a no poder hacer nada por cuenta propia. Es el hecho de que en algún momento necesitará de asistencia, lo cual se traduce en que irremediablemente perderá su autonomía, lo que provoca el rechazo a su enfermedad.

Además, en *Azrael* es importante resaltar los cambios en el estilo de vida del paciente terminal, porque según Mewes y Rivera (2014), quienes realizaron un estudio sobre mujeres con cáncer y su vida durante la quimioterapia, estar viviendo con cáncer y con quimioterapia significa un proceso de cambios a todo nivel y, sobre todo, en la percepción que tienen de sí mismas las personas. Esto parte del reconocimiento de que la enfermedad proporciona una oportunidad de reflexionar y tomar conciencia de un cambio de identidad: “dejan de "ser" como fueron "antes", es decir: ágiles, activas, trabajadoras, independientes, con el control de las cosas, y se pasa a una nueva forma de "ser" con cáncer” (p. 24). Tal y como le sucede, o le sucederá, a Adrián.

Entonces, para el enfermo terminal cambia también la relación con el mundo, por ello se ve restringida la cotidianidad a los ambientes, la casa y el hospital. Esta situación podría justificar el aislamiento social que se representa en Adrián por la pasividad que el dolor y los medicamentos provocan y por la vulnerabilidad que ahora tiene ante enfermedades del ambiente.

Como se ha observado la construcción de *Azrael* plantea la integración de temáticas reales que afectan la vida actual de las personas en un país como Colombia. Aunque en la novela nunca se hace explícito qué enfermedad padece Adrián, la idea en un principio era que padeciera de cáncer. Para dar esa idea opté por el recurso de describir los cambios físicos en Adrián, sumando al rápido desarrollo de la enfermedad y su corto periodo de supervivencia general. Estos fueron los esbozos que indican que el personaje principal padece de algún cáncer, sin necesariamente mencionar directamente la enfermedad en la novela. Por eso, los personajes creados son resultado de un proceso de investigación previa. Es necesario mencionar que en Colombia, “entre el 02 de enero del 2020 y el 01 de enero del 2021, fueron reportadas 416.289 personas con algún tipo de cáncer. El 95% de estos se clasificaron como invasivos, con 33.600 fallecimientos en esta población” (Coosalud, 2021, p. 1). Esta información haría verosímil el padecimiento de Adrián, pues no es inusual en el contexto donde se ubica la novela.

Cuando se retoma la misma fuente, esta menciona que “en los hombres, el tipo de cáncer priorizado más frecuente fue el de próstata con el 17%, seguido del cáncer colorrectal y de estómago con el 10% y el 8%, respectivamente” (Coosalud, 2021, p. 1). La preponderancia del cáncer como enfermedad en Colombia permitió narrar la historia de un enfermo terminal colombiano que por cuestiones del azar, podría decirse, padeció una enfermedad que aludía a un diagnóstico de cáncer, que lo llevó a finalizar su vida cuando según su concepción particular aún era temprano para ese suceso. Cualquiera persona, espera morir súbitamente por concepto de la avanzada edad, pero no tras padecer los efectos paulatinos y desastrosos tanto para el enfermo como para sus allegados, de una enfermedad sin remedio a los 30 años. Esto permite establecer un contraste con las cifras relacionadas con la esperanza de vida del país: según datos registrados por el DANE⁵, para el año 2020, fue de 77 años; para las mujeres de 80 años y para los hombres, 74.72 años (DANE, 2022, p. 1).

3.2.La guadaña de la muerte

En la literatura y la iconografía popular, a la muerte se le representa como un esqueleto humano que porta una guadaña en su mano, recurso con el que sega la vida de cada persona alrededor de todo el mundo.

Se alude a esto, resaltando el papel de la guadaña como herramienta que la muerte usa para segar la vida del hombre, originándose esta iconografía en la mitología griega, donde se hablaba de unas divinidades llamadas "Moiras" que se encargaban de regir las vidas de las personas, estas eran tres hermanas: Cloto, la tejedora, creaba el hilo por el que transcurría la vida; Láquesis determinaba la longitud de este hilo; y Átropos, la tercera, llevaba una terribles tijeras con las que

⁵Departamento Administrativo Nacional de Estadística de la República de Colombia.

cortaba el hilo y, con él, la vida. Estos personajes pasaron a la mitología romana, con la única diferencia, su nombre: “parcas”; así, hasta que se relacionaron con la tradición del dios celta Ankou, representado con un esqueleto y las tijeras de las Moiras pasaron a ser una guadaña, por considerarse un objeto mucho más habitual entre los campesinos y para que esta personificación tuviera mayor aceptación.

Figura 2. In ictus oculi



Fuente: de Valdés Leal. (1672) *In Ictus Oculi* [Pintura] Hospital de la Santa Caridad de Sevilla

En el caso español, y como se puede revisar en la figura 2 que antecede, la iconografía oscura asociada a la muerte aparece especialmente en la literatura y en las artes plásticas, destacándose entre estas las obras pictóricas. Encontramos un ejemplo al respecto en un Jeroglífico de las Postrimerías pintado por Juan de Valdés Leal en 1672 para el Hospital de la Santa Caridad de Sevilla (Gómez, 2015). La pintura lleva por título *In Ictus Oculi* que significa en español: “En

un momento” o “En un abrir y cerrar de ojos”, frase que se halla rodeando la llama de una vela en su parte posterior. Está acompañada de un esqueleto que la apaga con la mano derecha con actitud de amenaza al observador con su guadaña y la cual sostiene con su mano izquierda y es con la que consume la luz de la vida. Su pie izquierdo lo tiene sobre un globo terráqueo y debajo de su brazo, un ataúd de madera, recursos con los que se representa el poder de la muerte en todo el mundo. En la misma pintura se encuentran ropajes de color rojo y blanco, unas coronas con joyas incrustadas y la más llamativa, la tiara papal. Todos estos elementos juntos en la pintura hacen una clara referencia a que sin importar la clase social, ya sea el mismísimo papa, alguien perteneciente a la nobleza o una figura tan importante para esa época, como un rey, todos tendrán el mismo trato cuando se trata de la muerte. Todos mueren sin excepción alguna.

En la novela se intenta entonces generar una inquietud, ya que Azrael no carga con su famosa guadaña. Es algo que señala Adrián en el capítulo donde dice “No traía la famosa guadaña por ningún lado. Su apariencia tampoco había cambiado, no se había convertido en un esqueleto andante.” (Mesa, 2023, p. 83). Este comentario hace alusión a una ruptura con la iconografía típica de la muerte la guadaña se había convertido en un elemento simbólico de la muerte que, incluso, por la popularidad de este instrumento, hasta Adrián esperaba observarla y conocer su poder cuando acompañó a la muerte a recolectar almas por un día. Esta ausencia del instrumento icónico de la muerte se debe a que conforme se ha expresado en *Azrael*, la muerte tiene la capacidad de cambiar y adaptar su apariencia de acuerdo al contexto de tiempo y espacio en el que se encuentra. También le daría a Azrael un rasgo más humano.

3.3.Los gatos y la muerte

Aunque los gatos en la actualidad gozan de gran popularidad gracias a su pelaje pomposo y actitud arisca, si nos remontamos específicamente a la Edad Media, era todo lo contrario. Para

esa época los gatos estaban relacionados con la brujería. La mala fama del gato se debía a que “era considerado un ser diabólico, y más aun si era negro, lo que lo convertía en el mismo diablo” (Bellido, 2019, p. 22). Esta imagen negativa de los gatos tuvo origen gracias a que, durante esa época la gran mayoría de las mujeres que eran acusadas de brujería convivían con estos animales. Sin embargo, este concepto negativo del gato no siempre fue así.

En la cultura del Antiguo Egipto los gatos eran criaturas altamente veneradas, pues se relacionaban directamente con la diosa Bastet “con cabeza de gato, era protectora del hogar y portadora de la felicidad y la alegría, además de simbolizar el calor del sol como el que da una madre, aunque a su vez podía convertirse en una fiera con aquel que osara hacer daño a sus hijos” (Bellido, 2019, p. 20). El gato era tan importante que existía un castigo para la persona que osara a matar a un felino. De esta misma cultura se origina la creencia de que los gatos tienen nueve vidas. En la mitología egipcia, el dios Atum en su viaje hacia el inframundo tomó la forma de un gato proporcionándose de nueve vidas para pasar por cada inframundo, “el hecho de que el gato fuese considerado sagrado en el Antiguo Egipto y la habilidad del mismo para esquivar la muerte propició la creencia de que estaban dotados de nueve vidas, como referencia a Atum” (López, 2015). Esta creencia de las múltiples vidas de los gatos aún persiste en la actualidad.

Con todo esto la percepción de los gatos ha variado en las diferentes épocas de la historia, a veces querido, pero otras veces repudiado. Gracias a estas concepciones, los gatos se han relacionado con el tema de la muerte. Ya fuese por su mala fama durante la Edad Media, el gato en ciertas ocasiones era visto como representante de la muerte. Por ejemplo, en Asturias si se escuchaba el maullar desaforado de los gatos era considerado un presagio de muerte; algo parecido ocurría en Castilla La Mancha donde “se consideraban vaticinios de muerte: que un gato maullara durante la noche, siendo su voz como de personas o niños” (Usero & Tilley, 2017, p. 29). En diferentes partes de España el gato es visto como un presagio de muerte, por lo menos “en algunas

localidades de la provincia de Salamanca, otrora se pensaba que no se debía matar a un gato de color negro, ya que este perecería con los ojos abiertos y en ellos quedaría reflejada la imagen de algún familiar de quien lo mató, el cual no tardaría en fallecer” (p. 25). En otra parte de España más específicamente en:

Galicia existía la creencia de que los niños recién nacidos podían perecer debido al denominado “aire de gato o de gata parida” o “aire de perro enfermo”, de manera que si un gato, gata o perro, había dormido o reposado sobre la cama de un menor, o si había saltado por encima de esta y aparecían en el niño una serie de síntomas, como palidez, delgadez, debilidad extrema, etc., se afirmaba que poseía “el aire” (p. 25)

Además de las creencias españolas sobre los gatos y sus presagios de muerte, en la literatura también se utiliza este elemento. En el libro del escritor Stephen King titulado *Doctor sueño* (2013), que es la secuela de su éxito en ventas *El resplandor* (1977), Danny Torrance, ahora un adulto, trabajaba en cuidados paliativos y es apodado como doctor sueño gracias a que sus poderes psíquicos le indican cuándo un paciente está próximo a morir. Sin embargo, en el mismo lugar donde trabaja aparece un gato que tiene la habilidad de percibir cuándo un paciente va a morir: el gato avisa al acostarse a los pies del paciente postrado en la camilla.

Esta relación de los gatos con la muerte fue algo que utilicé con el personaje del Negro, el gato que vive en el edificio de Adrián. El Negro nunca mostró signos de temerle a Azrael y esto lo demostraba al permitir que Azrael lo tocara y alzara. Más que mostrar la relación de los gatos y la muerte como lo hizo Stephen King y las creencias en algunas partes de España, quería que el Negro fuera una clase de burla a la muerte. Puesto que, como se evidenció en la mitología del Antiguo Egipto, los gatos tienen nueve vidas y el Negro no sería una excepción. Los gatos de cierta forma escapan a la muerte y no parecen temerle.

4. La última visita

Prosiguiendo con el penúltimo capítulo denominado “La última visita”, Adrián se encuentra en la etapa terminal de su enfermedad, indicando con detalle su deterioro que sin posibilidad de cambio, ha provocado tanto físico como emocional. Ahora postrado en una camilla, encerrado en una habitación de hospital, poco a poco va perdiendo la cordura debido a su encierro. El dolor que le causa su enfermedad se ha vuelto insoportable y ahora más que nunca desea la compañía de Azrael para que termine con su agonía. A pesar de Adrián se encuentra próximo a su final, Azrael solo cumple con acompañarlo mientras espera con paciencia a la muerte natural de Adrián, algo que Adrián se opone rotundamente al tomar la decisión de morir bajo sus propios términos.

La descripción que se realizó pretende adentrarse en las emociones y sentimientos del personaje principal, además de permitir vislumbrar el cambio en su aspecto físico y debilidad corporal que acompañan el avance de la enfermedad y cómo, a pesar de esto, Adrián, después de padecer el último estadio de su enfermedad, toma la brusca decisión de no dejar el momento de su muerte en las manos de Azrael, aún cuando es la labor de este último recoger las almas de los difuntos sin excepción alguna.

Esta decisión narrativa abre el tema sobre la eutanasia en general y más específicamente en Colombia, porque es uno de los países que ha aceptado este procedimiento. Todo esto con el fin de mostrar una perspectiva donde se entienda esta decisión de optar por la eutanasia como un medio para aliviar el sufrimiento y una forma de aceptar la muerte.

4.1.Eutanasia y muerte asistida

La decisión de Adrián es un ejemplo de la posibilidad de muerte asistida por decisión del mismo paciente, pero que, en el caso que se narra en la novela, se detalla realizada de manera

privada sin otro consentimiento familiar. Esto indica que la vida puede terminarse también por decisión propia de la persona dada una condición de enfermedad incurable.

Según *Portafolio* (2022), en Colombia, país donde se ubica espacialmente la historia de Azrael, la Corte Constitucional legalizó el suicidio médicamente asistido (SMA):

En igualdad de requisitos que se admite la eutanasia, estos son: cuando el paciente esté diagnosticado con una lesión corporal o una enfermedad grave e incurable, cuando padezca de intensos dolores físicos o psíquicos por cuenta de ello que sean incompatibles con su idea de vida digna, cuando manifieste expresamente su intención y la asistencia la preste un médico.

Como se observa, esta práctica tiene un sustento legal, pero, en el caso del personaje Adrián, este se apoyó en la iniciativa de su cuñado, quien en su momento estudiaba Medicina.

Cabe resaltar como punto importante que, de acuerdo con la cualidad de no conformidad demostrada por Adrián según su personalidad, no podía ser distinto para cuando fuese a finalizar su vida. Así que se incluyó en la historia una posibilidad alternativa mediante la cual Adrián decide terminar de vivir sin que la muerte se enterase de su decisión. De manera que, cuando Azrael llega por el alma de Adrián, su cuerpo ya había fallecido.

Esta postura de capricho y de toma de riendas para morir se asocia a la cualidad mostrada por algunos escritores reconocidos, quienes han tomado la muerte como un arte y, como tal, han llevado su estado vital a término, bajo condiciones especialmente diseñadas y que han conllevado a ser recordados históricamente por esta “*hazaña*”.

El suicidio es un fantasma constante en la historia de la literatura universal. Lo fue para Alejandra Pizarnik, para Silvia Plath, para Andrés Caicedo o para Jerzy Kossinski. Para ellos, morir consistía en un arte, una ceremonia a la que debían llegar provistos de cierta creatividad. (Kesch, 2014, p. 19)

Kesch (2014) destaca como conclusión de su artículo que las razones del suicidio de Kossinski, Plath, Pizarnik y Caicedo resultan en la tesis de si la creatividad del hombre tiene la capacidad de autodestrucción, puesto que no puede desconocerse que la literatura universal está irrigada de muertes auto conducidas o accidentes que, puede decirse, han sido premeditados, por razones personales.

Sin embargo, cabe recalcar que en el caso de Adrián esta decisión es tomada después de sufrir un deterioro significativo en su salud. Siguiendo este hilo de ideas, una dolencia, desarrollada por alguna patología, podría ser tan severa que el paciente ya no crea que pueda vivir de forma digna. Una vida digna se definiría como “un derecho social en la medida que permite al individuo desarrollarse en un país, con autonomía, igualdad y libertad” (Corte Constitucional, Sentencia T-239/16, 2016). En el caso de un paciente en estado terminal, debido a su complexión debilitada, habría perdido gran parte de su autonomía, pues pasaría a depender completamente de un equipo médico o de algún familiar. Al mismo tiempo, por su padecimiento, tampoco sería visto como un igual, porque quién pasaría a tomar las riendas de las decisiones recaería en la persona que lo esté cuidando y de esta forma también perdería su propia libertad. Algunos, para evadir toda esta situación, toman la decisión de optar por la eutanasia. Se conoce como eutanasia:

A uno de los procedimientos más utilizados en la sociedad actual para causar la muerte a un paciente en estado terminal con el fin de evitarle dolores infructuosos; de esta manera se le impiden molestias físicas y psicológicas producidas por su enfermedad. (Delgado, 2017, p. 227)

El tema de la eutanasia es muy controvertido: hay quienes se oponen rotundamente, mientras otros apoyan la idea de morir con dignidad. Aunque muchos piensan que la eutanasia es algo de la actualidad, en realidad:

En un sentido histórico, la eutanasia se ha referido a la muerte que se le ocasiona a alguien por piedad o misericordia. En la Edad Media, los caballeros tenían un cuchillo pequeño al que le decían

‘misericordia’, con el cual le daban muerte a quienes estaban malheridos. Era un acto de piedad.
(Zamora, 2022)

Como se mencionó anteriormente o con anterioridad, la eutanasia no es un concepto netamente actual. En el pasado ya existía la idea de no prolongar la vida de los enfermos. Pero el término de eutanasia se acuñó gracias a Francis Bacon, quien en el siglo XVII “impulsó la composición de un vocabulario jurídico sin fabricar ‘Definiciones exactas’” (Delgado, 2017, p. 228). Es desde ese entonces que la eutanasia es formalizada como un procedimiento médico, que, sin embargo, hasta el día de hoy sigue teniendo un gran número de opositores. Muchos se encuentran en desacuerdo debido a que se tiene la creencia de que podría ir en contra de la vida humana y vulneraría la dignidad humana. A pesar de esto, Colombia es uno de los países que legalizó este procedimiento médico. Gracias a la Resolución 1216 del 20 de abril de 2015 del Ministerio de Salud y Protección Social de la República de Colombia se formalizó en el país el derecho a morir dignamente, pero para que se pueda llevar a cabo este procedimiento se debe cumplir con ciertos requisitos. Uno de ellos es que se le aplicará a los pacientes en etapa terminal o en estado vegetal; sin embargo, estos últimos deben expresar específicamente con anterioridad su deseo de morir. Años después, en el 2021 bajo la sentencia C-233 de la Corte Constitucional, se declaró que las personas que padecen de lesiones corporales o en otros casos de enfermedades graves e incurables tienen la posibilidad de acceder a la eutanasia. Todo esto se lleva a cabo porque se tiene el concepto de que la eutanasia “tiene como fin aliviar el dolor del paciente en estado terminal” (Delgado, 2017, p. 237). La idea de aliviar el dolor es la principal idea que impulsa a Adrián a tomar la iniciativa de morir antes de que llegue Azrael por él.

La manera como Adrián llega a esa decisión empieza finalizando el capítulo tres, cuando Adrián tiene una conversación con Héctor, el novio de Verónica y que es médico de profesión. Este le comenta que lo apoyaría si se decidiera optar por otra opción distinta al tratamiento, aunque

nunca dice de forma explícita que la opción sea la eutanasia. La idea queda plantada en la mente de Adrián y se refuerza no solo por el hecho de que se encuentra en un estado agónico, sino porque en el este penúltimo capítulo de la novela Azrael tiene un momento donde narra una historia de su pasado, con el fin de hacerle entender a Adrián la razón de por qué la muerte es un ente neutral que toma una participación activa en la vida de las personas, y como un recurso narrativo para mostrar que históricamente ya existían vestigios de la eutanasia en el pasado. Este fragmento es:

En silencio se acercó al oído del compañero herido, y sin permitirle ver que acababa de sacar un pequeño cuchillo plateado de su cinturón, le murmuró algo al oído y le clavó la hoja afilada en el corazón. Era la primera vez que presenciaba algo como eso. En ese momento no entendí por qué el caballero asesinó a su compañero. (Mesa, 2023, p. 98)

Este fragmento narrado por Azrael fue tomado por lo anteriormente mencionado por Zamora de que en tiempos anteriores ya existían vestigios de la eutanasia comentando que, en la Edad Media, los caballeros cargaban un cuchillo el cual utilizaban como un acto de piedad o misericordia, para dar muerte a sus compañeros malheridos. Esta idea se refuerza en la novela porque el caballero de la historia de Azrael le dice “el caballero solo me observó y con un susurro me respondió ‘lo hice por piedad’” (Mesa, 2023, p. 100). Eso era lo que en cierta forma buscaba Adrián, piedad para cabar con su sufrimiento y esto lo llevaría a tomar la decisión de optar por la eutanasia.

5. Una promesa

El último capítulo de la novela está compuesto por una narrativa diferente. Se cuenta desde la perspectiva de Azrael. Sigue el mismo formato de la novela, está escrito en forma de diario donde se exhibe el pensar de Azrael y los sucesos que acontecen poco tiempo después de su última visita a Adrián. Azrael acompaña en silencio a Adrián en espera de que llegue el momento de llevarse su alma, sin embargo, los planes de Adrián fueron otros al acelerar su proceso de muerte escogiendo el camino de la eutanasia. En este capítulo hay un enfoque distinto con Azrael, ya que se presenta como una muerte que se ha humanizado al permitirle a Adrián tomar su propio camino.

5.1. La muerte humanizada

Conforme a lo que dicen (Lynhc & Oddone, 2017, p. 135), el tratar el tema de muerte deja en evidencia su complejidad como fenómeno teórico con distintas perspectivas. Entre estas pueden nombrarse la naturaleza de la muerte, y lo relacionado a la introyección o representación realizada como un acontecimiento objetivo que se convierte en subjetivo cuando a este se le asocian condiciones sociales, familiares, personales y religiosas.

De allí que las actitudes y comportamientos que las personas adoptan ante la muerte sean el resultado de características y circunstancias individuales, por un lado, y del concepto y sentido de la muerte imperante en la sociedad, por otro. *Azrael* pretende fortalecer la personificación de la muerte como un ente que adquiere una apariencia humana, cuya función principal es garantizar que se cumpla el término de la vida.

Esta connotación de humanizar al suceso de finalización de la vida de las personas, como se ha hecho alusión con anterioridad, resulta en una cierta explicación de por qué ocurren los decesos de las personas y quién es el encargado de llevar a cabo esta obra tan indeseable. Es

entonces cuando se toma a la personificación de la muerte en la extensión de su papel como figura literaria.

La personificación o prosopopeya concede atributos humanos, como la capacidad de comunicación, a través del lenguaje a seres inanimados, abstractos o irracionales (Lechuga, 2022, p. 53). Es de uso complejo porque se estructura con procedimientos lingüísticos y con el pensamiento de quien la usa y que está condicionado a aspectos culturales, sociales, entre otros. Así, la prosopopeya “depende de la idea que tiene la humanidad de su lugar en el universo y su relación con otras entidades que lo componen” (p. 55); de ahí que diversas culturas alrededor del mundo conceptualicen a la muerte como un ser con cualidades humanas.

Por lo tanto, la personificación, “se constituye a partir de la traslación de una entidad que ocupa un lugar bajo en la cadena del ser a un lugar superior, mediante la atribución ficticia de características de la entidad de mayor jerarquía a la de menor” (p. 56).

En *Azrael*, conforme a esta figura literaria, se le ha dado a la muerte una apariencia totalmente humana, de manera que se descubre que su presencia pasa desapercibida entre los mortales por tener cualidades físicas similares. El uso de vestuario que a pesar de llevar el color negro como símbolo de la oscuridad que representa, no es distinto al que llevarían algunas personas en la actualidad. Además, la muerte en la novela demuestra su capacidad para comer, para hablar, para escribir cartas con una ortografía y caligrafía perfectas, además de desempeñar una labor u oficio que es el de guardar las almas de los difuntos en un farol.

Al respecto, la muerte, que es quien protagoniza el capítulo de cierre de la novela, se presenta humanizada. El simple hecho de permitir que Adrián optara por tomar la decisión de escoger su propia forma de muerte y no impedirselo, es una evolución del personaje de Azrael. Pasa de ser esta entidad distanciada de las personas, que ve a lo lejos y prefiere no tomar acción

alguna, a un ser que se vuelve cercano a una persona al punto de considerarlo un amigo, algo que no había ocurrido al principio de la novela.

Finalmente, se destaca que, el diálogo presentado durante toda la historia entre Adrián y Azrael es una representación del hombre bajo un imaginario social, según el cual, la muerte es un ente que siempre se encuentra al acecho de almas, pero que, al fin, su labor es necesaria para que la vida tenga un equilibrio. Además, permite comprender la pronta partida de algunas personas y dar un último adiós, de forma respetuosa y coherente con un proceso de vida que ha llegado a su fin así no sea el deseado.

Conclusiones

Para la construcción de mi novela titulada *Azrael*, se hizo necesario articular elementos propios de creación provenientes del conocimiento, experiencia, creatividad e imaginación subjetiva, con recursos literarios e investigación. Todo el proceso creativo nace de una experiencia personal al sufrir la pérdida de dos seres queridos.

Es de esta forma que la historia de Adrián y su encuentro con la mismísima muerte tiene comienzo. La novela se va desarrollando de manera que en un inicio se explore el rechazo a la muerte para más adelante mostrar una perspectiva diferente a la planteada al comienzo. El rechazo a la muerte nace de la idea de que a la muerte se le asociaba con cosas negativas como las enfermedades. También nace de la iconografía proveniente de la Edad Media que describe a la muerte como este ser terrorífico con forma de esqueleto que le arrebatara la vida a las personas sin importar su estatus social ni la edad; la muerte es capaz de quitar la vida tanto a ancianos como a jóvenes y bebés. Toda esta concepción negativa desemboca en un principio en el protagonista de la historia, Adrián. A eso se debe su recelo y su disgusto con Azrael en las primeras visitas. Le cree la fuente de todos sus males y esa es la razón de su hostilidad.

Pero a pesar de que no desea tener cerca a la muerte al avanzar la historia su actitud cambia. Y en cierta forma era de esperarse este desarrollo, pues, así como lo expone la doctora Kübler-Ross (2014) hablar de la muerte permite que la persona se prepare y que de forma progresiva pueda ver a la muerte como parte de la vida. De ahí que en los últimos tres capítulos Adrián se vuelva más cercano a Azrael. Asimismo demuestra que su proceso de duelo está llegando a su fin, porque la última etapa del duelo que es la aceptación le muestra al enfermo que aceptar la muerte es parte de un “proceso natural, en realidad un progreso, quizá la señal de que la persona moribunda ha encontrado la paz” (p. 152). Sin embargo, en el caso de la novela, para Adrián esta realización es

casi amarga porque al final él abraza a la muerte después de pasar un largo tiempo sufriendo el dolor de su cuerpo deteriorado por una enfermedad avanzada y terminal, lo que lo llevaría a optar por la eutanasia. Para darle fin a su padecimiento porque el hecho de existir se había convertido en una agonía insoportable.

Es entonces cuando el concepto negativo que tenía Adrián sobre la muerte queda atrás y la idea de la muerte pasa a ser algo aceptado al punto de ser deseada. Este cambio mostraría un lado diferente de la muerte. La muerte dejaría de ser algo repudiado a ser algo anhelado, pero todo esto es gracias a las características dadas a Azrael, pues en la novela la muerte se muestra de una forma más humanizada empezando con su apariencia, aunque comparada con la de un cadáver, es el de una persona y un ser con una belleza sobrenatural, lo cual rompe con la visión que se tenía de la muerte en las *Danzas macabras* y en las iconografías de la Edad Media. También el hecho de que la muerte le da un acompañamiento al moribundo a pesar de no dejar su neutralidad y de que le permita tomar sus propias decisiones en cuanto a su propia muerte. Esto le daría a la muerte una percepción mucho más cercana y que, por lo mismo, genere una intimidad y familiaridad que rompe con la idea generalizada que se tiene de la muerte.

Cabe resaltar que al finalizar la investigación teórica, todavía quedan preguntas que valdría la pena explorar. En el caso de la novela a Adrián todo parece marchar bien, refiriéndome al cumplimiento de los tratamientos de su enfermedad, pues soy consciente que en la realidad recibir un tratamiento médico es una tarea muy difícil de conseguir. Una de las razones por las que no quise ahondar en ese asunto fue para no alargar más la novela, por esa razón tomé la decisión de eludir los impedimentos que podría enfrentar una persona común que busca tratar su enfermedad. ¿Cuáles son las dificultades que enfrenta una persona sin algún privilegio frente al sistema de salud en Colombia? Sí, yo como autora, hubiera vislumbrado agregar esto a la historia, ¿qué habría pasado si hubiese optado por trabajarlo desde esa perspectiva?, ¿cómo habría cambiado la historia?

Pero, después de todo este proceso creativo e investigativo, al ver en retrospectiva todo mi desarrollo como autora, siento que fue un trabajo complejo que empezó con una idea casi sencilla, la cual era el encuentro de un mortal con la muerte, pero que al avanzar con la búsqueda teórica, fue profundizándose y volviéndose cada vez más compleja. Mis personajes tuvieron un desarrollo que ni yo misma en un principio podría haber llegado a imaginar. En un comienzo tenía solo bosquejos de cada personaje y con el pasar de la historia, lo que tenía planeado al comienzo se fue transformando. Héctor iba a ser un personaje casi antagonico, pero al final fue un gran soporte para la trama. Sucedió lo mismo con el final de la novela, no tenía como conclusión la decisión de que Adrián optara por la eutanasia, pero gracias a toda la riqueza creativa al escribir y realizar la investigación se vio una oportunidad de darle un desenlace diferente. Todo este proceso en conjunto dio como resultado a la novela *Azrael* que integra el conocimiento obtenido por la indagación teórica y todos estos años de estudio.

Bibliografía

- Ariès, P. (2017). *Historia de la muerte en Occidente: De la Edad Media hasta nuestros días* (F. Carbajo Molina & R. Perrin, Trads.). Acantilado.
- Bellido, M. (2019). *El libro oculto de los animales*. Editorial Planeta.
- Bermejo, J. C. y Villaceros Durban, M. (2018). Humanización y acción. *Revista Iberoamericana de Bioética*, 8,1-16. <https://doi.org/10.14422/rib.i08.y2018.005>
- Coosalud. (2021). *Cifras generales del cáncer en Colombia*. Obtenido de Coosalud, En Pos de tu bienestar: [https://coosalud.com/cancer/cifras-generales-del-cancer-en-colombia/#:~:text=Durante%20el%20periodo%20comprendido%20entre,394.575\)%%20se%20clasificaron%20como%20invasivos.](https://coosalud.com/cancer/cifras-generales-del-cancer-en-colombia/#:~:text=Durante%20el%20periodo%20comprendido%20entre,394.575)%%20se%20clasificaron%20como%20invasivos.)
- Corte Constitucional (Mayo 16, 2016). Sentencia T-239/16 (Jorge Ignacio Pretelt Chaljub, M. P.). <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2016/T-239-16.htm>
- DANE. (2022). *DANE Información para todos*. Obtenido de [https://www.dane.gov.co/index.php?option=com_content&view=article&id=853&Itemid=28&phpMyAdmin=3om27vamm65hhkhrtgc8rrn2g4#:~:text=Fecundidad%2C%20mortalidad%20y%20esperanza%20de%20vida&text=La%20esperanza%20de%20vida%20\(que,a%C3%B1os%20m%C3%A1s%20que%20los](https://www.dane.gov.co/index.php?option=com_content&view=article&id=853&Itemid=28&phpMyAdmin=3om27vamm65hhkhrtgc8rrn2g4#:~:text=Fecundidad%2C%20mortalidad%20y%20esperanza%20de%20vida&text=La%20esperanza%20de%20vida%20(que,a%C3%B1os%20m%C3%A1s%20que%20los)
- Delgado, E. J. (2017). Eutanasia en Colombia: Una mirada hacia la nueva legislación. *Justicia*, 22(31), 226-239. <https://doi.org/10.17081/just.22.31.2608>
- Echeverría, C., Goic, A., Lavados, M., Quintana, C., Rojas, A., Serani, A y Vacarezza, R. (2004). Diagnóstico de Muerte. *Revista Médica de Chile*, 132(1), 95-107. <https://doi.org/10.4067/S0034-98872004000100015>

- Gallego, A. y Isidro, A. (2019). El duelo de la muerte en la etapa de la adolescencia. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 1(1), 93-100.
- Gómez, D. (2015). Iconografía de la muerte en el arte moderno occidental. *Trabajo de Grado en Historia del Arte. Universidad de la Laguna*, 56.
<https://core.ac.uk/download/pdf/51283927.pdf>
- González, H. (2014). La Danza Macabra. *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 6(11), 23-51.
- Haindl, A. (2009). La danza de la muerte. *Orbis Terrarum*, 106-205. Obtenido de https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net/50916317/danza_de_la_muerte-libre.pdf?1481884131=&response-content-disposition=inline%3B+filename%3DLa_Danza_de_la_Muerte.pdf&Expires=1673484141&Signature=C2Fk1Z7eZ3IHvZo0smj2fs8AMSjkslvhQ1ZwyXDlbsqL42L1Llxb6PjNWaPjMZ
- Huanca, J. (2020). Cuando la muerte nos mira con deseo de llevarnos al tártaro. (I. U. Perú, Ed.) *Revista Revoluciones*, 1-5. Obtenido de <http://revistarevoluciones.com/index.php/rr/article/view/9/23>
- Huizinga, J. (1982). *El otoño de la Edad Media* (4ta ed.). Alianza.
- Kesch, E. (2014). El arte de morir. *Revista Dia Treinta*, 18-21.
- Kübler-Ross, E. (2014). *Sobre la muerte y los moribundos*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Lechuga, D. (2022). La personificación como recurso literario: fundamento, forma y funciones. *Revista Nuevas Glosas, Estudios Lingüísticos y literarios*(3), 51-73.
- Llano Escobar, A. S. J. (1992, noviembre 30). El morir cristiano. *Theologica Xaveriana*, 0(104), 469-487. Repositorio Institucional PUJ.

- López, A. (2015, agosto 4). ¿Sabías que la creencia de que los gatos tienen varias vidas procede del Antiguo Egipto? [Blog]. *20minutos*.
<https://blogs.20minutos.es/yaestaellistoquetodolosabe/tag/nueve-vidas-del-gato/>
- Lynhc, G., y Oddone, M. (2017). La percepción de la muerte en el curso de la vida. *Revista de Ciencias Sociales*, 129-150.
- Maslow, A. (1991). Motivación y personalidad. *Edicione Díaz de Santos*, 188.
- Merguen, E. (2007). Danza general de la muerte. *La guillotina*, 166.
- Mesa, M. (2023). Azrael. 51-109.
- Mewes, P., & Rivera, M. (2014). Vivir con cáncer: una experiencia de cambios profundos provocados por la quimioterapia. *Revista Aquichan*, 14(1), 20-31.
- Pegalajar, M. (2017). Análisis del autoconcepto y realización personal. *Contextos educativos: revista de educación.*, 95-111
- Pereira, R. (2010). Evolución y diagnóstico del duelo normal y patológico. *FMC: Formación Médica Continuada en Atención Primaria*, 17(10), 656-663.
- Portafolio. (11 de mayo de 2022). *Legalizan el suicidio médicamente asistido en el país: así funcionará.* <https://www.portafolio.co/economia/finanzas/suicidio-medicamente-asistido-fue-legalizado-en-colombia-y-asi-funcionara-corte-constitucional-565300>
- Redacción Vital. (02 de Noviembre de 2017). El ciclo de la muerte: esto es lo que pasa con tu cuerpo tras morir. *Revista Vital*, 07(18), 1. Obtenido de <https://rpp.pe/vital/salud/el-ciclo-de-la-muerte-esto-es-lo-que-pasa-con-tu-cuerpo-tras-morir-noticia-1086142#:~:text=%E2%80%9CInmediatamente%20despu%C3%A9s%20de%20que%20el,la%20temperatura%20ambiente%E2%80%9D%2C%20comenta.>
- Saramago, J. (2015). *Las intermitencias de la muerte* (1 ed.). Penguin Random House Grupo Editorial. (P. del Río, Trads.)

- Talavera, F. (2020). Fundamentos metodológicos de la investigación: El génesis del nuevo conocimiento. *Revista Scientific*, 5(16), 99-119.
- Hagstrøm, M. (2021) *The Medieval Dance of Death*. (2021).
- Usero, L. M., & Tilley, C. D. (2017). Muerte, presagios y ritos: El papel de los animales en algunas tradiciones españolas. *TRIM*, 13, 23-35. ¿Traductor?
- Veizaga, K., & Bismarck, P. (2005). Representación social de la muerte en distintas religiones. *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UC BSP*, 3(2), 101-122.
- Zamora Quiroga, D. (2022, mayo 12). *El debate de la eutanasia en Colombia* [Revista Pesquisa Javeriana]. Obtenido de <https://www.javeriana.edu.co/pesquisa/eutanasia-en-colombia-argumentos/>
- Zweig, S. (2012). *La curación por el espíritu* (J. Fontcuberta, Trad.). Acantilado.

AZRAEL

María Paulina Mesa Herrera

Vero

El tiempo vuela, ¿no lo crees?, ¿cuánto tiempo ha pasado?, ¿un día?, ¿tres semanas?, ¿un par de horas? Sinceramente no lo sé, en el lugar donde me encuentro el tiempo carece de importancia, pero presiento que no lo debes estar pasando muy bien desde mi partida. Conociéndote estarás en un bucle infinito de tristeza y alegrías. Unos días te levantarás como una mujer nueva, pero al llegar la noche, cuando te encuentres sin compañía, abrazarás la soledad y la tomarás como un veneno. Cómo me hubiera gustado evitarte la pena.

Lo siento mucho, Vero, desearía que no hubieras tenido que pasar por esto. Me gustaría que estuvieras acompañada de alguien. ¿Por qué no llamas a Caro? Te vendría mejor su compañía que la de Héctor. Ahora me siento en la libertad de decirte, sin rabia ni rencor, que espero aceptes lo que en verdad eres porque, así como eres yo te amo.

Dicho esto, quiero darte un último regalo, antes de dejar de una vez por todas este espacio que se me ha otorgado para dar mi último adiós y seguir con mi camino al más allá. Este pequeño libro me acompañó durante mi enfermedad. Me ayudó a desahogarme. Me dio la oportunidad de cambiar mi perspectiva de muchas cosas. Ojalá, cuando leas estas palabras, logres entender por todo lo que tuve que pasar. Espero que este diario te permita comprender la razón de por qué tomé esa decisión.

Con esto, me despido y te pido perdón.

Adrián.

LA INMINENTE MUERTE

Si no lo escribo voy a enloquecer.

Si una persona me pidiera describir en pocas palabras mi vida bastaría con decir “es una maldita broma”. Desde que era niño sabía que algo estaba mal conmigo. Creía que era mala suerte. Como cuando resbalé en la cocina estando el piso seco, o ese día que tropecé con mi propio pie y me rompí el brazo. Pero, creo que es algo peor que solo mala suerte, me siento maldito, pareciera que todas mis desgracias aumentarían con el tiempo. No bastó con el abandono de mi padre, tampoco fue suficiente con la partida de mi madre a Estados Unidos, dejándome a mi suerte con mi abuela. “La vida no podría ser más cruel”, pensaba cada vez que me ocurría algo, pero de alguna manera u otra la vida encontraba la forma de recordarme que todo puede empeorar y a pesar de eso, por increíble que fuera, la noticia de mi inminente y dolorosa muerte no fue lo peor. Nunca me consideré una persona creyente. Asistía a la iglesia por obligación. Mi abuela, una fiel católica hasta su muerte, nos levantaba a mí y a mi hermana a las cinco de la mañana para rezar el rosario. La existencia de un dios todopoderoso eran disparates, al igual que los fantasmas y los espíritus. Ni siquiera con mis tiernos seis años creía en papá Noel. Por esa razón, cuando encontré un sobre negro con bordes dorados que en su interior tenía una carta sencilla en una pulcra letra cursiva y al mismo tiempo me informaba que la muerte vendría a hacerme una visita, me reí a carcajadas.

Claro que no me la creí, tenía que ser una broma perversa, hecha por alguien para burlarse de un moribundo con los días contados. Enceguecido por la ira no dudé en llamar a portería y gritarle al portero un montón de obscenidades, creyendo estúpidamente que él era el autor de esa carta. Las venas se marcaron en el cuello por mis gritos. Creo que estuve casi media hora diciéndole al pobre hombre toda clase de barbaridades, ignorando el hecho de que ese pobre diablo, si al caso, llegó a terminar el bachillerato, no podría ser el autor. Ni yo mismo, un graduado de la carrera de periodismo, tenía buena caligrafía. Además, había pasado por alto el detalle de que la carta se encontraba en medio de mi comedor. Yo vivo solo en un sexto piso en el Nogal. Ni mi propia hermana tiene copia de mi llave. La única forma de que alguien pudiera dejar el sobre, sin pasar por la puerta principal, era entrando por la ventana. Lo cual era imposible porque mi apartamento no tenía balcón y quedaba al lado del vacío. Sin mencionar que nadie de mi círculo de conocidos

tenía algún conocimiento sobre mi enfermedad, excepto una persona. Instintivamente boté la carta en la basura, no sin antes arrugarla con todas mis fuerzas.

Me reí para mis adentros, pues recordé la palabra que me llevó a esta situación tan abstracta. “Rarísimo” ese fue el término que el médico usó para describir mi situación. Soy un caso excepcional. Casi único se podría decir. El doctor parecía querer felicitarme en vez de darme sus pésames, podría ver en sus ojos oscuros y arrugados la exaltación de encontrar una joya tan rara y exquisita. Por un momento vi cómo el anciano decrepito de nariz aguileña y jorobado rejuvenecía unos veinte años. Extendió su mano huesuda para despedirme no sin antes decir: “espero verlo pronto”, no hay nada más alentador que darte cuenta de que tu médico espera con ansias tu regreso. Al principio no lo acepté, y por una semana pasé de consultorio en consultorio buscando opiniones diferentes. Desafié a doctores con más de veinte años de experiencia. Indagué con médicos recién graduados y también con expertos en el campo. Escudriñé unas cien páginas web y artículos médicos solo para chocar con la cruda realidad. Esa era la enfermedad, no quedaba duda y lo volví a confirmar con Héctor, el prometido de mi hermana.

—Ni una sola palabra, Héctor —le dije amenazante.

—Se va a enterar tarde o temprano, Adrián —dijo preocupado sin poder verme directamente a los ojos.

—Cállate y ya.

Esa misma tarde, después de mi charla con Héctor, pasé por la cigarrería que quedaba a una cuadra de mi edificio y compré las botellas necesarias para ahogar mis penas. “Debe ser una maldición” canturreé mientras tomaba mi quinto vaso de whiskey. En medio de mi sala sentado sobre el piso frío de madera, a oscuras me reía histéricamente mientras volvía a llenar el vaso con más alcohol. En esas vi mi reflejo en el vidrio de la mesa de cristal y que estaba frente a mí. Pasé mis dedos por mi rostro, detallé cada centímetro, su textura, las imperfecciones. Recorrí con mi dedo índice la cicatriz que se encontraba por debajo de mi quijada. El recuerdo eterno de esa caída de la bicicleta. Toqué mis cejas y mi cabello, por primera vez acepté cada hebra seca y descuidada, porque esa podría ser la última vez que vería el castaño de mi pelo.

Un torbellino de emociones me atacó de la nada. Mi respiración se volvió agitada y sin darme cuenta rompí en llanto. Gimoteaba en busca de aire. Abracé mis piernas y me dejé caer de forma patética al suelo. Cómo deseaba gritar, rasgar mi piel, agarrar mi corazón y sacarlo del pecho porque ya no soportaba esa opresión. Lloré cual infante al momento de nacer. Quién diría que ese lloriqueo provenía de un moribundo. Maldije a mi padre por largarse una semana antes de mi tercer cumpleaños y no haber vuelto arrastrándose por perdón. Culpé a mi madre por abandonarme en este país, por no luchar por mí y por primera vez, en muchos años, añoré el regazo de mi abuela, quería sentir sus palmaditas despreocupadas mientras me mecía y susurraba tiernas palabras de aliento. Renegué del mundo, odié a cada persona que estaba sana. Y durante mis delirios de borracho herido me di cuenta que la culpa recaía en una cosa. No podían ser mis genes, porque nadie de mi familia había muerto tan joven. Definitivamente tampoco podía ser mi estilo de vida: aunque no era la más sana, tampoco era la peor. Solo había una respuesta. La muerte. Esa cochina criatura que no tenía perdón. Un ser despreciable que rondaba alrededor de nosotros como un animal famélico.

En ese momento quise con tanto deseo verle la cara huesuda y mirar directamente a sus cuencas vacías y oscuras. Gritarle por la injusticia de quitarme la vida tan pronto. “Ser inmundo, no mereces mi perdón”, me dije a mí mismo. Agarrar su túnica con mis propias manos para que me mirara con atención y se grabara en ese cráneo suyo el sufrimiento que me estaba causando. Aunque era muy pretencioso de mi parte asumir que así se vería la muerte. Ignoraba cómo se veía en realidad o cómo debería referirme a ese ser, la forma cómo lo imaginaba era gracias a las caricaturas que vi en mi adolescencia, pero, principalmente por una clase que tomé de historia del arte. En ese curso aprendí sobre el arte de la Edad Media y vi pinturas que representaban a la muerte como un esqueleto ambulante. Nadie sabía con certeza su verdadera apariencia pues era un ser invisible que evadía toda responsabilidad del daño que causaba. Sin poder razonar con claridad saqué una hoja en blanco y empecé a escribir. El alcohol y la ira manejaban mi cuerpo como un títere. Sentía los latidos de mi corazón palpitar por cada palabra que escribía, pero la agitación más el alcohol hizo efecto en ese momento. Empecé a mirar doble y un líquido espeso pasó por mi garganta. Lo escupí en el fregadero y al ver el color rojizo, me sentí a desfallecer. A la mañana siguiente me desperté en el suelo de la cocina, la estufa estaba cubierta con cenizas. No recuerdo con exactitud si había quemado la hoja, sólo recordaba que mi letra parecía mamarrachos o más

bien jeroglíficos. Lo que sea que haya escrito, mi mente lo había sepultado en un rincón de mi memoria, conociéndome y al ser una persona psicorrígida, intuyo que había escrito una queja formal sobre el pésimo trabajo que estaba haciendo la muerte.

Al recordar vagamente mis acciones de esa noche, me sentí avergonzado de mí mismo. Yo, una persona escéptica, escribiéndole a un ser del que negaba su existencia. Mi enfermedad estaba empezando a destrozar lo que me quedaba de orgullo. Por esa razón quise olvidar la carta y que por un instante había aceptado que la muerte era una cosa que existía y tenía un cuerpo físico. Mantuve la fachada de un hombre que lo tiene todo organizado, pero esa maldita carta tenía que aparecer en mi comedor. A veces, me sorprendía a mí mismo pensando en la carta. La letra en tinta dorada, curvada y perfecta. No tenía errores, no había manchas. La hoja era pergamino. *“Su carta ha sido recibida. Iré a visitarlo dentro de una semana Adrián. Hasta entonces”* decía la carta que estaba firmada por la muerte. Eran tantas coincidencias, que debí creer cada palabra escrita. Pero, en mi cabeza no cabía la idea de que algo o alguien vendría a mi apartamento y menos el culpable de mi enfermedad terminal.

El día de la supuesta visita me desperté temprano, casi a las seis. Rechisté frustrado porque era precisamente mi día libre. Añoraba dormir hasta el mediodía, pero mi cuerpo no estaba de acuerdo. Al abrir las cortinas vi por la ventana que el día estaba más oscuro de lo normal, las nubes se arremolinaban en círculos alrededor del edificio. Cerré ambas cortinas y exhalé todo el aire de mis pulmones. Toda la semana había salido el sol, pero claro, Bogotá era una ciudad cambiante, lo raro sería que mantuviera con buen clima. Salí de la cama sin mucha energía. No tenía planes ese día, así que me di el lujo de holgazanear gran parte de la mañana. Por alguna razón, tomé la iniciativa de limpiar mi desorden. Normalmente Felicia, la señora del aseo que venía tres veces a la semana, se encargaba del basurero que tenía como apartamento. Saqué una bolsa grande de basura y empecé a botar todo el papeleo que había impreso para un artículo. Las montañas de papel que había alrededor de mi sofá azul empezaron a desaparecer. Con un trapo húmedo limpié la mesa de cristal. Acto seguido encendí la aspiradora y la pasé por el tapete de la sala. Luego me dirigí a la cocina y aspiré cualquier migaja del piso. En momentos como ese, agradecía vivir en un apartamento tan pequeño, solo tenía una habitación, un baño, la cocina y la sala. Lo único que separaba la sala de la cocina era una mesa blanca de madera que era más larga que ancha. En ella

solía comer, pero desde hace unos pocos años había tomado la mala costumbre de comer sentado frente al sofá, pues ahí estaba el televisor.

Al tener todo medio presentable, miré el reloj que estaba colgado en la pared de la cocina entre la nevera y el único estante. Las manecillas indicaban que hasta ahora eran las ocho y media de la mañana. Orgulloso por la eficiencia de mi arduo trabajo de limpieza me dediqué a preparar café. Mi cuerpo ya exigía su dosis mañanera de cafeína. Serví el líquido negro en mi vaso de porcelana favorito cuando escuché el pitido de la cafetera. Fue un regalo de mi abuela, me lo dio el día que me mudé al apartamento. Eso fue un año antes de su partida. El olor a café entró de lleno por mis fosas nasales y por un instante olvidé mis preocupaciones y angustias. Llevé el vaso a mis labios y estuve a nada de saborear el café, pero el timbre sonó de repente. Di un brinquito brusco que casi me hace soltar el vaso. Unas pequeñas gotas del líquido hirviendo saltaron directo a mis manos. Tuve que dejar el condenado vaso sobre la mesa. “¿Quién podrá ser a estas horas?” me pregunté al mirar la puerta. Caminé de mala gana para abrirle a la persona que osaba molestarme. Al ver que no era nada más ni nada menos que mi vecina Paola, cerré la puerta sin decir más.

Paola vivía en el apartamento de al fondo. Era una mujer morena de unos veintiocho años, muy guapa, de caderas prominentes y dos melones como senos. Su cabello crespo, siempre arreglado, acentuaba su rostro redondo. A pesar de ser tan atractiva tenía dos grandes defectos. Uno era su hijo de doce años, el vándalo del edificio. Un muchacho flacucho y nada agraciado, con la cara llena de acné y el corte de todo aficionado al reggaetón. Rompía a propósito las ventanas de los apartamentos del primer piso. Recuerdo que una vez el mocoso intentó chantajearme, si no le compraba cigarros le iba a decir al guardia que yo había metido sin permiso a mis amigos al salón comunal a tomar una botella de aguardiente. El mocoso sabía que estaba prohibido tomar alcohol en el salón comunal y que se debía pasar una carta al administrador para avisar con antelación su uso, cosa que no hice y eso significaba que me llevaría una gran multa. Sin embargo, su intento fue en vano pues no dudé en zamparle un duro golpe en esa cabecita. Se me quedó mirando con grandes ojos, yo solo le amagué otro golpe y el sin vergüenza salió chillando. Nunca fui paciente con los niños y puedo decir que nunca lo sería. El segundo problema de Paola era su reputación. Se decía que el niño era hijo de un narco, el rumor se debía a que nadie sabía en qué trabajaba. Siempre estaba en el edificio y solo salía en las noches a rumbear. Por esa razón a todos

los vecinos les sorprendía que una joven con ese estilo de vida viviera por el Nogal. Alguien tenía que sostenerla y esa persona debía tener plata. Aunque yo como periodista no ganara un gran dineral, era organizado con mis cuentas. Además, tuve la fortuna de recibir el apoyo de mi abuela. Ella fue quien me ayudó con las primeras cuotas para el pago del apartamento. Mi apartamento era uno de los más pequeños del edificio, aun así, costó un dineral.

El timbre volvió a sonar. Suspiré exasperado por la interrupción. Paola siempre buscaba alguna excusa para venir a molestarte. Por alguna razón tomó un interés enfermizo en mí. Debe ser por nuestra cercanía en edad, pero sospecho que la verdadera razón se debe a que una vez aparecí en un noticiero haciendo un reportaje. No fue la gran cosa, ni que fuera Caracol o RCN. Desde ese momento no ha parado de hablarme y coquetearme. No soy tan iluso en pensar que la traigo loca por mi físico. No tengo un atractivo que me diferencie de un hombre colombiano promedio. Mi cabello es descuidado, tampoco soy muy alto. Me encuentro muy delgado, pero eso se debe a mi enfermedad. Antes tenía un cuerpo más atlético, porque en ese entonces me interesaba mi salud. Pero de nada me sirvió cuidarme. Abrí la puerta de mala gana. Paola tenía las manos en las caderas y tenía el ceño fruncido.

—¿Qué quieres, Paola? —solté sin ocultar mi enojo.

—Parece que te he cogido de malas pulgas ¿ah? —dijo con sorna mientras se cruzaba de brazos—. Uno viene aquí respetuoso, con toda la energía y esa es la forma en cómo te reciben.

—¿Cómo no? Si vienen en la mañana a joder —ella solo se encogió de hombros.

—Uy que pena, veci, por interrumpir su descanso, a la próxima llamaré para avisarle y no cogerlo todo desprevenido.

—Paola.

—Qué mal geniado eres en las mañanas —gruñó haciendo caras—. Bueh, ¿has visto al negro?

—No, el gato no ha pasado por aquí.

—Si lo ves me avisas, porfa, desde anoche no se ha aparecido y me tiene preocupada, le escuché a una de las vecinas que están envenenando a los animalitos por el sector.

—Si, yo te aviso.

Y volví a cerrar la puerta. Me presioné la sien y solté un largo suspiro. Paola podía llegar a ser tan inoportuna. Era molesto que solo recurriera a mí para preguntar sobre el gato. Básicamente le pertenecía al edificio. Paola lo trajo de cachorro, dijo que lo había encontrado mal herido por la calle. Estaba flaco y débil. Su pelaje negro era opaco, excepto sus ojos, parecían ámbar con lo mucho que destellaban. En los primeros meses Paola lo cuidaba con gran esmero, pero solo fue cuestión de tiempo para que empezara a descuidarlo justo como hizo con su propio hijo. Ese gato empezó a vagar por el edificio, de apartamento en apartamento, pero había tomado un gusto por el mío. A veces llegaba a quedarse una semana entera. Aparecía de la nada. Nunca logré descifrar por dónde entraba. Al final le terminé comprando comida y un par de platos. El gato no me molestaba, siempre tuve debilidad por los felinos. Llegaba a hacerme compañía en mis largas noches de desvelo. Le había tomado cariño. Pero era de Paola y no mío. Igual no me gustaría dejarlo solo.

Nuevamente sonó el timbre. No quería volverle a abrir a Paola. Tenía suficiente de sus interrupciones y excusas para hablarme. Le iba a dar un ultimátum. Abrí la puerta para decirle sus verdades, pero frente a mí se encontraba otra persona. Un desconocido, no parecía de este mundo. Vestía un abrigo negro largo que le llegaba a los pies. La ropa también la llevaba del mismo color. No había palabras exactas para describir a ese ser que estaba parado en mi entrada. Por una parte, parecía una criatura tan bella que mis ojos no lograban asimilarlo. Su rostro era delgado de facciones finas, con grandes pestañas y labios delicados, pero curvos. Era alto de casi dos metros, de hombros anchos y de cintura menuda. Pero, la palidez de su tez le hacía parecer un fantasma o un cadáver. Su cabello azabache largo lo volvía más tétrico. Era confuso, una parte de mí quería quedarse admirándolo por más tiempo, pero a la vez su postura erguida y apariencia frívola me hacía querer vomitar. Que mantuviera los ojos cerrados lo transformaba en un cadáver andante.

—¿Se le ofrece algo? —balbuceé.

—Buenos días, Adrián —dijo de la nada. Su voz era suave casi femenina, pero al mismo tiempo gruesa y profunda. Mi estómago se revolvió al escucharlo—. ¿Puedo pasar? —mi cuerpo se movió por sí solo y me hice a un lado. Cuando caminó por

la puerta, fue como ver a un espectro. Su cuerpo emanaba un aire frío que hizo que mis músculos tiritaran.

—¿Qué mierda? —susurré confundido al dejarle pasar sin oponerme—. ¡Oiga! ¿Quién es usted? ¿cómo entro al edificio? —me ignoró por completo. Le vi caminar de aquí allá—. Oiga ¡le estoy hablando! —cerré la puerta de un portazo y caminé con paso firme hacia él—. ¿Quién le dio permiso para estar acá? —giró su cabeza hacia mí respondiéndome la pregunta: yo fui el que le dio paso al apartamento. Gruñí frustrado—. Largo de mi casa.

—No.

—¿Cómo que no? —y volvió a callarse. Su apatía me hacía temblar del enojo—. No sé quién es usted y me importa cinco. Usted no es ni un conocido y menos mi invitado. Es más, hoy no esperaba a nadie.

—Qué extraño —respondió después de estar unos minutos mirando la nada—. Recuerdo perfectamente que envié una carta anunciando mi visita.

Las piernas me temblaron con esas palabras. La carta. Miles de pensamientos se arremolinaron en mi cerebro. Era imposible. Esa persona parada en mi sala no podía ser la muerte, era imposible. No era un esqueleto envuelto en una túnica negra cargando una guadaña en la mano, no parecía estar en descomposición, ni olía a putrefacción. Para mi horror lo encontraba el ser más bello que había visto en mi vida. Aún me aferraba a la idea de que fuera una broma. Me negaba a la idea de aceptar que la muerte había venido personalmente por mí y menos con esa apariencia tan humana. Los ojos se me aguaron y se me dificultaba tomar aire. Empecé a sudar frío y las manos me temblaron.

—No. No es posible, esto es una tontería.

—¿Qué es una tontería?

—Esto. No puede ser —retrocedí torpemente hasta que mi espalda golpeó la mesa de la cocina. El apartamento me daba vueltas y con cada segundo perdía fuerza en las piernas—. La carta decía que la muerte vendría.

—Sí. Fui claro.

—Pero, la muerte no se ve así, ¡no existe! ¡Tú! No puedes ser la muerte.

—Entonces ¿quién soy, Adrián?

Mi visión se tornó borrosa. Los ojos empezaron a pesarme. Me sentí desfallecer y el mundo se oscureció a mi alrededor. Mi cuerpo se desplomó en el piso. Lo último que vi antes de perder la conciencia fue a ese ser, a lo lejos inclinando la cabeza. Me pareció una eternidad. Mis ojos se abrieron con dificultad. Esperaba sentir el frío piso de madera, pero me encontraba en el sofá. Sobre la mesa estaba mi vaso con el café que había servido una hora antes. Despegué medio cuerpo e intenté buscarlo con la mirada. No había rastro de ese ser. Suspiré aliviado, creí que todo se debía a una ilusión, pero luego pensé que, en ese caso, la enfermedad se había expandido a mi cerebro, lo que acortaría mi esperanza de vida.

—Despertaste —dijo una voz detrás de mí. El cuerpo se me tensó y volteé la cabeza con lentitud—. Admito que esperaba esta clase de reacción —di un brinco y me arrastré al otro extremo del sofá. La muerte se quedó en su lugar, de pie al lado del sofá—. ¿Qué crees que haces?

—¿A qué has venido?

—Ustedes mortales llegan a sorprenderme —susurró estoico sin mover un músculo—. He venido por petición tuya ¿o lo olvidaste?

—Yo... estaba borracho. ¡No era consciente de lo que hacía!

—Pero una carta fue escrita y estaba dirigida a la muerte. Estoy respondiendo al llamado.

—Nunca quise...

—Mentira, ¿por qué los mortales siempre hacen esto?

—¿Hacer qué? —titubeé.

—Piden algo y luego se arrepienten. Encuentran la felicidad y ustedes mismos se encargan de destruirla con sus propias manos —pensativo se sentó en el sofá y tomó un sorbo del café—. Confuso —continuó tomando el café de a sorbos. Los minutos pasaban y no se inmutaba.

—¿Por qué no haces nada?

—¿Hmm?

—Has venido por mí ¿no? Vienes a llevarte mi alma.

—No. Aún no es el momento.

—¿Entonces?

—Ya lo dije. Solo estoy respondiendo al llamado. Dime, Adrián ¿por qué estoy aquí? ¿Por qué le has escrito una carta a la muerte?

—Estoy muriendo —susurré.

—Igual que cualquier otro mortal.

—Muy pronto —precisé. Al verlo tan tranquilo me hacía rechinar los dientes—. No es como a cualquier mortal. Tengo veintinueve años y me estoy muriendo —la muerte solo escuchaba. Su rostro no había cambiado desde su llegada. Permanecía apacible y sereno—. ¿No entiendes?

—No encuentro diferencia.

—¿¿Cómo que no encuentras diferencia?! —bramé furioso—. Solo tengo veintinueve años, no he vivido lo suficiente. ¡Tengo toda una vida por delante! —las lágrimas corrieron por mis mejillas sin darme cuenta— Tengo planes. Sueños que no he cumplido. No estoy listo para morir.

—Nunca lo están.

—¿Por qué? —me levanté de un brinco y me paré frente a él—. ¿Cómo funciona esto de la vida y la muerte? ¿Qué te da el derecho a arrebatarlos la vida?

—Todo tiene un límite.

—Pues me parece una mierda. Exijo que me dejes en paz.

—No comprendo ¿Por qué ustedes mortales niegan mi regalo?

—¿Regalo? ¿Cómo puedes pensar que la muerte es un regalo?

—Es el descanso eterno —dejó el vaso en la mesa y se paró. Tuve que moverme un poco para dejarlo caminar hacia la ventana. Cruzó sus manos detrás de la espalda y continuó—. Pronto, suplicarás por él.

—Yo nunca haría tal cosa —respondí con el pecho inflado—. Nunca me voy a rebajar a suplicarle a un ser repugnante y embustero como la muerte. Criatura hedionda que llega sin aviso —giró la cabeza e hizo una mueca que parecía una sonrisa. Sentí mi cara arder a fuego vivo.

—Palabras fuertes, he de admitir —se volteó sin decir más y caminó hacia la puerta—. Ustedes siempre se hacen los valientes, pero al final sucumben. He de

corregir. No me considero embustero. La muerte nunca miente. Yo soy la única verdad de ustedes mortales—extendió su huesuda mano hacia la perilla, pero antes de girarla se detuvo—. Tampoco llegó sin previo aviso. Ya sea por un sueño, un presentimiento o una enfermedad, siempre anuncio mi llegada —abrió la puerta y volteó su cabeza hacia mí antes de partir—. Fue una buena charla Adrián. Hacía años que no tenía una conversación con un mortal. Estoy intrigado, casi fascinado, por eso he decidido acompañarte en esta etapa de tu vida. Quiero ver si cumples tu palabra. Nos veremos pronto, Adrián.

La puerta se cerró antes de que pudiera darle con el vaso que estaba en la mesa. Lo lancé con todas mis fuerzas y se hizo añicos apenas golpeó la madera. Respiraba con dificultad. El corazón me latía estrepitosamente. Le demostraría que no iba a sucumbir, que no le iba a suplicar que se llevara mi alma. Lo odiaba con todas mis fuerzas. Odié su serenidad cada vez que hablaba y detesté que no se inmutara por mis palabras.

Podría seguir y seguir escribiendo sobre mi odio hacia la muerte. Describir mi furia ante la injusticia de morir tan pronto. Pero me alivia expresar mi desasosiego frente a un panorama nada alentador. También hago esto para repasar los sucesos que viví hace poco. Quería demostrarme a mí mismo que aún no estoy perdiendo la cordura. Probar que bajo mi sano juicio tuve una conversación con la mismísima muerte, que estuve frente a frente con ese ser. Que toda la conversación fue real y no un delirio generado por mi cerebro carcomido por la enfermedad. Quiero ver si en verdad la muerte va a cumplir su palabra de visitarme una segunda vez. Dejaré todo plasmado en esta libreta. No perderé la batalla tan fácilmente. Persistiré.

VERÓNICA

El tiempo ha pasado y mi vida solo ha empeorado. Desearía irme a un lugar donde nadie me conociera. Desaparecer de la faz de la tierra o simplemente volverme invisible. Maldita sea, Verónica, no tenías que compartir la noticia con todos. Ahora tengo que aguantar las miradas de lástima, los ojos cristalinos casi al borde de las lágrimas, esas muecas de supuesta comprensión y dolor. Pero, lo peor de todo, lo que más me hacía hervir la sangre, era el típico comentario que soltaban “es tan joven”. Cada vez que lo escuchaba me daban ganas de echarme a llorar. No necesitaba ese recordatorio constante de que mis días estaban contados. Tenía suficiente con las citas médicas y los tratamientos. Solo con verme al espejo podía notar mi deterioro y era algo que no pasaría inadvertido por mucho tiempo.

Había bajado un par de kilos, pero como desde un principio yo ya era flaco, la delgadez me desfavorecía. Las cuencas de los ojos eran más notorias y las grandes ojeras solo las hacía resaltar más. Mi piel trigueña se había tornado en un amarillo pálido, casi enfermizo. A veces, cuando me levantaba y me miraba en el espejo, llegaba a asustarme porque creía que había un muerto frente a mí. Me hubiera gustado mantener en secreto mi estado de salud, pero el médico había aprobado una cirugía que me ayudaría a retrasar un poco el desarrollo de la enfermedad. Y bueno, por mucho que quisiera que me operaran de una vez, los médicos me exigían un acompañante. A regañadientes tuve que confesarle a Verónica que no me encontraba bien. No estaba preparado para ver esa reacción. Yo creía que al decirle rompería en llanto, que me gritaría furiosa por ocultarle algo tan importante, a lo que yo le respondería que ella se lo había buscado. En cambio, solo contuvo la respiración y después de unos minutos de silencio me bombardeó con preguntas sobre los comentarios de los médicos. Su actitud me llegó a preocupar. Se mostraba optimista, me hablaba como si desde hace dos años no la hubiera apartado casi por completo de mi vida. Como si el “pequeño desliz” con Carolina no hubiera ocurrido. Algo que me molestaba rotundamente.

Desde que la conozco siempre fue así. Cuando mi madre me dejó bajo el cuidado de mi abuela para así irse a Estados Unidos con la promesa de que volvería por mí, conocí a Verónica. Mi madre, que se había escapado con mi padre dejando de lado un futuro brillante, volvió a la casa materna. El bastardo nos había abandonado y a mi mamá le tocó empacar nuestras cosas del

pequeño apartamento donde vivíamos en Armenia. Volvimos a Bogotá y por dos años ella hizo hasta lo imposible por ganarse el perdón de mi abuela. Algo que nunca consiguió. Mi abuela nunca le perdonó que dejara a un lado sus estudios en la Universidad Nacional por fugarse, siendo una joven de dieciocho años, con un tipo de casi treinta años, sin trabajo fijo, bebedor y apostador. Y a pesar de eso, no dudó en aceptarme bajo su techo.

Me costó un poco acomodarme a mi nuevo hogar y se me hizo muy difícil aceptar la idea de que tenía que compartir habitación con mi prima. Verónica era la hija de la hermana de mi madre. Mi tía que, por ese entonces, había pasado por un largo divorcio, consiguió un trabajo en la alcaldía. El horario era extenuante y no quería dejar a Verónica sola en la casa todo el día, así que prácticamente los dos vivíamos juntos y por eso fuimos criados por nuestra abuela. Es por esta razón que la considero mi hermana. En el momento que la conocí, presentí que algo no estaba bien con ella. Había temporadas en la que Verónica era la niña más sonriente del planeta, ningún problema la detenía, todo lo resolvía con la mejor actitud y una sonrisa en la cara. Solía decir: “lo último que se pierde es la esperanza”. Pero su efusividad a veces me asustaba. Su exceso de energía tendía a lastimarme. Recuerdo que un día unos niños me retaron a saltar cuando el columpio estuviera en el momento más elevado. Como yo aún era pequeño me negaba a hacerlo, pero Verónica en su estado efusivo me dio palabras de coraje para realizar el salto. Lastimosamente, salté mal y caí de un lado rompiéndome el brazo. No ayudó que Verónica me jalara el brazo varias veces para demostrarme que solo era un rasguño, cosa que era completamente erróneo y eso lo demostró la radiografía. Sin embargo, lo más raro fue que ni mi tía ni mi abuela fueron capaces de regañarla. Unos días después, ya con el brazo enyesado, me levanté en silencio de mi cama a buscar un vaso de agua. Era media noche y teníamos que estar en la cama durmiendo, pero la resequedad de mi garganta, más la incomodidad del yeso, me hicieron levantarme. Con pasos ligeros llegué a la cocina y sin querer escuché la conversación que mantenía mi abuela con mi tía. Mi tía lloraba amargamente y no paraba de decir que Verónica había nacido igual a su papá.

Por muchos años no había entendido ese comentario. El papá de Verónica, a quien solo vi contadas veces, me parecía un sujeto muy divertido. Jugaba con nosotros y le encantaba pasar tiempo con su hija. No fue hasta que tuve dieciséis cuando me enteré de que Verónica padecía de bipolaridad. Eso explicaba las largas temporadas de efusividad seguidas de épocas donde ella era

incapaz de salir de su propia cama. Lastimosamente, para ese entonces, yo me había mudado con mi mamá y su nueva familia a Chicago. No pude acompañar a mi abuela ni a Verónica en esos momentos de tanta necesidad. Sabía que no habría sido de mucha ayuda, tendía a pelearme con ella por todos los sin sentidos que hacía en sus momentos de euforia, ya que solía gastarse la plata en supuestas inversiones que al final solo la hacían pasar momentos de desestabilidad. Pero, al menos, habría estado a su lado en esos días donde todo se veía gris y sin esperanza. Esa fue una de las razones por la que volví a Colombia. Aunque la verdad fue que no logré amañarme a la vida ajetreada de los gringos y me parecía insoportable escuchar a mi madre dándome órdenes o soportar sus pobres intentos de recuperar el tiempo perdido. Pero, la verdadera razón había sido su nuevo esposo. El típico norteamericano trabajador que no soportaba ver a su hijastro sentado en el sofá. Nunca logré congeniar con ese tipo ni con mis medios hermanos. Mi madre tuvo que aceptar que yo no quería estar allí y que nuestra relación era completamente irreparable. La única que tenía derecho a reclamarme era mi abuela. Así que, apenas terminé mi último año en uno de los colegios de Chicago, empaqué mis cosas y volví a Bogotá. Verónica criticó mi decisión, pues estaba desechando la oportunidad de empezar la universidad en Estados Unidos. En cambio, mi abuela estaba feliz de tenerme cerca. Con el tiempo y por obediencia a nuestra abuela, Verónica me dejó en paz.

Que mi querida hermana me dejara de molestar por mis decisiones o por el hecho de que casi nunca llamaba a mi madre, era algo que extrañaba. Ella podía ser un completo fastidio sin proponérselo. Es por eso que no quería que Verónica se enterara. Ahora que ella sabía sobre mi enfermedad, se tomó el trabajo de compartir la triste noticia con todos nuestros conocidos. En un parpadeo todos mis vecinos sabían sobre mi enfermedad. La noticia llegó a oídos de mis colegas y jefe. Desde ese momento la carga laboral había disminuido para mi disgusto. Para muchos sería un alivio, pero para mí era como si me dijeran que era inservible. Sabía que podía seguir como antes, aún podía salir a investigar y escribir artículos sobre cualquier noticia nacional. Aún era capaz, podía dar más, pero los demás ya me veían como un inválido.

No era fácil para mí abrirme con otras personas, prefería guardarme mis problemas y nunca desahogarme, pero después de la cirugía y que pronto comenzaría la quimioterapia, en un momento de debilidad intenté comentarle a mi terapeuta cómo me sentía ante mi enfermedad, que por alguna razón me sentía perdido, maldito y ahogado en una sofocante soledad, pero ella solo me respondía

con preguntas. Exasperado por su método, decidí terminar la consulta media hora antes. Salí del consultorio como un torbellino. Me reprendí a mí mismo por creer que podía contar con alguien. Frustrado por todo y sin muchas ganas de volver a casa, me fui hasta el centro comercial Santa Bárbara, que me quedaba a unas pocas cuadras. Le di unas cinco vueltas para tranquilizarme antes de salir al Parque de Usaquén y buscar alguna cafetería. Compré un café mediano y me senté en una banca del parque. Le escribí a Verónica mi ubicación y guardé el celular en la chaqueta. Mientras sentía la última gota del líquido caliente bajar por mi garganta, mi cabeza empezó a divagar y no pude evitar preguntarme si todo había sido un sueño. Parecía algo irreal. Primero que me diagnosticaban una enfermedad terminal a tan corta edad y para rematar que la muerte decidiera empezar a visitarme a mí, una persona completamente normal que no tenía nada de especial. “¿Por qué a mí?” me preguntaba todas las noches “¿qué habrá visto en mí?”. Esa clase de preguntas me distraían de la realidad. Permitían que mi cuerpo descansara y olvidara los estragos de la cirugía. Me sentía contrariado, por una parte, era gracias a su visita que podía tomarme el tiempo para pensar las cosas y desconectarme del mundo, pero por otra era su culpa de que yo estuviese muriendo. Mientras mi mirada se perdía entre las ramas de los árboles, tuve la extraña sensación que era observado.

—¿Adrián? —dijo una voz conocida que esperaba nunca volver a escuchar. De forma escueta me volteé hacia su dirección—. En verdad eres tú —frente a mí estaba Carolina, mi ex novia. Seguía igual con el mismo cabello café y liso, esa nariz respingada que le agregaba ternura a esos ojos redondos y oscuros. Tragué grueso, no muy contento.

—Carolina, hola.

—Hace tanto tiempo que no te veía.

—Sí, desde hace dos años para ser exactos.

—Dos años —susurró entristecida. Me sentía incómodo con ella. No habíamos terminado en los mejores términos—. La verdad pareciera que hubiera pasado una eternidad, ¿no crees?

—No me parece —respondí secamente.

—Adrián, yo...

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decir —le interrumpí.

La miré en silencio. Aunque, en verdad no la odiaba, mi orgullo no me permitía dar el brazo a torcer. Negué con mi cabeza y empecé a alejarme lentamente. Mis sentimientos por Carolina habían cesado. Ya no la quería como en ese entonces, pero tampoco la resentía. Sin embargo, me sentía incapaz de mantener la compostura frente a ella. Tal vez fuera porque la culpaba debido a que gracias a ella casi pierdo a mi única familia. Hace dos años Carolina y yo éramos novios, llevábamos unos tres años de relación. Por ese entonces, aún me encontraba muy deprimido por la muerte de mi abuela y sin darme cuenta me había distanciado de Carolina. Los dos, al ser tan reservados y poco comunicativos, nunca lo hablamos para resolverlo. Así que, mientras yo me consumía en el trabajo para distraerme del dolor, ella buscó compañía en otra persona. Pero ¿por qué tenía que ser Verónica? No era un misterio, aunque Verónica se empeñara en negarlo, todos sabíamos que ella era lesbiana. Recuerdo que una vez cuando yo tenía catorce años la pillé en su habitación besándose con una de las compañeras del colegio. Ella no se percató de mi presencia, así que lentamente me alejé y guardé silencio. Para mí nunca fue un problema, pero mi abuela no lo aceptaba. El rumor de la orientación sexual de Verónica había empezado a tomar fuerza y mi abuela, escandalizada le dio un ultimátum a Verónica: o dejaba de vivir en pecado o podía largarse de la casa. Eso le dejó una profunda marca. Incapaz de renunciar al amor de mi abuela, prefirió vivir una mentira a costa de su propia felicidad. Esto hizo que su bipolaridad empeorara e incrementó su desestabilidad emocional. Sin embargo, yo creí que, al morir nuestra abuela, Vero se liberaría de esas ataduras invisibles. Por esa razón me sorprendió cuando me enteré de que aún mantenía su relación con Héctor. Intenté hablarle al respecto, pero ella me ignoraba deliberadamente y cambiaba de tema. Sabía que no era feliz y hacía un esfuerzo sobrehumano por mantener su fachada. Pero, hace dos años, todo se fue al carajo. Carolina se volvió más cercana a Verónica. Al principio solo eran tardes de café, luego invitaciones a conciertos y teatro, para después viajar solo las dos. Empecé a sospechar en una cena entre los cuatro. Noté que algo era diferente, esa supuesta amistad no me cuadraba, así que encaré a Verónica, le dije que le daba una oportunidad para decirme qué estaba ocurriendo entre ella y Carolina. Estaba tan nerviosa, pero después de asegurarme que nada sucedía entre ellas, que estaba siendo irracional, me calmé, le creí porque era mi hermana, porque somos familia y no había secretos entre nosotros.

No había razón para mentirme. Me sentí ridículo y me disculpé con ella. No volvería a insistir en el tema, yo le creía. Me hice el de la vista gorda a cualquier actitud delatora. Me repetía infinidad de veces que Verónica me había dado su palabra. Y aunque todo indicaba lo contrario, confié en ella, porque ella era mi única familia, éramos los dos contra el mundo entero. Fue por eso que al enterarme de que Verónica me había mentido, que mis sospechas en realidad eran ciertas, fue devastador. Mi propia hermana me había traicionado. Cuando corté toda comunicación con ella me hundí en un bucle de soledad. Me había dolido porque yo las quería a las dos, confié en ambas. Fue por eso que no deseaba pasar más tiempo con Carolina, ella había roto mi hermandad con Verónica. Tampoco ayudó verla igual que antes, preciosa, tierna y dulce. Me hacía recordar que, con esa cara tan preciosa, me había mentido de forma descarada. Pero, para ser sincero en realidad, sentía envidia porque no podía verse más radiante. En cambio, yo parecía un cadáver andante y había perdido la chispa de la vida.

—Parece arrepentida —dijo una voz conocida, pero estaba tan metido en mis pensamientos que no me tomé la molestia de mirar quién era.

—Bien por ella.

—Solo quiere enmendar las cosas.

—No estoy de humor para hablar del pasado.

—Deberías aprovechar el tiempo que te queda, ¿de qué sirve guardar lo que en verdad sientes?

—Oye, no creo que tengas ningún derecho a... —frente a mí estaba la muerte, con la misma vestimenta que usó en la primera visita. Nuevamente, quedé hipnotizado por su belleza, pero solo bastó un pellizco para despertarme—. Estás aquí —susurré anonadado.

—Sí, ¿a qué se debe tu sorpresa?

—Han pasado meses—le reclamé—. Empezaba a creer que lo había soñado o que solo aparecerías al final.

—Aún falta para que des tu último respiro.

—Así que todavía no es el momento.

—Me temo que no.

—Ya veo —seguí caminando hacia el centro comercial. Lo miré de reojo, caminaba a la par conmigo—. ¿No te molesta que las personas te vean?

—Las personas tienden a ignorar mi presencia. Así paso desapercibido entre ustedes mortales. Algunos podrían llegar a verme si se concentran lo suficiente.

—Entiendo —caminamos por un rato envueltos en un silencio incómodo—. ¿Se te ofrece algo?

—No en realidad.

—¿No? —dije incrédulo—. ¿Entonces qué demonios haces aquí?

—¿No entiendo a qué se debe tu enojo?

—¿Cómo que a qué se debe? —la muerte se paró en seco y se puso frente a mí buscando mi mirada. Con sus dos huesudos y delicados dedos tomó mi mentón obligándome a encararlo.

—Adrián, ya tuvimos esta discusión. Tú pediste que la muerte viniera. Yo estoy cumpliendo mi parte.

—¿De qué sirve que vengas si no vas a cumplir mi pedido?

—¿Qué pedido?

—Liberarme de mi enfermedad, que deshagas esta maldición que ha caído sobre mí.

—¿De dónde sacas esa idea?

—¿Cuál idea?

—De estar maldito. Adrián, las enfermedades no son ningún castigo generacional, si eso es lo que crees.

—¡Pues eso parece! —refuté furioso. La muerte llevó sus dedos a los labios, pensativo.

—He de aclarar algo. Adrián, no me corresponde “curarte” ese no es mi papel.

—¿Entonces cuál es? Es que no lo entiendo, ¿por qué has respondido a mi llamado? No soy especial, soy una persona común y corriente que se va a morir. Respóndeme, por favor ¿por qué pierdes el tiempo conmigo? —hice mi mayor esfuerzo por no romper en llanto en medio del centro comercial, en estos últimos días me encontraba muy sensible.

—No pierdo el tiempo, Adrián. A decir verdad, el tiempo me es indiferente —dio media vuelta y empezó a caminar sin rumbo. Lo empecé a seguir sin mucha

convicción—. Verás, Adrián, no tengo una razón específica para estar aquí. Mi labor me obliga a caminar entre ustedes. Vigilarlos hasta que llegue su momento. Lo he visto todo y no hay nada que no haya visto.

—Entonces, ¿por qué has decidido seguir mi caso personalmente?

—Me recuerdas a un mortal que conocí siglos atrás. Al igual que tú, nunca tuvo temor de mí.

—¿De qué hablas? Yo te tengo miedo.

—Pero aquí estás. Tú, que dices temer a la muerte, le has hecho frente y le exiges que no haga su trabajo. ¿Te parece que eso es algo que haría una persona temerosa?

Quise responderle, pero un ataque de tos impidió que dijera algo. Mis pulmones ardían terriblemente y tuve que taparme la boca con el pañuelo que guardaba en uno de los bolsillos de mi abrigo, para no escupir la sangre que subía por mi garganta. La muerte colocó su pálida mano en mi espalda, a manera de apoyo y la frotó de arriba a abajo. Incómodo por su cercanía, lo aparté de un manotazo. Manteniendo la distancia que había impuesto, esperé a que me recuperara. El ahogamiento que sentía acabó con la poca energía de mi cuerpo, me sentía pesado y torpe, necesitaba tomar asiento. Con el pecho adolorido, caminé por el pasillo buscando la salida para entrar a la parte antigua donde se encontraba la fuente y poder sentarme. Aprovechando que una de las mesas de acero estaba vacía, tomé asiento e intenté recuperar el aliento. La muerte con pasos lentos y cortos llegó a la mesa. Se sentó en la silla frente a mí y esperó a que se me pasara el ahogo. Tenía la garganta adolorida y seca. Miré de reojo a mi acompañante, me sentía un poco exhausto, pero, deseaba tomar algo para pasar la resequedad. Algo indeciso por lo que iba a hacer, lo miré directamente con el corazón laténdome a mil. Titubeé por un segundo, pero agarrando un poco valor le pedí a la mismísima muerte que me comprara algo para tomar. Aunque la muerte mantenía los ojos cerrados, podía sentir su mirada clavada sobre mí. Era tan penetrante que me sentía diminuto en mi asiento. En silencio, la muerte asintió levemente. Le pasé mi billetera y la tomó curioso. Se levantó sin decir más y caminó hacia una de las cafeterías que estaban cerca.

Suspiré aliviado al no causar su enojo y recibir algún castigo. Me parecía extraño que un ser inmortal como la muerte aceptara sin rechistar el pedido de un moribundo. Pasé mi mano por el cabello para peinarlo, de reojo había visto mi reflejo en una de las ventanas de las tiendas, estaba

completamente revuelto y me hacía ver como un loco. Volteé a mirar en dirección a la muerte, desde esta distancia aparentaba ser una persona común y corriente que hablaba tranquilamente con la cajera. Verlo como una persona más y no como la muerte me tranquilizaba, también hacía que la repulsión que a veces percibía por ser una criatura tan extraña desapareciera por unos segundos. Al ver que las demás personas interactuaban con la muerte de forma normal me hacía sentir aliviado, pues significaba que ese ser sobrenatural era capaz de actuar como una persona. Creyendo que estaba teniendo dificultades para comprar, pues se estaba demorando con la cajera, me dispuse a levantarme, pero de la nada una mano cayó sobre mi hombro y evitó que me levantara de mi silla. Giré molesto por la interrupción y dispuesto a discutir con el imbécil que me tocaba. Para mi mala suerte, Verónica estaba parada frente a mí, su rostro redondo se encontraba congestionado, el cabello rubio lo tenía erizado dándole una apariencia de bruja y el vestido floral de colores vivos la hacían parecer inestable.

—¿Dónde carajos te habías metido? —chilló angustiada apretando su mano en mi hombro.

—¡Suéltame, me lastimas! —le grité forcejeando para que me soltara.

—¡Te he estado llamando desde que me escribiste! —había olvidado por completo revisar mi celular. Ahora que siempre lo llevaba en silencio, no sentía las vibraciones de las llamadas o mensajes, así que podía durar horas para responder—. ¡Me tienes angustiada! No sabía a quién contactar. La terapeuta me llamó, ¡te saliste en medio de la consulta!

—Sí, eso hice, pero esa no es razón para venir aquí a gritarme como una histérica Verónica —bramé enojado, las personas ahora nos veían atentos—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo demonios me encontraste? —su silencio me lo dijo todo, ya tenía mis sospechas, pero esto me lo confirmaba—. Activaste el puto rastreador.

—¿Qué querías que hiciera? ¡Nunca respondes ese celular! Si tan solo me avisarás en qué lugar te vas a meter, yo no me alteraría, pero ¡no me dices nada!

—¡No necesito una niñera las veinticuatro horas del día!

—¡Pues compórtate como un adulto!

—¿Interrumpo? —la suave voz de la muerte nos hizo callar y prestarle atención. Con horror y el estrés a flor de piel, miré al desgraciado que tenía los brazos llenos de postres y bebidas.

—¿Pero qué carajos? ¿Te compraste la tienda entera o qué?

—No lo hice —respondió sin vergüenza mientras colocaba los alimentos sobre la mesa y volvía a tomar asiento.

—Dame la billetera —gruñí, se la quité de las manos de un jalón y volví a guardarla en mi abrigo—. En la vida te vuelvo a pedir un favor —ignorándome con descaro, empezó a comer una torta de amapola que había traído—. Tarado —susurré.

—Adrián, ¿quién es? —tragué grueso ante la pregunta. Verónica veía con curiosidad a mi acompañante y yo empezaba a sudar frío. No podía decirle quién era en realidad. Nunca me creería que esa persona era la muerte. Si se lo decía, pensaría que me estaba volviendo loco y ni yo sabría a qué sanatorio me metería. Miré a la muerte y volví a mirar a Verónica. Me dolía la cabeza por todas las ideas que me llegaban—. ¿Y bien?

—Bueno... él —carraspeé incómodo—. Verás... yo... —la boca se me empezó a secar y gotitas de sudor resbalaban por mi frente.

—¿Qué?

—¡Es mi otro terapeuta! —escupí sin pensarlo. Verónica se me quedó mirando estupefacta—. Te lo había dicho, ¿lo olvidaste? No estaba muy contento con la terapeuta que Héctor me recomendó, así que busqué a otra persona. No quise decírtelo porque no quería molestar a Héctor y pues, sí, —Verónica solo me miraba.

—¿Es tu terapeuta? —dijo incrédula.

—¿Qué? Acabo de decírtelo.

—No parece... —dijo en un susurro—. ¿Dónde lo encontraste?

—Por ahí, yo quería tener una experiencia fuera de lo convencional y lo encontré en una página. No te preocupes, tiene buenas referencias.

—Ajá... —Verónica clavó su mirada en la muerte. No parecía muy convencida y cómo iba a estarlo, si mi supuesto terapeuta no tenía el menor interés por presentarse—. Hola, ¿qué tal? Soy Verónica, la hermana de Adrián, es un gusto conocerlo doctor... —el pánico volvió a aparecer. No podía permitir que este

respondiera o Verónica se daría cuenta de que estaba mintiendo. En medio de mi desesperación no tuve más remedio que seguir la fachada.

—¡Azrael! — grité a todo pulmón—. Doctor Azrael —lo miré con urgencia para que siguiera con la mentira.

—Un gusto —respondió sin mucha convicción.

—Así que doctor, ¿verdad? Y yo pensando que era una novia —dijo por lo bajo algo apenada—. Bueno “doctor” sé que no es de mi incumbencia y tal vez no sea su área de trabajo, pero me gustaría saber su opinión. Adrián ya ha empezado su tratamiento de quimioterapia y dentro de poco empezará la radioterapia, ¿cuántas sesiones usted cree que serán suficientes para que mi querido hermano se recupere?

No podía creer lo que acababa de escuchar. Mis peores temores se estaban confirmando. Tenía el presentimiento de que la actitud positiva de Verónica escondía una verdad abrumadora. Verónica se negaba a aceptar que yo iba a morir. Todo su apoyo, el interés que había mostrado en los tratamientos, solo lo hacía porque ella creía que de alguna forma me curaría. Se me hizo un nudo en la garganta. Verónica no había cambiado nada. Ella era incapaz de aceptar la realidad. No me sorprendía, ya que en las pocas veces que hablé con ella, después de lo de Carolina, se quejaba de lo distante que podía llegar a ser Héctor. Para mis adentros, no paraba de pensar que Verónica debería estar avergonzada de exigirle a Héctor que se comportara de la forma en como era antes. Él estaba enterado de su desliz, también tenía sospechas acerca de su orientación sexual. Lo que no me quedaba claro era por qué seguía con ella. Sabía que no era por amor, su relación nunca fue la mejor, solían terminar y volver indefinidamente. Pero debido a la inestabilidad de Verónica, sus rupturas no llegaban a superar la semana, ella siempre volvía por él y después de lo de Carolina no fue la excepción.

Nos quedamos en silencio, ninguno parecía querer responder y darle cuerda a los delirios de Verónica. Ella pareció darse cuenta de que el tema no era el mejor. Incómoda por nuestras miradas, se levantó excusándose de que quería dar una vuelta antes de llevarme a casa. Antes de irse, se congeló por un instante, le seguí la mirada y a lo lejos vi a Carolina. Con la cabeza gacha, salió casi en puntitas hacia la dirección contraria. Tomé aire y me dejé escurrir en la silla. No estaba preparado para confrontar a Verónica y hacerle entender que no había cura. Que no importaba

cuánto buscara y leyera sobre supuestos remedios milagrosos o casos extraordinarios de personas que se curaban de la nada. Ese no iba a ser yo.

—Te quiere —dijo la muerte mientras le daba otro bocado a su torta—. Podría ser tu perdición más adelante.

—¿Por qué lo dices?

—Su incapacidad de aceptar tu muerte, hará que sufras innecesariamente.

—No quiero ni pensarlo —suspiré rendido.

—Entonces no lo hagas.

—Eso intento —lo miré por el rabillo de mi ojo, la muerte se había comido más de la mitad de los postres—comes muy rápido —sonreí divertido—. Quiero disculparme por lo del terapeuta, no era mi intención meterte en problemas, es solo que dudo que Verónica me creyera si le dijera quién eres en realidad.

—Fallaste en ese aspecto —respondió con sorna—. De todos los nombres que existen, te decidiste por el más delator, Azrael —escucharlo me hizo caer en cuenta de mi estupidez. Me tapé el rostro avergonzado, tenía razón.

—Soy un imbécil.

—No querías mentirle —lo miré sorprendido.

—¿No te molesta?

—¿Por qué debería estarlo? Azrael es uno de los infinitos nombres que ustedes mortales me han dado. En la antigua Grecia me llamaban Thanatos, en la cultura egipcia Anubis, en la nórdica Hela. Me han nombrado y representado de tantas formas, pero al final sigo siendo la muerte.

—Así que ¿puedo llamarte Azrael?

—Como gustes —comió el último bocado del postre que le quedaba, pasó una servilleta por sus labios para quitar las migajas—. Creo que es momento de seguir con mi labor.

—Oh, es cierto, ¿no se supone que debas ir recogiendo las almas de los muertos?, ¿La muerte tiene el suficiente tiempo para dejar sus labores a un lado y acompañar a un simple mortal? —pregunte muerto de la curiosidad.

—Para mí, un ser inmortal, el tiempo transcurre de forma diferente a la de un mortal. Las almas de los difuntos esperan pacientes mi llegada. No importa cuanto crean que me he demorado, siempre llegaré por ellas. Para ustedes el tiempo apremia y aún así se dan el lujo de perder el tiempo en nimiedades como el orgullo y el resentimiento. Qué ironía ¿no lo crees? —lo miré mientras mi mente procesaba sus palabras. Lo que acababa de decir era como dagas filosas que se clavaban una por una en mi cabeza—. Nos veremos pronto, Adrián.

Sin nada más que agregar, Azrael se levantó de su puesto y caminó hasta perderse en la distancia. Sus palabras me dejaron pensativo. Aunque era consciente de que mis días estaban contados, me comportaba como si aún tuviera más tiempo. Llamé a Verónica para saber dónde estaba. Nos reunimos en la taquilla del parqueadero. Me paré a su lado en silencio y ella solo sonrió. Volví a sentir un nudo en la garganta, la sola idea de no volverla a ver me angustiaba. Sin saber qué hacer, apoyé mi frente en su hombro y rodeé su regordeta cintura con mis brazos. Se sorprendió debido al esporádico abrazo. Besó mi cabeza y susurró cuánto me extrañaba. Aspiré profundo para oler su perfume y grabarme su esencia en mi memoria. Ahora, aún más consciente de mi pronta muerte, me decidí a cambiar un poco. De todas formas, no me haría daño reconectar con mi hermana y ser un poco más flexible ¿verdad?

LA CAMINATA DE LA MUERTE

Ahora con la muerte tan cercana creo que es mi deber confesar que siempre temí el día en que cumpliera los treinta años. Recuerdo cuando recién había cumplido los veinte. Todos mis amigos no paraban de molestarme, “se acercan los treinta”, decían a carcajadas y yo me angustiaba con la sola mención de la proximidad de ese evento. Para nosotros, unos jóvenes que hasta ahora empezábamos a definirnos, los treinta significaba dar el siguiente paso a la madurez, así como los dieciocho o los veinte, significaban el pique de la juventud. Era la época para salir a fiestas, beber desenfrenadamente, tener citas, ser rechazado, beber por despecho, planear el siguiente paso después de la universidad. Los treinta eran el límite, si no habías cumplido todas tus metas antes de esa fecha, quería decir que había fracasado en cualquier aspecto de tu vida. Por eso deseaba que no llegara ese momento. Que se demorara porque aún me faltaban muchas cosas por hacer, lugares que visitar, una maestría en un país del primer mundo. Ese era el sueño.

Pero como siempre se ha dicho, la vida da muchas vueltas. Tal vez en otro universo estaría frustrado de cumplir treinta años y sabía que esa versión mía me miraría con desprecio, porque al ver cómo reaccioné al llegar a esa edad, pues hace cinco días, cuando cumplí treinta años, lloré de la alegría. Al empezar las sesiones de quimioterapia y sentir en carne propia los estragos de la quimio, no creí que iba a llegar vivo a mi cumpleaños. Antes odiaba la idea de envejecer ahora mendigaba por un día más de vida a costa de mi propio bienestar.

No sabía qué era lo que me iba a matar primero, la enfermedad o el mismo tratamiento. Con cada día que pasaba mi cuerpo se deterioraba drásticamente. Ya ni podía reconocermme a mí mismo. Mi postura, antes erguida, me hacía aparentar más altura de la que tenía, pero ahora, cada mañana, el dolor me impedía mantener la cabeza en alto. Con horror había empezado a notar que ahora caminaba encorvado, como un anciano que ha cargado bultos toda su vida, y con la cabeza gacha. Por la pérdida de peso, mis costillas estaban más pronunciadas, la piel había forrado mis huesos y cada vez me parezco más un esqueleto. Las uñas se me han caído al igual que mi cabello. Ahora tenía que usar gorros de lana tanto fuera como adentro. El frío hacía me doliera los huesos.

Debido a mi estado de salud, opté por renunciar a mi trabajo me sentía incapaz de mantener el ritmo de antes. Ya hasta caminar un par de metros se había vuelto una tarea muy difícil. Dejar mi trabajo fue un golpe muy duro. Aceptar que, de alguna forma, estaba cediendo ante mi enfermedad, fue una cucharada agri dulce que tuve que tragar. Al principio me estaba arrepintiéndome de mi decisión, pues pasaba más tiempo en casa sin hacer mucho y eso desesperaba a Vero. Le molestaba verme quieto, así que me obligaba a acompañarla a actividades. Por mucho que adoro a mi hermana, a veces solo quería que me dejara en paz. Las exigencias de las actividades me sobrepasaban y tendía a terminar exhausto, así hiciera el mínimo esfuerzo. A Vero no le cabía en la cabeza que lo que yo necesitaba era reposo. Su excesiva preocupación e incapacidad de entender que yo estaba enfermo de gravedad, que no era una simple gripe, que podía curarse con acetaminofén, agua panela y la mejor actitud. Hasta Héctor veía con malos ojos los sinsentidos que hacía Vero. En muchas ocasiones tuve que esconderme bajo la protección de Héctor. Él tenía pleno conocimiento de hacia dónde iba todo esto, por esa razón él hacía un gran esfuerzo por detener a Vero. Pero, debido a lo insistente que ella podía ser, casi siempre se salía con la suya. En momentos como estos agradecía el respaldo de Héctor. Aunque al principio no fuéramos muy cercanos y tendía criticarlo por el trato que le daba a mi hermana. Siempre tuve un buen concepto sobre él a pesar de las constantes peleas entre ellos.

Podría escribir y escribir sobre todas las cosas sin sentido que Vero ha hecho, pero las horas seguían corriendo y en vez de encontrar molesta cada acción o queja de mi hermana, en realidad me sentía cada vez más devastado con el solo pensar que la iba a dejar sola en este mundo. Sus comportamientos erráticos, las subidas y bajadas de sus estados de ánimo, que dejara los medicamentos y luego volviera a tomarlos sin prescripción, me estaba dejando claro que no podía dejarla sola. Aunque Héctor fuera su pareja, no significaba que le proveyera seguridad. Tanto yo como Vero, nos rodeaba un aura de soledad. Desde que había empezado la quimioterapia, empecé a notar la mirada triste de mi hermana. Quería consolarla, darle todo el cariño que pudiera, pero no era suficiente, es más, a veces tenía la idea que mi presencia la volvía miserable y eso me lastimaba. Las miradas esquivas, la distancia que tomaba conmigo, su rechazo a ir hasta la sala donde tenía mis sesiones de quimioterapia. Vero había creado una burbuja protectora, donde la única base que la mantenía intacta era la falacia de que mi enfermedad tenía cura.

Ella no era la única que sufría de soledad. La enfermedad tan avanzada y síntomas cada vez más frecuentes, me obligó a acabar con mi vida social. Dejé de contactar a mis amigos de la universidad y del trabajo. Yo también me encontraba muy solo. Por esa razón buscaba con más frecuencia a Vero. Quería pasar más tiempo con ella, reponer el tiempo perdido, pero sus constantes esfuerzos por evadir mi estado de salud y de alguna forma “arreglar” mi solitaria vida solo hacía que nos distanciáramos aún más, a veces sentía que ella sin darse cuenta, me estaba rechazando. Yo que antes me quejaba de las constantes llamadas de Vero, ahora yo había tomado la misma costumbre. No es que fuera que Vero ya no me llamara, pero cada vez que sentía el apartamento tan desolado la llamaba solo para escuchar su voz. No sé si debí decírselo directamente que quería estar junto a ella porque me sentía muy solo, pensaba que con mi reciente cambio de actitud ella se daría cuenta. Lastimosamente, tuve que entenderlo cruelmente, cuando unos días después de mi cumpleaños las personas que llegaron a mi apartamento eran mis amigos de la oficina y no Vero.

Pipe, mi antiguo compañero de oficina, un tipo bastante guapo, para mi disgusto, de cabello color miel y ojos castaños, buen físico y alto, lideraba al grupito de semiborrachos que estaban en mi puerta. Como no había celebrado mi cumpleaños porque me encontraba muy mal y solo quería descansar, Vero los convenció de que pasaran una tarde en mi apartamento a modo de celebración. En su desesperado intento de sacarme de mi encierro solitario, en vez de venir a pasar una tarde conmigo, decidió llamar a las personas menos indicadas. Los conocía de hace años y estaba al tanto de sus defectos. Ellos no estaban aquí para hacerme compañía o para ver cómo seguía. Lo único que les interesaba era sentarse enfrente de mi televisor a ver el partido, sus camisas de Millonarios y botellas de guaro los delataba. Sin mencionar que ninguno fue capaz de preguntarme sobre mi estado de salud. Parecían tener un código de “machos” donde estaban prohibidas las charlas sobre emociones. Esta era una de las razones de porque no quería volver a contactarlos, pero la principal fue que el imbécil de Pipe no le gustó ni un poco que yo dejara el periódico. Los dos estábamos en el mismo equipo periodístico, pero entre los dos, yo era el que más trabaja. Yo hacía las investigaciones, me gustaba ir a las calles a recolectar información, buscar las fuentes. En cambio. Pipe creía que su mayor aporte era sonreírle a nuestro superior. Mi partida significaba que ahora le tocaba trabajar en serio. Tuvimos una fuerte discusión en la oficina que terminó conmigo tirándole mis cosas y casi lanzándome sobre él para propiciarle unos golpes. Aunque estoy seguro de que él me habría hecho polvo con facilidad. Pero aquí estaba el desgraciado, cogiendo mis vasos y

sirviendo su trago en mi sala. Todo por la incapacidad de Vero de aceptar que mi pelea fue en serio, de que no terminé en buenos términos con Pipe y su incapacidad de soportar mi estado deteriorado por unas horas. El rencor estaba latente en el aire, en varias ocasiones, minutos antes de que empezara el partido, Pipe intentó buscarme pelea. Los demás lo paraban y ponían de excusa mi mal estado para que se detuviera. Odié cada minuto que lo escuchaba y me trataba como un minusválido. Para evitar conflictos opté por ser un buen anfitrión y los dejé ver su condenado partido en mi televisor. No estaba para nada contento, rechacé las invitaciones para tomar puesto en mi propio sofá. Me abstuve de moverme de mi esquina, los veía con el ceño fruncido y de brazos cruzados.

Apenas iba a empezar el partido, empezaron a quejarse por la falta de hielo. Como estaba harto de sus gritos y deseaba cualquier excusa para largarme de mi propio apartamento, me ofrecí para traer una bolsa de hielo. Abandoné el apartamento, bajé a la portería mientras jugaba con mi gorro de lana, pues no me decidía si ponérmelo o no. Salí del edificio e inmediatamente la fría brisa me obligó a ponerme el gorro para tapar mi cabeza desnuda. Me senté en las escaleras de la entrada. Minutos después de estar afuera me llegó un mensaje de Héctor que me informaba que Vero había dejado los medicamentos otra vez. Suspiré frustrado, mi hermana se estaba volviendo un completo desastre y yo aún seguía vivo. No quería pensar en cómo se volverían las cosas para Vero cuando yo muriera. La ansiedad recorrió mi cuerpo de forma súbita. Necesitaba más tiempo para dejar las cosas en orden y así evitar que mi hermana colapsara. Tenía que hacer algo al respecto.

Me cubrí el rostro desesperado. Por un instante la idea de que algún poder divino me ayudase a ganar un poco más de tiempo se me hizo tentadora, pero desistí de la idea porque iba en contra de mi ateísmo y no iba a caer tan bajo. Mientras intentaba buscar soluciones en silencio con la cabeza casi metida entre las piernas, Negro, el gato de Paola, saltó del arbusto que decoraba las escaleras de la entrada propiciándome un terrible susto que me hizo arrastrarme escaleras arriba preso del pánico. El gato, antes de seguir su camino, volteó a mirarme y juré que en sus ojos había una pizca de burla. Ofendido por el malagradecido del Negro, pues yo lo cuidaba y siempre le tenía comida en su plato, me fui detrás de él para agarrarlo. Lo seguí calle abajo, se metió entre las calles de los edificios, una jungla de ladrillos. Al seguirlo me di cuenta de que el Negro parecía estar guiándome. Era extraño, caminaba a una velocidad constante, pero siempre manteniendo una

distancia de un metro. Unas calles más adelante llegamos a una esquina, una cuadra antes de llegar al parque El Virrey. El gato siguió su camino, pero de la nada se detuvo. A lo lejos apareció la silueta de una mujer esbelta salir por una de las calles, vestía una túnica negra que le llegaba hasta los pies y miraba a sus alrededores sin prestar mucha atención. Cuando vio al Negro, se detuvo por un segundo pensativa, luego se agachó y lo alzó en brazos. Me tomó unos segundos reconocer a esa persona. No había distinguido a esa silueta porque se encontraba de espaldas, pero después de ajustar mi mirada logré identificar ciertas similitudes con ese ser que me había visitado, Azrael. En ese momento no lo entendí y creo que nunca podría justificarlo, pero me alegré de encontrar a Azrael. Caminé para acercarme, ya que parecía que no había notado mi presencia o tal vez la ignoraba. Le piqué el hombro para llamar su atención. Azrael giró su rostro hacia mí, como siempre mantenía sus ojos cerrados y ahora me picaba la curiosidad.

—¡Ey! Qué casualidad, ¿Sorprendido? Esta vez fui yo el que te encontré.

—Adrián —susurró sin prestarme mucha atención—. Qué inesperado —dijo desanimada mientras acariciaba al Negro.

—¿Qué pasa?, ¿Por qué la cara larga?, ¿No ibas en camino a hacerme la visita?

—No.

—¿No? ¿Cómo que no? —sin decir nada, Azrael pasó por mi lado y siguió caminando—. ¿Eso qué significa? —al no darme respuesta sentí mi sangre hervir del enojo. Agarré su hombro y la obligue a que me encarara—. Te hice una pregunta, lo menos que puedes hacer es responderme.

—No había previsto hacer una visita, Adrián. No es el momento —continuó su camino sin decir nada más. Mire cómo se alejaba con el gato en brazos. Volteé hacia la calle que me llevaría de nuevo a mi apartamento sin dudarle, a grandes zancadas alcancé a Azrael y empecé seguirla en silencio—. Sigues aquí, creí que mi presencia era una molestia.

—No tengo nada mejor que hacer.

—¿Ni siquiera ver el juego con ese grupo de mortales?

—Como dije, no tengo nada mejor que hacer —dije exasperado—. Además, sí te estás llevando al Negro, entonces yo también puedo venir.

—Si así lo deseas...

—Eso quiero —caminamos entre las calles sin un rumbo aparente. Las personas pasaban ignorándonos—. ¿Y... a dónde vamos?

—Por un alma.

Respondió sin inmutarse. Me detuve debido a la sorpresa. Me quedé estupefacto y sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo. Era la primera vez que vería a la muerte en acción. Volví a acelerar el paso para no perderlo de vista. No quería admitirlo, pero me emocionaba ver a esta entidad sobrenatural realizar su labor, miles de preguntas revolotearon en mi mente “¿Cómo separará el alma del cuerpo?, ¿lo cortará con su guadaña?” pero la emoción me duró poco y de nuevo sentí un poco de decepción. Azrael solo llevaba puesta una túnica que acentuaba de alguna forma una apariencia más femenina a comparación de las veces anteriores. No traía la famosa guadaña por ningún lado. Su apariencia tampoco había cambiado, no se había convertido en un esqueleto andante. Aunque su apariencia casi traslúcida le daba esa esencia fantasmagórica que causaba tanto terror. Azrael siguió caminando hasta llegar a la avenida séptima y siguió subiendo. Se detuvo frente a un edificio blanco con ventanas oscuras, por el diseño diría que era uno de esos edificios antiguos. Tenía una forma extraña, los balcones de los pisos superiores son más pequeños y a medida que descendían resaltaban más, era como en forma de escalera. Azrael me pasó al Negro y lo tomé en mis brazos, el gato ronroneaba adormilado. Con su mano me pidió que tomara distancia, di unos pasos hacia atrás y vi que extendía su brazo hacia un lado, con el dedo índice de su otra mano, dibujó una línea recta en su manga y parte de la tela cayó al piso. Azrael la levantó y de un solo movimiento la acomodó sobre mí y con su mano me dio la indicación de que lo siguiera. Sin culpa vi mi reflejo en una de las ventanas de la recepción. Sin poderlo creer, la tela se había transformado en una capa que me cubría de la cabeza hasta los pies. Sonreí como un estúpido niño que se admira por primera vez al verse con un disfraz puesto.

—¿Por qué lo hiciste? —dije sin borrar mi sonrisa.

—Quiero que pases inadvertido —abrí bien los ojos y mi sonrisa se volvió más amplia.

—¿Soy invisible?! —chillé.

—No exactamente —Azrael subió las escaleras, le seguí de cerca. Nos detuvimos ante la puerta de cristal. Dos señoras con abrigos coloridos y cabello corto

caminaban hacia nosotros. Las dos salieron sin percatarse de nuestra presencia.

Azrael aprovechó para mantener la puerta abierta con brazo—. Pasa —entré de un salto y Azrael solo dio un pequeño paso antes de cerrar la puerta. El guardia ni se inmutó, mantuvo la cabeza gacha pegada al cuaderno donde escribían los nombres de las personas que entraban y salían.

—No se ha dado cuenta — susurré. Me acerqué curioso, examiné al guardia y corté la distancia, lentamente intenté tocar su frente con mi dedo índice, pero la mano de Azrael me detuvo. Negó con la cabeza y siguió caminando hacia el ascensor—. ¿Por qué me detuviste? El tipo ni siquiera sabe de nuestra presencia.

—La túnica nos hace casi imperceptibles para los sentidos de los mortales, pero eso no significa que ahora seas completamente invisible y puedas hacer bromas —dijo, de forma casi severa. Era la primera vez, después de tantos años, que alguien me regañaba por mi inmadurez.

—¿Qué habría ocurrido? —le tomó un tiempo responderme. El ascensor llegó a nuestro piso y abrió las puertas—. Le habrías dado un susto de muerte —Azrael entró a la pequeña cabina plateada, me paré a su lado y el Negro saltó de mis brazos a los hombros de Azrael.

—¿Cómo es eso?

—Al tocarlo le habrías advertido sobre tu presencia y en un parpadeo aparecerías en su rango de visión, pero luego te perdería de vista. Para él serías como un espanto.

Tragué saliva, sintiéndome algo avergonzado por mis niñerías. En ese momento el ascensor se detuvo en el quinto piso. Salimos al pasillo que estaba desolado. Azrael giró hacia la derecha y se detuvo en la puerta del apartamento 503. No alcancé a ver el momento exacto en que Azrael abrió la puerta, pero así estaba, abierta de par en par. Entramos sigilosos al apartamento. Vi anonadado el tamaño del lugar. Era amplio y organizado, decorado con exquisitas antigüedades, pero no lo suficientemente cargado. Los muebles eran de un verde pálido con unas patas de madera diseñadas de forma redonda que les daba un aspecto robusto, recostados en los brazos de los muebles estaban pulcramente acomodados dos cojines que tenían un forro color dorado que combinaba con los decorados que aparentaban ser de oro. En el centro de la sala, suspendido en el aire, estaba un candelabro de vidrio, los bombillos imitaban a la perfección la forma de una vela.

Me distraje tanto con los alrededores que no presté atención cuando Azrael ingresó en el pasillo principal. El maullido del Negro me hizo volver a la tierra, de reojo vi la sombra de Azrael entrando por una puerta. Me acerqué en silencio y desde el marco de la puerta vi a Azrael al lado de la cama doble. En ella se encontraba una mujer anciana de unos setenta años que miraba con ojos cristalinos a Azrael. La mujer le extendió su temblorosa y arrugada mano, a lo que Azrael respondió acercando la suya. La mujer tomó su mano con ambas manos, desde mi distancia pude notar que el agarre era gentil.

—Es la hora, Lucero —le susurró Azrael con ternura.

—Ya veo —respondió débilmente—. Pero, ¿podría concederme un último minuto?

—¿Qué deseas, Lucero?

—¿Serías tan gentil de alcanzarme mi collar? El que está en el tocador —el Negro saltó de los hombros de Azrael hacia el tocador que estaba al fondo de la habitación. En su boca traía un collar perlado con una cruz de plata colgando. Lo depositó cerca a la mujer y caminan grácilmente hacia mí para observar conmigo desde la distancia—. Muchas gracias —la voz le temblaba, pero dudaba que fuera por miedo—. ¿Me permitirías un último Padre Nuestro?

—Por favor.

La escena era melancólica. Azrael sentado al borde de la cama, escuchando pacientemente a la mujer recitar su oración con la voz temblorosa y débil. Apenas terminada la oración, llevó su collar al pecho y dio su último respiro. En ese momento Azrael se levantó. Puse toda mi atención para ver lo que iba a hacer. Quería ver si sacaba su guadaña por la manga o si unas alas terroríficas se extendían, pero lo único que hizo fue pasar sus finos dedos sobre el rostro de la recién difunta y de su boca semiabierta jaló un hilo traslúcido que fue tomando la forma de una diminuta esfera de luz. Azrael la contempló en la palma de su mano. Con su mano libre, hurgó dentro de la túnica y sacó un farol de metal oscuro con acabados góticos, en su interior flotaban luces que parecían luciérnagas. Con delicadeza dejó caer la esferita por una apertura y esta cayó dentro del farol. La esfera se unió a las demás y empezó a danzar en el aire.

Nuevamente, ocultó el farol dentro de su túnica y salió de la habitación. Pero, en ese preciso instante, escuché la cerradura de la puerta abrirse. Una mujer que aparentemente tenía la misma edad entró con una bolsa de mercado. Los tres la vimos en silencio mientras acomodaba todas sus pertenencias en su lugar. “Lucero” canturreó. Al no recibir respuesta volvió a llamar. La mujer entró apresurada al pasillo camino a la habitación, nosotros nos hicimos a un lado para darle paso. La mujer soltó un quejido. Con pasos pesados se acercó a la cama y cayó de rodillas junto a Lucero. Las lágrimas caían incesantes por sus mejillas. Azrael vio por un segundo la escena y luego siguió caminando hacia la salida. En cambio, me tomé mi tiempo para observar. La pobre mujer lloraba y pasaba sus manos por el rostro de Lucero. Antes de partir vi aterrado que la mujer le daba un casto beso en los labios. La imagen de Vero apareció violentamente en mi mente y un nudo se formó en mi garganta. Mientras emprendía mi camino tuve la idea de hacerle un pedido a Azrael. Temía que mi impertinencia causara la ira de Azrael, pero no tenía nada que perder.

Salí del edificio con la cabeza gacha. Azrael me esperaba calle arriba sentado en un banco. Llegué hasta allá arrastrando los pies y me senté a su lado. Apreté mis labios y los miré de reojo. Azrael jugaba con el Negro agarrándole las patas. Nos quedamos en silencio y con el nerviosismo a flor de piel intenté abrir la boca para hacerle una pregunta, pero la volví a cerrar. Entrelacé mis dedos y jugueteé con mis pulgares. Estaba aterrado, porque lo que quería pedir era algo imperdonable.

—Parece que te gustan muchos los gatos —sudaba frío porque no sabía cómo reaccionaría.

—Son criaturas fascinantes, escurridizas y descaradas. Míralo, acostado en el regazo de la muerte, tan tranquilo.

—¿No es común?

—Los animales tienden a escapar de la muerte. Es más por instinto que por miedo, pero los gatos, a pesar de ser tan evasivos, se acercan sin pensarlo. Es casi como si quisieran demostrar que no le temen a nada, ni a la muerte.

—Bueno, por algo dicen que los gatos tienen nueve vidas —reí nervioso, pero me sentí ahogado, tocí con fuerza y saqué de mi bolsillo con urgencia un pañuelo, me cubrí la boca y escupí sangre. Las manos me temblaban y se me aguaron los ojos—

. Azrael, por favor —lloriqueé y le cogí la mano a forma de súplica—. Te lo imploro, por favor, dame más tiempo. Haré lo que sea, te juro que no voy a resistirme cuando vengas por mí, pero necesito más tiempo —Azrael se mantuvo en silencio—. ¿Te he hecho enojar? —seguía sin responderme—. ¿Qué piensas?, ¿me odias?, ¿es algo que un mortal no debería pedir?, ¡¿Por qué no respondes?!

—Adrián —sigilosamente apartó su mano de las mías—. No lo haré. No puedo cometer el mismo error.

—Pero, con la señora, le has concedido su deseo. Se lo concediste. Le diste un poco más de tiempo.

—Lo que estás implorando es algo diferente, Adrián.

—Es casi lo mismo.

—No puedo.

—Claro que puedes, eres la muerte. Tienes la autoridad para hacerlo. ¿Qué debo hacer para que me concedas este único pedido? Te prometo lo que sea.

—¿Por qué me pides esto ahora, Adrián? —respiré profundo para evitar sin éxito que la voz se me partiera al hablar.

—Verónica me necesita —otra vez silencio—. Ella aún no acepta que voy a morir.

—¿Y pretendes que con un poco más de tiempo lograrás hacerla entrar en razón? Piensa un poco, Adrián, ¿qué pasaría si la muerte te concede así sea un mes más de vida?, ¿no crees que Verónica pensaría que podrías evitar la muerte?

—No comprendo.

—Si te diera el regalo de un año más de vida, ¿sería suficiente para convencerla? O ¿tal vez tendría el efecto contrario? —contuve la respiración para no llorar—. Darle falsas esperanzas. Tu enfermedad es terminal, los médicos saben que tu promedio de vida no debería superar los dos años. Si de la nada lograras superar los dos años, ¿crees que Verónica perdería las esperanzas?, sin mencionar que, la enfermedad seguiría avanzando, así que te abstendrías a sufrir una agonía por contentar a tu hermana. ¿Estás dispuesto a sacrificar tu bienestar?

Entonces lloré amargamente. No lo había pensado de esa forma. Era verdad, aunque tuviera más tiempo, no podía luchar contra la realidad. Verónica era terca como una mula. Nunca me

escucharía. Pasaría por alto todos mis intentos de explicarle la cruda verdad. Voy a morir. Era un hecho. Azrael me consoló acariciando mi espalda. Yo solo pude acurrucarme en la banca y llorar. No sé cuánto tiempo me demoré, aún no había oscurecido, pero parecía que había pasado una eternidad. Respiré profundo para tranquilizarme y volví a sentarme. Nos quedamos en silencio, el Negro aprovechó y se acurrucó en mi estómago. Repasé con más claridad nuestra discusión. Azrael tenía un punto. Mis esfuerzos serían en vano y lo único que lograría sería sufrir más de la cuenta.

—Hay algo que me llama la atención —dije de la nada—. Mencionaste que no querías cometer el mismo error, ¿a qué te referías?

—Esa es una historia para otro momento.

—¿Prometes que me la vas a contar antes de morir?

—Sí —respondió con sinceridad. Me levanté de la banca junto con Azrael y emprendimos de nuevo la caminata—. Te llevaré a tu casa.

—No, me gustaría seguir acompañándote, si no es mucha molestia, si quieres podrías llevarme a casa de mi hermana cuando creas que sea prudente volver.

—Bien.

—Una pregunta —dije al momento en que el Negro volvió a subirse en los hombros de Azrael—. ¿No tienes una guadaña?

—Sí, tengo una.

—¿En serio? Pero no la llevas contigo.

—La cargo cuando es necesario.

—Así que casi no la usas... Azrael ¿te podría pedir una última cosa?

—¿Qué deseas?

—El día en que vengas por mi alma, ¿podrías venir con la guadaña?

—¿Por qué?

—Oh, son solo tonterías mías.

Acompañé a Azrael durante todo el día. Caminamos por toda Bogotá de norte a sur, de oriente a occidente. Al estar al lado de Azrael no sentí el tiempo transcurrir como normalmente lo hacía. En un parpadeo ya era de noche y había entrado a más de cincuenta residencias para que Azrael recolectara las almas de los difuntos. Vi variedad de reacciones y escenas desgarradoras.

Había unos que esperaban pacientemente la llegada de Azrael, como Lucero, y no dudaban en aceptar ser llevados al descanso eterno. Pero, había otros casos, donde la persona se negaba a ser llevada por Azrael, uno de ellos fue el de un hombre entre los cuarenta o cincuenta, al ver a Azrael utilizó todos los medios a su alcance para escapar de él. Corrió por las calles, intentó perderse escabulléndose entre varios edificios, hasta llegó a lanzarse a la carretera arriesgando su propio bienestar y creyendo tontamente que lo perderíamos de vista. De igual forma no obtuvo el éxito que quería, Azrael reclamó su alma apenas lo alcanzó cuando él solo se metió en un callejón sin salida. La escena más dolorosa que vi fue la muerte de un bebé. Tenía un día de nacido y los médicos del hospital Kennedy aún no le habilitaban la salida. Azrael se llevó su alma mientras el bebé dormitaba en la cuna. Los gritos desgarradores de la madre retumbaron en mi cabeza por varias horas. “La muerte no perdona”, pensé afligido. Sin importar la edad, viejo, recién nacido o adolescente, al final Azrael siempre cumplía con su deber. Había unos casos curiosos donde el alma llevaba días esperando pacientemente a que viniera por ella. Siempre obtenía sus almas y las guardaba en el farol. Como había prometido, me acompañó a casa de mi hermana. Ella vivía en un edificio por el barrio Santa Bárbara. Era casi un barrio netamente residencial plagado de edificios. Le pedí que me acompañara hasta una cuadra antes para que Verónica no la pillara, le devolví la capa que me había prestado. Azrael me entregó al Negro y se despidió con su característica frase de “Nos veremos pronto”.

Cuando Azrael desapareció en la oscuridad, sentí el peso del cansancio caer sobre mis hombros, volvía a sentir mis malestares que tenía en la mañana, la fatiga, las náuseas, el dolor en los huesos, parecía que estar tan cerca de Azrael había anulado la mayoría de mis síntomas. Aunque no me faltaba mucho para llegar al edificio, me parecía que el camino se alargaba con cada paso. Ya a unos pocos edificios, vi a Héctor sentado en la acera fumándose un cigarrillo. Se veía exhausto, pero cómo no lo iba a estar si él estaba finalizando sus prácticas en medicina interna, tal vez al final de este año por fin conseguiría su título. Sin que se diera cuenta me senté a su lado.

—¿Me pasas un cigarrillo? —de forma automática Héctor me extendió su caja, pero apenas me reconoció, puso cara de sorpresa.

—¿Adrián? ¿En qué momento llegaste? ¿Quién te trajo hasta aquí?

—Me vine caminando —me encogí de hombros.

—Adrián, como tu médico, te debo recordar que debes mantener reposo. Además, ¿no se supone que te iban a celebrar el cumpleaños?

—Esos solo querían ver el partido. Ni siquiera trajeron torta —le sonreí con sorna, él solo negó con la cabeza frustrado.

—Le dije que no los llamara, pero ella nunca escucha —la mención de Verónica me trajo un sabor agrídulce a la boca.

—Es incapaz de aceptar las cosas, ¿no? Aunque eso no la hace mala persona.

—No, pero sí un peligro para sus seres queridos —al escucharlo, busqué su mirada—. No me mires así, no dije nada malo.

—No es eso, Héctor, es solo que me gustaría que me explicaras a qué te refieres —después de un largo suspiro abrió la boca.

—Estoy preocupado, Adrián.

—¿Por Verónica?

—No, por ti —eso me tomó desprevenido. Lo miré sin entender—. Adrián, la actitud que ha tomado Verónica es peligrosa. Su incapacidad para aceptar tu realidad te va a traer terribles consecuencias. Digo, hoy la pillé buscando tratamientos alternativos con promesas de alargar más la vida o de curarte —Héctor empezaba a agitarse entonces inhaló una calada de su cigarrillo—. Temo que ella, en su afán por salvarte, te someta a tratamientos que parecieran más una forma de tortura —dío un largo respiro antes de continuar—. No es fácil, Adrián, yo lo sé, cuando supe tu diagnóstico sentí... no puedo ni describirlo. Sé que no somos tan cercanos, pero te aprecio mucho. Sé que por ser médico soy consciente de la realidad, aunque me duela admitirlo. Yo sé que vas a morir tarde o temprano. Pero, eso no es excusa, Adrián. Uno debe saber cuál es el momento de parar. Tu hermana no lo sabe y me da miedo que ella en su afán por “salvarte” te someta a todas las cirugías o tratamientos que los médicos seguramente le van a recomendar. Ella te ama, de eso no hay duda, pero el amor te vuelve ciego y sé que ella no se va a dar cuenta del daño, del sufrimiento por el que te quisiera hacer pasar —cuando terminó, Héctor se fijó en el Negro y me lo quitó del regazo para acariciarlo. El Negro al ser un regalado, no le molestaba que desconocidos lo acariciaran. Tal vez por eso había sobrevivido por tanto tiempo—. Qué bonito gato.

—¿Por qué sigues con mi hermana? Tú y yo sabemos lo que hizo. Yo por poco y rompo todo contacto con ella.

—Me gustaría decir que es por amor. Aunque no lo creas, yo amaba a Vero. Aún la quiero, pero no como antes. Cuando me enteré de lo de... bueno, tú sabes, me destrozó la vida, pero ya tenía mis sospechas, ¿nunca sospechaste de Carolina?

—Bueno, ella me había comentado que tuvo un cuento con una amiguita del colegio, pero siempre le resté importancia y yo... yo le creí.

—Denso —le dio otra calada a su cigarrillo antes de continuar—. Para serte sincero volví con ella por insistencia de mis padres.

—¿Por tus padres le pediste matrimonio a Vero?

—Pues sí —se encogió de hombros para restarle importancia—. Quería sacármelos de encima. En realidad, iba a romper el compromiso, porque ninguno de los dos es feliz con el otro, me da rabia admitirlo, pero ella era más feliz con Caro que conmigo. Después de eso me enteré de que estabas enfermo de gravedad, entonces decidí postergarlo, sin embargo, cuando vi la actitud de tu hermana frente a tu diagnóstico, no pude hacerlo. Quiero ayudarte Adrián, como tu ex-cuñado y como amigo. Haré lo posible por protegerte y que tengas una muerte digna —apretó mi hombro un poco fuerte y me miró fijamente a los ojos.

—¿Qué intentas decir? —le dije algo precavido y el solo se encogió de hombros.

—Yo creo firmemente, que a veces no se debería sufrir tanto, ¿me entiendes? Sí algún día llega el momento en que quieras descansar de una vez por todas—enfaticó eso último—. Haré todo lo posible por ayudarte.

Sus palabras me descolocaron un poco. No fue muy directo, pero lo dejó muy claro. En realidad, no lo había pensado, no era una de mis opciones, pero no debía descartarlo del todo. Era una alternativa válida a fin de cuentas. Le toqué el hombro en forma de agradecimiento. Me sentía bien. Protegido de alguna manera. Al menos no estaba solo y contaba con alguien. Una parte de mí sabía que era lo que se acercaba. Las quimios empeoraban mi salud y la enfermedad no tenía misericordia. Mi final se estaba acercando, pero Vero haría todo lo posible por postergar lo inevitable. Sabía que lo hacía por amor. No la culpo, pero si soy sincero, me gustaría evitar el sufrimiento por el que voy a pasar. No quería aceptarlo, pues me había prometido no hacerlo, pero

esperaba con ansias el día en que Azrael viniera por mí y terminara con toda esta mierda. Pero como siempre me ha sucedido, nunca consigo lo quiero cuando lo necesito.

LA ÚLTIMA VISITA

Este es mi último momento de lucidez y siento la necesidad de escribir. No pienso justificar mis decisiones, pero deseo organizar mis pensamientos. Mi enfermedad ha avanzado hasta el punto de no retorno. Cada vez me siento más débil y el dolor recorre todo mi cuerpo. Mis únicos momentos de paz son cuando la morfina empieza a hacer efecto. Cada que el tiempo corre me doy cuenta de que estoy perdiendo la razón. ¿Cuántos días han pasado?, ¿habrán pasado meses?, ¿acaso ya perdí la cabeza? Desde el momento en que ingresé a esa habitación de cuatro paredes blancas sin una sola ventana mis días solo empezaban cuando las enfermeras pasaban y prendían la luz. Ese bombillo amarillento cubierto por una espesa capa de telaraña se había convertido en mi sol. El blanco del cuarto me hacía creer que estaba encerrado en un loquero.

Mi mente empezó a jugarme malas pasadas desde mi ingreso al hospital. Hace unas noches vi a mi abuela, estaba en la esquina sentada en su sillón favorito, ese de color turquesa hecho de terciopelo que se compró en Brasil, que con los años se fue desgastando y perdió el color vivo que tanto amaba mi abuela. Ahí estaba, leyendo el periódico. No, estaba tocando su rosario, sí, pasaba sus dedos uno a uno por cada cuenta y me sonreía. “¿Cómo sigue mi niño?” me decía y yo le respondía “toi cansao” esa era siempre mi respuesta cuando mi abuela todas las tardes se ponía a tejer o a rezar su rosario y me miraba con sus ojos cristalinos y cansados. Le decía que estaba cansado y me echaba sobre su regazo para que me acariciara el pelo. Pero no podía hacer eso, porque todas mis pestañas se habían caído. Le dije a mi abuela que se acercara, yo no podía hacerlo, ahora necesitaba de una persona para hacer lo más básico como ir al baño. Con mi mano, la que no estaba llena de morados por las agujas, le hacía señales para que se acercara. “¿A quién llamas?” me preguntó Vero “pues a la abuela, está ahí, sentada en su sillón favorito” y entonces Vero empezó a llorar.

La morfina me nubla la mente, pero es un sacrificio que aún estoy dispuesto a dar para calmar la agonía de existir. Los médicos ni me miran, tampoco me preguntan si en verdad quiero seguir con mi tratamiento. Ahora todo lo maneja Vero. Yo solo quería irme a casa, deseaba que me desconectarán de este molesto aparato, me tenía hartos el constante pitido, pero nadie me escuchaba. Todos me ignoraban, lo peor es que ellos creían que no los escuchaba, que no entendía ni una sola

palabra de lo que decían. El doctor Meléndez quien estaba a cargo de mi cuidado, le seguía metiendo ideas a mi hermana. Que debería pasar por otra radioterapia, que una quinta cirugía me ayudaría a mejorar mi estado de salud, a lo que me encantaría haberle respondido “no doctor Meléndez, no creo que deba continuar con ese tratamiento”. Aferrándome a mi última gota de cordura sé que puedo decir que todavía podía razonar, que no había enloquecido del todo, por mucha morfina que me inyectaran yo aún sabía lo que quería. Mi cama, el olor a café recién hecho en la mañana, tomar un baño con agua caliente. Pero Vero no me escuchaba. Decía que lo mejor para mí era quedarme en esa habitación. Nunca estuve de acuerdo. No tengo salvación. Soy un caso perdido.

Me estaba pudriendo en esa camilla. Nadie lo entendería, pero me sentía tan solo. Encerrado entre blancas paredes. De la nada mi única distracción era observar por ventana. Por ella podía ver el gran árbol marchito que se mecía con el pasar del viento y en la rama más alta se posaba un ave negra, de cabeza calva. Parecía un chulo y no paraba de mirarme. “No hay ninguna ventana” me dijo alarmada Vero “pero yo veo una” le respondí y entonces la enfermera entró con mi dosis diaria de morfina y volvía a dormir. Era un ave majestuosa, tenía unas alas preciosas. No paraba de mirarme. Parecía hambrienta. Igual que yo. Ya ni podía comer la gelatina desabrida del hospital. No había parado de vomitar desde mi ingreso al hospital y por esa razón se me notaban más que nunca las costillas. Estoy tan delgado y pálido, mi piel se ha volvió tan amarillenta que podía ver mis propias venas.

Nadie me hablaba, todos evitaban cruzar su mirada con la mía. La última persona que habló conmigo, aparte de Vero y Héctor, fue mi mamá. “Dentro de poco iré a visitarte” me dijo ilusionada y yo me reí. Todos pensaron que fue por la felicidad de tener a mi madre justo a mi lado, pero en realidad me estaba burlando, porque sabía que en el momento en que su marido le diera permiso para viajar a ver a su hijo moribundo, yo estaría a tres metros bajo tierra. A Vero eso no le causó gracia, a mí me pareció divertidísimo, me reí por días. A Carolina, que estuvo visitándome para ver cómo estaba, tampoco le hacía gracia que yo me riera de mi infortunio. ¿Pero, qué más podía hacer? Nadie me decía ni los buenos días. Las únicas veces que Vero me hablaba era para informarme del nuevo tratamiento para reducir la hinchazón de los pies. “Vero, no se puede combatir contra una falla renal” le decía y nuevamente le suplicaba que me llevara a casa, que era

una señal de que debería estar en mi cama reposando cómodamente, en vez de mantenerme encerrado en un lugar tan lúgubre, solo, perdiendo la conciencia, imaginando ventanas con chulos clavándome la mirada. No quería la cirugía, no me hacía bien. Solo empeoraba el dolor.

Ay de mí.

Ay de mí.

“Abuela, ¿cuándo nos podemos ir?” le pregunté una noche mientras ella me acompañaba en la silla junto a mi camilla. “Ya casi, mi niño” me respondió bien bajito para que no la escucharan las enfermeras ni los médicos. Se supone que a esa hora no debería haber visitas. Quería hacerle más preguntas, quería saber si en verdad existía un cielo, si todos esos años renegando de ese tal Dios había sido tiempo perdido, pero ella me calló con sus cantos de cuna y sentí los párpados cada vez más pesados. La otra vez soñé que estaba en mi casa. Acababa de levantarme y me estaba alistando para ir al trabajo. Al mirarme en el espejo me daba cuenta de que tenía pelo. Era un sueño hecho realidad. Todo había acabado. No quería volver despertar, pero a lo lejos escuchaba a Vero. Su voz era tan estridente que me despertó en un segundo. Parecía que no quería que alguien entrara a la habitación. Con dificultad abrí los ojos, debido a los medicamentos no podía enfocar bien la mirada, alcancé a reconocer a Vero que estaba en la puerta con los brazos cruzados y junto a ella había una persona. No podía distinguir quién era. Vero me tapaba gran parte de la vista y la pared ocultaba la identidad del visitante.

—¿Vero?, ¿Vero? —la llamé débilmente sin éxito—. Verónica —volví a llamarla, pero con más fuerza.

—¿Adrián? —preguntó alarmada—. Estás despierto —dijo al llegar junto a mí.

—Vero, ¿quién es? —le pregunté susurrando.

—Es Azrael. Ha venido a verte.

—¿Azrael? —y no pude evitar emocionarme al escuchar su nombre—. Azrael, ¿Dónde está? Vero, tráelo, tráelo.

—Pero, Adrián acabas de despertarte.

—Azrael, Azrael, Azrael ¿Dónde estás?

Nadie dijo nada. Vero me miraba desconcertada, parecía que estaba celosa. Ella cedió y dejó entrar a Azrael a la habitación. A paso lento se acercó en silencio. Mis ojos seguían sin enfocarlos, solo veía una mancha negra. Entré en pánico, ¿y si no era él? A ciegas, sin saber a dónde mirar, extendí la mano para buscarlo y lo llamé desesperado “¿Azrael?, ¿Azrael?”. Su mano tomó la mía, estaba tan fría como el hielo y eso me emocionó, significaba que aún podía sentir. “Aquí estoy, Adrián” me dijo con dulzura. Ignorando dónde podría estar sonreí, pero de nuevo, los párpados me pesaban y por miedo a que me abandonara apreté su mano, “por favor quédate” le supliqué y él solo acarició mi mano. Me desperté de golpe, agitado y sudoroso. Ya no sostenía la mano de Azrael. Jadeé asustado porque creía que había perdido mi oportunidad de hablar con Azrael. Estaba a punto de echarme a llorar cuando lo vi sentado justo al lado de la camilla.

—Has despertado

—Azrael —chillé emocionado—. Viniste por mí.

—Adrián...

—Ya no lo soporto, estoy exhausto. Siento como si mis entrañas ardieran. El simple hecho de respirar es agobiante. No creo que pueda soportar otra sesión de quimioterapia, no puedo —pero, no decía palabra alguna—. Has venido por mí, ¿verdad?, ¿ha llegado mi hora? —supliqué preso del pánico—. Azrael, por favor, dímelo, por favor, te lo ruego.

—Adrián... no es el momento.

—No, no, no, por favor —mis lamentos llenaban la habitación. Era un llanto furioso, desbordante, de desconsuelo.

—Adrián.

—Tengo mucho frío —mi cuerpo tiritaba violentamente y mis sábanas estaban bañadas de sudor—. Azrael —Lo llamé con voz temblorosa—. ¿Podrías cerrar la ventana?

—Adrián, escúchame.

—Hay un chulo rondando por ahí. Está famélico, pareciera que quisiera comerme.

—Escúchame.

—Por favor no lo dejes entrar —Azrael acarició mi cabeza y se quitó el abrigo negro que llevaba puesto y lo coloco sobre mí.

—Quiero contarte una historia, pero necesito que prestes mucha atención.

—¿Una historia?

—Recuerda Adrián. Haz memoria de nuestro último encuentro.

—Yo no... —mi mente, que estaba nublada y delirante, empezó a traer recuerdos de la tarde en la que acompañé a Azrael—. Creo que... tú me prometiste que me contarías una historia.

—Aférrate a mi voz Adrián, presta atención. No permitas que tu mente vuelva a sucumbir ante el delirio. Escucha —Azrael se acomodó en su puesto y tomó mi mano—. Hace mucho tiempo Adrián, yo tuve un amigo.

—¿Un amigo? —dije incrédulo.

—Sí, Adrián, te voy a contar la historia del mortal que osó hacerse amigo de la mismísima muerte. Ocurrió hace muchos años. Era una época muy diferente a la de ahora.

»Fue una época sangrienta Adrián. Había un sinfín de batallas. Los hombres se mataban entre sí. Miles de vidas inocentes cayeron en los campos de guerra. En el aire se podía oler ese característico aroma putrefacto de los cadáveres regados por todo el suelo. Era masacre tras masacre. Era el lugar perfecto para mí. Fue una de las pocas veces en la que podía caminar entre los vivos. Por ese periodo yo era un ser que existía solamente para cumplir su tarea en el mundo. Caminaba sin rumbo acompañando a los jinetes y caballeros. Siempre a la espera del momento para recolectar las almas de los caídos. Los gritos de pánico de los desafortunados que veían con horror al espectro que se llevaría sus almas se confundían con los gritos de guerra de los caballeros que aún seguían en pie. Muchos intentaban arrastrarse sin éxito para escapar de su destino. Pero, como bien sabes Adrián, la muerte no tiene perdón.

»Una noche vagaba por el bosque. La batalla más cercana había terminado y acababa de recoger todas las almas de los difuntos. Solo me quedaba partir para seguir con mi labor. Pero me distraje por la fauna del bosque. Los animales que yacían escondidos entre los árboles, salían tímidamente de sus escondites al no escuchar los gritos de los hombres. La mayoría de los guerreros

habían retrocedido o simplemente habían muerto. Estaba deleitado por toda la vida en el bosque. Los ciervos pastaban manteniendo una distancia prudente de mí. Las aves miraban recelosas y yo seguía vagando. Sin darme cuenta llegué a un claro, la luz que caía desde el cielo se reflejaba en el agua cristalina del enorme lago que estaba en el centro de ese misterioso claro. Curioso por la belleza traslúcida de la luna que acaba de ascender, en un descuido, olvidé ocultar mi presencia.

»Mi cuerpo amorfo que se asemejaba a una bola de humo que flotaba a unos pocos centímetros del suelo, encontró un rastro de sangre. No muy lejos, a unos metros, tal vez, se encontraba una pareja de caballeros en la orilla del lago. Uno de ellos yacía recostado contra el tronco de un árbol. Su vestimenta estaba bañada en sangre por culpa de una herida profunda en el abdomen. Su respiración era agitada y yo sabía con antelación que pronto le llegaría la hora. La mente del moribundo divagaba entre este mundo y los recuerdos, pero cuando vio a lo lejos a un espectro oscuro, amorfo y terrorífico, soltó un alarido que asustó a los animales y alarmó a su compañero quien yacía a su lado intentando, sin éxito, detener la hemorragia. La muerte miró con curiosidad al caballero herido, mas no se movió de su lugar. El caballero se retorció, con sus pies se impulsaba hacia atrás, pero el tronco no le permitía moverse. El otro caballero lo agarraba con fuerza para detenerlo. “¡Callad de una buena vez! O alertarás nuestra posición al enemigo” gritó presa del pánico. El caballero herido apuntó su mano temblorosa en la dirección donde yo los observaba, y su compañero miró por encima del hombro. Sorprendido, al ver aquel ser oscuro, se volteó lo suficiente para tapar al otro caballero con su cuerpo. “¿Qué eres, misteriosa criatura?” dijo el caballero blandiendo su espada. Me detuve, no por temor sino por curiosidad. El caballero observó detenidamente a la criatura frente a él, la inspeccionó de arriba abajo, pero los alaridos de su compañero le hicieron perder la paciencia. Al ver que el espectro parecía no querer atacar, el caballero bajó su espada y volvió a mirar a su compañero herido. La sangre seguía brotando de la herida, no había forma de curarlo. Con un suspiro, el caballero se rindió ante su intento de parar la hemorragia. En silencio se acercó al oído del compañero herido y, sin permitirle ver que acababa de sacar un pequeño cuchillo plateado de su cinturón, le murmuró algo al oído y le clavó la hoja afilada en el corazón. Era la primera vez que presenciaba algo como eso. En ese momento no entendí por qué el caballero asesinó a su compañero. De igual forma, no le quedaba mucho tiempo. Por primera vez, desde que fui creado, experimenté una sensación, estaba confundido. El caballero suspiró entre frustrado y triste, se notaba que estaba cansado, tenía la cara mugrienta y las hebras

rubias de su cabello tenían un tono marrón. Al ver que la extraña criatura parecía ser inofensiva, decidió envainar su espada y procedió con los ritos funerarios. Cavó una tumba no muy profunda y con esfuerzo arrastró el cadáver del recién difunto. Lo cubrió con tierra, para luego arrodillarse y rezar por el alma del fallecido. Me acerqué lentamente a la tumba, en silencio y sin que el caballero se percatara, tomé el alma que empezaba a emanar del montículo de tierra. Cuando el caballero se percató de que el espectro había acortado la distancia, lo ignoró por completo y solo caminó hasta alejarse lo suficiente de la tumba improvisada. Lo seguí y observé con curiosidad. En menos de media hora, el caballero había encendido una fogata. Ya sentado alrededor del fuego, volvió a mirar a la criatura.

—¿Cuál es vuestro nombre criatura de la noche? —preguntó el caballero, pero no dije palabra alguna—. ¿Acaso habláis?

»Al no obtener respuesta, el caballero perdió el interés. Sin embargo, yo estaba intrigado. Desde el momento de mi creación, los vivos siempre me habían rechazado. Me temían y en las únicas interacciones que tenía con los mortales, estos reaccionaban de la misma manera. Lloraban desconsoladamente, pedían a gritos que me alejara, muchos huían o trataban de esconderse. Pero, el caballero fue el primero en hablarme. Tomé gran interés en ese mortal y viajé con él entre las sombras del bosque. Lo acompañé en silencio, al principio mantenía una gran distancia del caballero, pero como este no se inmutaba empecé a acercarme al punto de que ya no me escondía entre las sombras de los árboles. Una noche, mientras el caballero descansaba sentado cerca a una fogata, miró a su acompañante y sonrió.

—Criatura, me habéis acompañado todo el camino oculto entre las sombras. En las noches, el momento donde me encuentro más vulnerable me habéis vigilado, más no atacado. Responde ¿a qué se debe esta conducta? No sois cazador ni me habéis escogido como vuestra presa, ¿qué queréis de mí, tú, horrible criatura?

—¿No temes de mí? —preguntó la muerte sorprendida, el caballero negó con su cabeza—. Para el hombre soy solo una abominación salida del propio infierno. La peor pesadilla del hombre. Cuando un mortal está frente a mi presencia, se retuerce del miedo e intenta buscar su salvación. Todo ser vivo repudia lo que soy, pero tú,

mortal, en vez de gritar y suplicar por vuestra vida, me has preguntado cuál es mi nombre. A lo que no tengo una respuesta y aunque pudisteis sacar tu espada para ahuyentarme, preferisteis acabar con la vida de tu compañero con ese cuchillo que cuelga en vuestro cinturón. ¿Por qué?

»El caballero solo me observó y con un susurro me respondió “lo hice por piedad”, sacó el cuchillo y lo miró nostálgico. Eso quedó plasmado en mi mente “por piedad” repetí para mis adentros. Luego el caballero me pidió que me sentara a su lado. Continuamos el viaje, pero esta vez no tuve que esconderme. Cada que empezaba el día el caballero me contaba sobre sus hazañas en la guerra. Me habló de sus aspiraciones para cuando ya se retirara del campo de batalla, que deseaba casarse con una joven trabajadora y buena cocinera, tener un hijo a quien enseñarle el arte de la espada. También me contó sobre su sueño de tener una pequeña cabaña en la montaña, sobre su infancia, su primer amor y sobre su fe. Durante nuestras largas conversaciones, el caballero me sugirió que cambiara mi apariencia. “Tal vez si vuestra apariencia fuese más humana, las personas no aborrecerían tanto su destino” dijo el caballero, refiriéndose a la criatura amorfa que se movía elevada del suelo y parecía una bola de humo oscura. Él creía que mi impopularidad se debía a que parecía ser un monstruo sin forma que aterrorizaba los sueños de personas inocentes. Escuché la sugerencia y una noche de luna llena mientras el caballero dormía plácidamente, por primera vez me vi en el reflejo de un riachuelo, nunca me había interesado mi aspecto, pero tenía curiosidad de ver cuál podría ser el límite de mis habilidades así que empecé a moldear mi forma, recordando la anatomía externa de los humanos. Uno de mis lados se fue alargando hasta formar un brazo, aunque parecía más una rama marchita de un árbol de invierno; era un comienzo burdo, pero eficaz. Los dedos alargados me ayudaron a moldear con más facilidad la otra extremidad y así continué durante toda la noche, formando cada parte del cuerpo humanoide. A la mañana siguiente, cuando el caballero despertó, se llevó una gran sorpresa cuando observó por primera vez la nueva apariencia de su compañero. “Parecéis un humano” murmuró anonadado. El caballero curioso detalló cada parte de mi nueva forma, observó el cuerpo delgado y alto, la cabellera azabache lisa, pero sobre todo el rostro alargado, fino y de porcelana.

»El viaje continuó hasta que llegamos a las afueras del pueblo. El caballero me agradeció por mi compañía y me pidió que volviera a visitarlo de vez en cuando. Me despedí del caballero y

emprendí mi camino. El tiempo pasó y seguí con mi labor. Mi nueva apariencia había tenido cierto éxito entre los mortales, pero muchos seguían despreciando mi trabajo. Un día, en una de mis largas caminatas, me encontré de nuevo con el caballero. Mi antiguo compañero de viaje había crecido unos centímetros, ahora llevaba barba y sus hombros se habían ensanchado. El caballero no ocultó su felicidad de ver a su antiguo compañero de viaje. Me abrazó y me pidió que lo acompañara a su casa. El caballero había cumplido uno de sus sueños, tenía una pintoresca cabaña en la montaña. Ahora se dedicaba a cultivar. Para celebrar nuestro reencuentro abrió una botella de vino. Esa noche el caballero y la muerte bebieron hasta el amanecer. Me quedé en casa del caballero por unos días y luego partí para seguir con mi trabajo.

»Pasaron los años y volví a la casa del caballero. Me preguntaba si para esta época el caballero ya tendría una familia o habría encontrado a la mujer que tanto deseaba. Lastimosamente, eso no fue lo que encontré. El caballero lo recibió con los brazos abiertos, había perdido mucho peso y se veía más pálido. Lo supe de inmediato, muy pronto vendría a reclamar el alma del caballero. Como siempre lo acompañé por unos días y en mi estadía vi con pesar lo deteriorado que estaba. El caballero entre ahogos y tos me contó que estuvo a punto de casarse con la hija de un granjero, pero al caer enfermo decidió romper el compromiso y vivir en soledad hasta su último día. La salud del caballero se deterioraba con rapidez y vi el sufrimiento por el que pasaba mi acompañante de viaje. Acongojado por verlo cada vez peor, recordé lo que me había dicho cuando, hacía unos años, el caballero había acabado con la vida de su amigo. La piedad era algo desconocido para mí, pero de alguna forma quería ayudar a mi antiguo compañero de viaje. Antes de partir le di un regalo al caballero. Una bolsa de semillas. Aquellas semillas eran de un árbol que solo crecía en los límites del más allá. Le expliqué que cuando brotara el árbol, arrancara una de las hojas, la machacara y la esparciera en agua hirviendo para luego beberla. Le dije que, aunque el remedio no lo curaría de su enfermedad, sí aplacaría todos sus males. Así podría seguir cultivando y morir en paz.

»Me despedí y de nuevo partí. Por primera vez, fui consciente del tiempo. Me decidí a visitar al caballero una semana antes de que muriera para así pasar un poco más de tiempo con él. Con el pasar de los días me sentía más ansioso. Por primera vez desde mi existencia deseaba que llegara el día de la muerte de alguien. Al no poder aguantar pacientemente la llegada de ese día,

me apresuré a visitar al caballero. Para mi sorpresa, encontré la cabaña completamente destruida y los árboles de las semillas que le había regalado estaban prendidos con fuego. Sin entender el panorama, busqué al caballero por los alrededores. Exploré el bosque intentando encontrar una pista, pero al no encontrarlo me aventuré al pueblo más cercano. Caminé entre los mortales siempre alerta ante la posibilidad de encontrar al caballero. Mientras caminaba en las estrechas calles del pueblo escuché el cuchicheo de las personas que pasaban a mi lado. Entre ellos se contaban que habían arrestado a un antiguo caballero que vivía en las montañas por brujería. La chica con la que alguna vez estuvo comprometida vio horrorizada que el caballero había plantado unos pequeños árboles negros cuyas ramas se retorcían con la forma de la mano del diablo. La muchacha alertó a la iglesia y el pueblo entero fue en busca del hechicero para entregarlo a los altos mandos. Antes de salir del pueblo, escuché que al caballero le impondrían un castigo esa misma tarde en el castillo del señor.

»Me apresuré para llegar al castillo. Entré con sigilo y encontré a un grupo de clérigos reunidos en el gran salón. Escondido entre las sombras, me escabullí por cada pasillo y habitación del castillo. Fui de piso en piso hasta descender al calabozo. Las celdas desprendían un olor a humedad. La luz de la luna no alcanzaba a llegar para iluminar el calabozo, por eso el pasillo contaba con un par de antorchas que le daban un toque lúgubre. Caminé y examiné cada celda, buscando al caballero, estaba a punto de darme por vencido hasta que llegué a la última celda que estaba al final del pasillo. Al principio parecía vacía, no veía a nadie que ocupara la celda, pero en la esquina de al fondo se escuchaba un débil lamento. Horrorizado observé que en una esquina se encontraba tendido un bulto rojo que se contraía de vez en cuando, sin poder creerlo, reconocí esos ojos azul celeste, estuve a punto de soltar un alarido por ver al caballero completamente despellejado. Sus músculos al aire libre se contraían por el frío de la celda. Su sangre se esparcía por el piso de piedra pintándolo de carmesí. Me arrodillé al lado del moribundo caballero. Lo tomé en brazos y me lo llevé lejos sin alertar a una sola persona del castillo. Transporté a mi amigo al lago donde nos conocimos. Lo acosté en el pasto y esperé en silencio. “Viejo amigo, has venido” susurró y lo esperé inmóvil a su lado. Antes de dar su último respiro, el caballero dijo “gracias” y entonces reclamé su alma.

—Esta es la historia que quería contarte. Como puedes ver, no me correspondía interceder en la vida de los mortales nunca debí tomar acción alguna. Lo que hice le causó más sufrimiento que la propia enfermedad.

Lloré desconsoladamente. Sentía mucho lo que le ocurrió a su amigo, pero los errores del pasado no tenían que quitarme la oportunidad de cesar mi dolor. No era justo. Estaba inconsolable, ya no podía articular palabra. Lloré y lloré hasta que mis ojos estaban tan hinchados que ya no podían producir más lágrimas. Mi estado alterado alertó a las enfermeras que no demoraron en llegar para tratar de tranquilizarme. Pasaron por alto la presencia de Azrael. Intentaron dialogar conmigo para tranquilizarme, pero yo no podía dejar de chillar. Al no poder hacerme entrar en razón decidieron inyectarme una dosis de morfina. Intenté persuadirlas, les supliqué que no lo hicieran porque no quería que mi acompañante se fuera. Pero todas se miraron de reojo como si yo estuviera loco. Cuando una de ellas se acercó para inyectarme la morfina por la manguera, empecé a moverme violentamente para evitarlo. Todas se sorprendieron por mi sorpresiva reacción. Intentaron sin éxito contenerme y al poco tiempo llegaron dos enfermeros para sostenerme contra la camilla. Yo les gritaba enloquecido y miraba a mi lado a Azrael alejarse. “¡Vuelve!” gritaba una y otra vez. Pero la morfina empezó a hacer efecto. Mi cabeza cayó sobre la almohada y solo atinaba a balbucear incoherencias. Antes de quedar profundamente dormido, vi a Azrael desaparecer por la puerta.

Desde ese momento me rendí. Ya no podía ser más paciente. Nadie podía razonar conmigo, había perdido la voluntad de vivir en este estado. Sabía que aún me esperaban días de agonía y para mí eso era lo peor que me podría ocurrir. No tuve que pensarlo ni meditarlo. Ya tomé una decisión. Sé que no escucharán mis deseos, pero haré mi voluntad y tengo los medios para hacerlo. Sé que nadie lo entenderá, pero he decidido tomar las riendas de mi propio fin. Pasar por este dolor agobiante me ha dejado una cosa muy clara. Que aún puedo escoger mi destino y eso haré.

Con esto me despido de todos.

Juro que soporté lo peor, pero temo que...

UNA PROMESA

Ustedes mortales pueden llegar a sorprenderme. En todos los años de mi existencia, he sido testigo de un sinfín de reacciones hacia mi llegada. Gritos desgarradores, llantos combinados con súplicas, una fría aceptación de su destino y los más escasos, una calurosa bienvenida. Desde grandes reyes hasta el hombre más ignorante, todos los mortales son conscientes del peso de mi llegada. Fue por eso que no esperaba una reacción diferente por parte tuya Adrián. Tu carta llegó una noche a mis aposentos y debo admitir que me sorprendió. Han pasado siglos desde que un mortal se atreviera a cuestionar de forma tan directa a la muerte. La gran mayoría decide maldecir al cielo, pero muy pocos piensan de forma tan creativa.

Nuestro primer encuentro transcurrió tal como lo esperaba. Un mortal cayendo inconsciente al suelo por ver a la mismísima muerte. No eras diferente a los otros mortales, asustado ante un ser sobrenatural y, sin embargo, fuiste capaz de hacerme frente. “Nunca me voy a rebajar a suplicarle a un ser repugnante y embustero como la muerte”, esas fueron las palabras exactas que salieron de tu boca y después de muchos años sentí cómo renacía mi interés hacia los mortales. Con tantos milenios cumplidos era de esperar que ustedes perdieran el encanto. En cambio tú, Adrián, me habías puesto a prueba, acaso ¿cumplirías con tu promesa? O ¿sucumbirías ante el sufrimiento de tu propia enfermedad? Apostaba a que en nuestro segundo encuentro ya estarías flaqueando.

Aunque tu enfermedad te estaba consumiendo lentamente, aún te aferrabas a la idea de seguir vivo y para mi asombro llegaste a insultar a la muerte en su propia cara. Ningún mortal se había atrevido a tal cosa. Soy consciente de que muchos, cuando ya es la hora de partir, se rebajan a llamarme por nombre grotescos, pero eso se lo atribuyo al miedo por lo desconocido. Aún no lo comprendo del todo, pero tal parece que para ustedes mortales no es fácil aceptar que ha llegado el final y que ese final signifique dar un salto a lo desconocido.

Siempre procuro tomar una posición neutral. Excepto por aquella vez. Los vigilo desde las sombras, siempre presente, mas no visible. Observo con atención sus vidas, pero nunca logro entenderlas por completo. Para ustedes nunca es suficiente. Ese anhelo enfermizo por poseerlo todo hace que su naturaleza se vuelva ruin y desdichada, pero al mismo tiempo los fortalece y se aferran

con más determinación a este mundo terrenal, es absurdo. Son cosas que nunca entenderé de ustedes. Pero, tú Adrián me has desconcertado de una forma que aún no puedo entender.

Sabía que eras impaciente. Pero nunca creí que llegarías a hacer lo que hiciste.

Te visité varias veces y no me reconociste. Frecuenté aquella habitación blanca repetidas veces, pero tu mirada estaba perdida en un punto muerto. Intenté hablar contigo, pero me ignoraste. Parecías estar muerto, pero eso era imposible. Por un momento pensé que te había perdido, así que fue una grata sorpresa cuando decidiste volver a hablar.

—Azrael —me llamaste sin fuerzas.

—Aquí estoy.

—¿Cuándo será mi hora? —tu voz era tan débil que por un segundo no escuché tu pregunta.

—Pronto —y volviste a callar.

No mentía. Aún no era el momento, sin embargo, ya se estaba acercando. Pero como siempre, no podías esperar pacientemente a que las cosas siguieran su curso natural. “Esta vez seré yo quién decida” dijiste un día después de dos semanas en absoluto silencio. Nadie se percató del cambio, parecías un hombre nuevo. No lo comprendí en ese momento, era imposible poder adivinar lo que estabas planeando. Debí suponerlo, si acaso sospecharlo. Pero ustedes pueden llegar a ser tan radicales y eso aún supera mi entendimiento. De la noche a la mañana adquiriste fuerzas. Volviste a ser más activo, no obstante, nadie se percató. Verónica se dio cuenta y en silencio creía que todos sus esfuerzos estaban dando fruto, pero tú y yo sabíamos que eso era imposible. Muy pronto te llegaría la hora.

De la nada, Héctor empezó a frecuentar el hospital. Iba y venía a escondidas de Verónica. Tú y Héctor tenían reuniones secretas en las noches. No sé cómo lograste planear todo sin que me diera cuenta. Los veía cuchichear desde mi puesto. Creí que esa forma de comunicarse entre susurros se debía a tu debilidad, pero me equivoqué. Lo hacías a propósito, no querías que yo escuchara, pero ¿qué pensabas que iba a suceder si me enteraba?, ¿que los iba a detener? No volví

a entrometerme en los asuntos de los mortales. Seguí observando sus charlas por un tiempo, hasta que tuve que partir nuevamente.

Me fui creyendo que volvería a encontrarte en esa camilla, moribundo y cansado. Fue muy presuntuoso de mi parte. Cuando volví a esa habitación para hacerte compañía, no te encontré. Busqué por todo el hospital, en cada habitación y aun así no aparecías. Me tomó un tiempo encontrar tu rastro. Efectivamente tal como lo sospeché, no estabas en el hospital. Seguí ese hilillo casi transparente que desprendía tu cuerpo moribundo, el cual me llevó de nuevo al lugar de nuestro primer encuentro. Entré al apartamento, se veía igual a aquella vez, oscuro, estrecho, asfixiante. Recorrí la sala y por último entré a la habitación principal. Allí yacía tu cadáver rodeado de un grupo de médicos. Verónica lloraba desconsolada en una esquina y Héctor solo le acariciaba la espalda. Me bastó con ver los frascos vacíos de los fármacos para entender lo que acababa de suceder.

Me acerqué al cadáver vacío. Te habías escapado sin mi permiso, ¿por qué no fuiste capaz de esperarme? Salí del lugar, los llantos de tu hermana retumbaban el apartamento. Caminé entre los edificios, percibiendo tu rastro débil. Parecía que jugábamos a las escondidas. Aunque a decir verdad no estaba haciendo ningún esfuerzo por encontrarte, yo sabía de antemano que lo hacías a propósito. Te seguí el juego por un tiempo, pero perdí el interés casi de inmediato. Por eso me senté en esa banca donde lloraste desconsoladamente en mi regazo. Alejado del bullicio de la ciudad, podría escuchar atento a lo que tenías que decir. Querías sorprenderme ¿verdad? Parecías un niño pequeño que estaba jugado una pequeña broma a un amigo.

—Te encontré —dijiste con picardía antes de sentarte a mi lado.

—Bravo, Adrián.

—¿Estás molesto?

—No. En realidad, siento curiosidad —Por primera vez te miré directamente a los ojos. Te pusiste tenso al ver mis ojos por primera vez.

—Por fin puedo ver tus ojos —dijiste asombrado—. Son tan negros. Si no fuera por tus pupilas plateadas parecerían cuencas vacías ¿Por qué hasta ahora los muestras?

—Los vivos no pueden soportar la mirada penetrante de la muerte. En estos ojos se refleja el inicio y el final de los tiempos. Con solo un vistazo un mortal podría perder la cordura. Pero tú ya no estás vivo, así que no hay ningún problema.

—Eso parece.

—Respóndeme, Adrián, ¿qué te impulsó a hacer lo que hiciste?

—¿No lo entiendes, verdad?

—Faltaba tan poco.

—Pero, ¿qué es poco para un ser inmortal como tú? Sé que para ti el tiempo transcurre de forma diferente. Es relativo. Un suspiro tuyo equivaldría a una eternidad para nosotros. Debes pensar que soy un tonto impaciente, para que quede claro yo sabía que cumplirías. Sabía que vendrías por mí, pronto, como lo habías prometido. Pero yo también quería cumplir con mi promesa.

—¿Acaso pensabas suplicarle a la muerte?

—Estuve a punto. Pero no lo hice. No podía soportar más ese martirio, Azrael. Lo siento, fui incapaz de esperarte. Me sentía muy solo en esa habitación. Odié la forma en cómo los médicos me habían arrebatado mi autonomía, pero lo peor de todo fue el dolor. Era insoportable. La última vez que hablamos, yo casi sucumbí. Quise llorar y suplicarte que terminaras mi sufrimiento. Pero lo pensé dos veces.

—Y decidiste hacer lo que hiciste —te encogiste de hombros sin pena.

—Nunca había conseguido lo que quería. Siempre quise que mi madre me eligiera por primera vez en su vida. Quería estudiar una maestría en Estados Unidos. Viajar por el mundo, aprender más idiomas. Pero nada de eso se iba a cumplir y para colmo de males, tampoco me ibas a dejar morir tan fácil. Así que hice la única cosa que podría hacer.

—Morir.

—Morir a mi manera, bajo mis propios términos. Héctor me dio esa opción y yo la tomé. No fue un proceso fácil debido a todo el procedimiento legal, pero lo conseguí —sonreíste aliviado.

Te veías tan diferente, tan libre, hasta parecías orgulloso de lo que habías hecho. Porque en tu cabeza creías que habías conseguido una victoria. Debido a nuestra relación, permití que

degustaras esa sensación de victoria, porque, aunque no lo pareciera, en realidad la muerte había ganado. Observamos en silencio el movimiento de la ciudad. Vimos el mundo girar, ante nosotros. Justo, como habías dicho, en un suspiro presenciábamos el pasar de años o tal vez solo fuera una ilusión.

Ahora, con nuestra aventura ya finalizada, es momento de cumplir con mi labor.

*Que en paz descanses,
Amigo mío.*

Verónica,

Escribo esta carta para hacerte entrega de este diario. Adrián me pidió encarecidamente que lo enviara después de su partida. Tengo entendido que en estas páginas dejó plasmado sus memorias durante su enfermedad. Este sería su último regalo. Espero no sea de gran importancia, pero agregué un último fragmento escrito por mí. Adrián insistió en que escribiera algo para completarlo. Con esto doy por completada mi misión.

Mis mejores deseos.

Azrael.